

Natalia
Ginzburg

La ciudad
y la casa

Prólogo de
Elena Medel



Lumen

La ciudad y la casa

Natalia Ginzburg

Traducción de
Mercedes Corral

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

La ciudad y la casa

Prólogo

La ciudad y la casa

Sobre este libro

Sobre Natalia Ginzburg

Lumen recomienda

Créditos

La ciudad y la casa

Prólogo

De pronto me escribes una carta larguísima

En el principio, Giuseppe. Parece ocupar el centro de la historia, también la historia se oculta con él: su energía —igual que la del sol— destruye a quienes se acercan demasiado, hasta rozarle, y ampara a los que saben de él y se mantienen a distancia. Las primeras palabras que escuchamos en *La ciudad y la casa* las dirige Giuseppe a su hermano Ferruccio, y tecleo el verbo «escuchar» en lugar del verbo «leer» porque Natalia Ginzburg estimula otros sentidos. Leemos las historias que nos cuenta, pero sobre todo las vemos y las oímos: avanzada la narración reconocemos la forma en la que el propio Giuseppe demora su escritura —ese amor por los grandes detalles pequeños, tan vivo en el imaginario de la autora— cuando se siente cómodo con el destinatario, o cómo Lucrezia —otro de los personajes cuya voz más suena— manifiesta su rabia con frases que se interrumpen, cuchillos afilados. En el sentido más feliz de la palabra, queremos pensar en *La ciudad y la casa* como la novela más caprichosa de Natalia Ginzburg: la novela en la que con mayor libertad se permite el juego, la experimentación sutil, esa «pura alegría» con la que Paul Theroux se refirió a la ficción.

Natalia Ginzburg publicó *La ciudad y la casa* en 1984. Un año antes había concurrido a las elecciones parlamentarias italianas por el Partido Comunista; en una entrevista con la escritora Mary Gordon que publicaría *The New York Times*

Magazine, Ginzburg justificaba su decisión porque «me gusta aprender cosas para escribir sobre ellas». Sin embargo, lo que aprendería en la Cámara de Diputados no se reflejaría —no lo escribiría— en esta novela epistolar, que parece brindarle un paréntesis en su nueva responsabilidad: si en obras anteriores preñaba la ficción de realidad, ahora defendía lo verdadero como lo inventado. Las experiencias de Ginzburg en la campaña electoral y en la rutina parlamentaria inspiraron el que quizá se entienda como su texto menos comprometido: menos comprometido en el sentido explícito —no evita reflexionar sobre el papel de la mujer, la vigencia del matrimonio o el significado de la familia—, lejos del rotundo sesgo social de libros como *Todos nuestros ayeres* (1952), y entregado de forma más intensa a la fabulación.

Si de obras como *Léxico familiar* (1963) afirmábamos que se leía —al margen de su evidente voluntad narrativa— a modo de personalísima historia de Italia, *La ciudad y la casa* aspira a leerse como la historia de Giuseppe, de Lucrezia, de Serena o de Alberico, que viven en Italia, pero que «funcionarían» como personajes en cualquier otro país del sur de Europa. Natalia Ginzburg no elude la mirada que se proyecta al exterior, y en esta obra se reflexiona sobre el divorcio, la relación con las drogas, la violencia o la situación de la mujer, rondando —a su manera— el feminismo que tanto puso en entredicho. Pero en esta ocasión —la última obra de ficción publicada en vida de la autora— aborda la intimidad sin muletas, desenvuelta en el canal directo de la correspondencia entre seres queridos: esa manera —en unas ocasiones tímida, otras veces cobarde— de contar a la cara —al papel— lo que no se cuenta a los ojos. «Qué raro eres —leemos—. Casi no hemos hablado desde hace mucho y de pronto me escribes una carta larguísima. Durante un tiempo nos escribimos alguna que otra misiva, aunque nunca demasiado largas. Pero de eso hace ya tres años, o incluso cuatro. Después dejamos de escribirnos y apenas hablábamos. En estos años hemos estado muchas veces solos, tú y yo, y hemos dado largos paseos por el bosque, pero como mucho me preguntabas qué tal estaba y a qué me dedicaba, lo mismo que yo a ti.»

Ese tono conversacional de todos sus libros, escritos como secreto o confidencia, aquí cobra una relevancia especial; esa segunda persona a la que los personajes escriben no eres tú, pero eres tú. Por cierto, en *La ciudad y la casa* no solo se escriben cartas, se escriben poemas y obras de teatro; se leen «folletos científicos» o «novelas policíacas»; y la escritura pública —la de los personajes que trabajan como periodistas, la de los personajes que escriben novelas que jamás interesarán a nadie— se contrapone a la escritura íntima, la de las cartas, que en este libro de Ginzburg es la que de verdad cuenta, la que de verdad importa.

¿Cuándo transcurre *La ciudad y la casa*? Natalia Ginzburg apenas nos sitúa antes de cada carta: quién se dirige a quién, dónde y cuándo escribe, reflejando día y mes pero omitiendo el año. Las experiencias de algunos personajes nos desvelan que la acción es casi contemporánea a la escritura; la clave se encuentra en el referéndum de 1974 en el que los italianos aprobaron la Ley del Divorcio. El trasfondo social propio de la escritura de Natalia Ginzburg se presenta en *La ciudad y la casa* como un trasfondo profundamente moral; no se trata de que la autora juzgue las decisiones de sus personajes, sino de que dispone para ellos diversos castigos o recompensas según cómo se comporten. Me refería a esta novela como un «capricho» de Natalia Ginzburg, y tengo la sensación de que nunca antes se sintió tan poderosa como escritora: todas las vidas de sus personajes estuvieron antes en sus manos, pero ahora se niega al pudor, dictando redenciones y condenas.

La acción de *La ciudad y la casa* se desata con el anuncio del periodista Giuseppe a Ferruccio —su hermano mayor, profesor universitario en Estados Unidos— de que tiene planeado marcharse de Roma e instalarse con él en Princeton. Giuseppe basa su decisión en el desencanto que siente ante el estado de los medios de comunicación, pero carta a carta —enviada, recibida o ajena— intuimos que su huida responde a otros motivos. E intuimos también que nos importa qué le ocurre, pero a medida que descubrimos unas y otras cartas, y a unos y a otros personajes, no nos importa tanto qué pasa con Giuseppe en su

huida, sino qué pasa con aquellos que se quedan. Por cierto, Natalia Ginzburg se deshace aquí de la luz tierna de sus obras anteriores. No la quiere. No le sirve, no la necesita. Si hay que ser cruel, adelante. La ciudad y la casa es una novela ginzburgiana y bergmaniana. Las dos miradas se concilian y coinciden.

La ciudad y la casa apela desde su título a dos ámbitos en choque, ambos recurrentes en la obra de la autora: el espacio de lo público y lo común, en el que cualquiera irrumpe sin llamar, y el espacio de lo íntimo, de lo privado; ese lugar del que unos personajes huyen y ese lugar en el que otros personajes —en cambio— se encuentran seguros y del que no desean marcharse o al que quieren regresar. No se trata de la única dicotomía en la que Ginzburg se basa para construir esta novela: ciudad-casa, público-privado, común-íntimo, hablado-escrito, masculino-femenino. *La ciudad y la casa* se crece en los enfrentamientos. Entre uno y otro, de uno a otro: Ginzburg recurre a la estructura epistolar y, sin embargo, concibe una novela profundamente teatral, representable. De hecho, en plena historia se permite el guiño —libérrima escritora caprichosa— de situar a sus personajes sobre un escenario o detrás de una cámara. No nos sorprendería que la autora hubiera decidido abrir la obra con un listado a modo de *dramatis personae*, enumerando nombres y relaciones. Si las cartas brevísimas encienden una alarma —algo grave ocurre para limitarte a unas pocas líneas cuando contactas con alguien a quien quieres—, las cartas más extensas se disfrutan como un monólogo intensísimo. El marido y padre Piero, la soñadora Albina, la maternal Roberta... Todos nos miran a los ojos. Los vemos y los escuchamos.

La ciudad se identifica con Roma —a la que todos desean mudarse, de la que todos desean huir— y la casa se nombra como Las Margaritas, la residencia en el campo de Piero y Lucrezia, que sirve de punto de encuentro al grupo de amigos. Toca insistir: Roma actúa como ciudad y Las Margaritas representa un hogar, sin más. No los interpretamos como lugares que ejercen también como personaje, por mucho que distintos escenarios romanos —la via Nazario Sauro en la que viven Giuseppe y Roberta, o la playa de Fregene con la que sueña la

misteriosa Ippo— cobren peso simbólico. Y es que a estas alturas queda claro que *La ciudad y la casa* no funciona a modo de sistema solar: los personajes no giran en torno a Giuseppe, sino que con los días y las cartas cobran vida propia, crecen, lo devoran.

El deslumbrante Giuseppe, a quien ellas aman y en quien ellos confían, el de los numerosos amigos y los familiares incondicionales, cede ante sus satélites. Uno de los ejes sobre los que orbita la narración de Ginzburg es el de las relaciones familiares. Las cartas de *La ciudad y la casa* abarcan dos años y medio en la vida de este grupo de personajes, que incluye hijos y padres, hijastros, primos, cuñados, sobrinos, nietos, parejas, amantes, amores no correspondidos y relaciones abiertas; otro enfrentamiento que Ginzburg asume es el de la familia impuesta —por así decirlo, la heredada por sangre y apellido— y la familia elegida, la de las amistades que abroncan cuanto toca y apoyan cuando corresponde. «[...] los hermanos no tienen alas —confiesa Alberico en una de sus cartas—. Después de una cierta edad te das cuenta de que o te apoyas en tus propias piernas o no hay nada que hacer», sigue lamentándose. Los hermanos no vuelan, los amigos empujan para bien o para mal.

En este sentido, Natalia Ginzburg quiebra la imagen convencional de la familia —madre y padre, en un matrimonio solidísimo; hijos felices; quizá la presencia recurrente de la abuela viuda, o las reuniones de domingo con los hermanos y sobrinos— y ensaya nuevas estructuras. Sin adelantar más de lo conveniente, estas cartas se escriben entre/sobre amantes, entre/sobre amores que se anhelan pero nunca se forjan, entre/sobre padres que se rechazan padres, e hijos acostumbrados a la soledad. La soledad, también: se ensayan distintas formas del amor, pero todos sus personajes escriben cartas porque —incluso tan acompañados— se sienten solos. Reconoce Serena: «Últimamente disfruto de la soledad. No a todo el mundo le hace bien la soledad. A ti no te hace bien porque piensas cosas absurdas. A mí, en cambio, la soledad me gusta y me hace bien».

Y Serena es uno de los personajes más potentes del libro, tachada de «pobre Serena, pobre Gemma Donati sin un Dante, sin quizá tampoco una verdadera

vocación por el teatro y a punto de cumplir treinta y nueve años», profundamente libre y feliz al margen de los prejuicios de sus propios amigos. Porque los personajes masculinos —familiarícense ya con ellos; Giuseppe y Ferruccio, Alberico, Piero, Egisto o Ignacio Fegiz, el único al que se alude de manera insistente con apellido, situándolo en otra parte de la historia— copan las tramas de *La ciudad y la casa*, y sin embargo en pocas historias de Ginzburg he encontrado a mujeres más fuertes que las de este libro.

Estas mujeres escriben a los hombres, se confiesan entre ellas, rechazan casarse y formar una familia para centrarse en desarrollar su carrera artística. En una carta a Lucrezia, Giuseppe le cuenta que ha visto una película «que trata de Ulises», y la metáfora se hilaría con facilidad si no fuera porque, desde el primer momento, nos queda claro que ninguna Penélope espera en *La ciudad y la casa*. Ellas no salen corriendo ante los problemas, sino que les plantan cara: obedecen a sus deseos aunque eso implique vivir de una forma que no todos aceptan. La amistad implica la complicidad, no la comprensión, parece advertirnos la autora. Suenan parecido, laten diferente.

Unos ositos del papel pintado de la habitación cedida a un extraño de tu propia familia, alguien que te importa tan poco que ni siquiera te esforzaste en sustituirlo. Una mujer que anhela durante años mudarse al lugar que ahora percibe como «una ciudad odiosa en la que vive gente odiosa». Otra que deshace ese camino, de la gran ciudad al pueblo en el que nació, y toma una decisión imponiendo a los demás una felicidad que en el fondo no siente, y quizá no le importe. Gente que huye de sus responsabilidades y gente que asume las que no le corresponden... Estas vidas se cruzan, unos hablan con otros, otros hablan sobre unos, y nosotros leemos —vemos, oímos— sabiéndolo todo. Bienvenidos a *La ciudad y la casa*: la novela que Natalia Ginzburg quiso escribir durante toda su vida; que afrontó a los casi setenta años, cuando no le tocaba demostrar nada a nadie; que le sirvió como bálsamo y catarsis. Pasen sin llamar.

ELENA MEDEL

De Giuseppe a Ferruccio

Roma, 15 de octubre

Querido Ferruccio:

He sacado el billete esta mañana. Viajaré el 30 de noviembre, dentro de un mes y medio. Hace una semana facturé tres baúles. Van llenos de libros, trajes y camisas. Cuando lleguen, llámame, pues sé que te resulta más fácil llamar por teléfono que escribir. A mí me ocurre lo contrario.

Estoy muy contento de irme de aquí y de volver a verte. En los últimos tiempos se me hacía muy cuesta arriba vivir aquí. Me ahogaba. Pero en cuanto decidí que iría a tu casa, he vuelto a respirar.

Aun así, me da pena marcharme. Creo que echaré de menos a algunas personas y algunos lugares a los que me siento muy unido. No creo que ahí haga nuevas amistades. Con los años me he vuelto bastante solitario. Aquí tenía algunos amigos, no muchos, y los echaré en falta. Pero siempre hay algún motivo para sufrir. Disfrutaré de tu compañía, y eso será muy importante para mí. Como sabes, te aprecio mucho y te he echado de menos todos estos años. Tus visitas eran escasas y breves. Me gustaban, cómo no, pero al mismo tiempo me entristecían, porque eran muy cortas y porque temía que te aburrieras, siempre temía que mi compañía no te bastara.

Me pregunto si te alegras de que vaya. Si bien es verdad que tú mismo me dijiste que fuera, en algunos momentos pienso que quizá te hayas arrepentido. Pero, llegados a este punto, si te has arrepentido, paciencia. Ya he sacado el billete y está claro que voy. Trataré de no ser un peso para ti desde el punto de vista económico.

Voy a Estados Unidos como quien ha decidido tirarse al río y espera salir de él o muerto o totalmente nuevo y cambiado. Sé que estos discursos te irritan, pero esa es la sensación que tengo y quiero que lo sepas.

A mi hijo no lo echaré de menos porque nunca lo veo.

Un abrazo,

GIUSEPPE

De Giuseppe a Lucrezia

Roma, 20 de octubre

Querida Lucrezia:

No creo que volvamos a vernos nunca más. Creo que ayer fue la última vez. Te dije que tal vez fuera a visitarte el próximo sábado a Monte Fermo, pero al final no creo que vaya. Ayer por la tarde, mientras salíamos por la puerta del jardín, levanté la mirada hacia Las Margaritas y pensé que era la última vez que veía vuestra casa. No creo que vuelva a visitaros. Y tampoco creo que tú vengas a Roma. No hay ninguna razón. No vengas por mí. Ya me despedí ayer de ti y no me gusta despedirme dos veces. No me llames por teléfono, yo tampoco te llamaré. No quiero oír tu voz ni que tú oigas la mía. Prefiero escribirte en esta hoja de papel.

Me dijiste que vendrías a visitarme a Estados Unidos, pero no te creo. Hace muchos años que te conozco y nunca he visto que hicieras viajes largos. Lo único que te he visto hacer durante todos estos años es subirte a tu destartalado Volkswagen, que huele a perro mojado, para ir a la compra a Pianura. Así pues, creo que ayer fue la última vez que te vi, en la estación de Pianura. Estabas apoyada en la valla con el chaquetón de lana blanca con una cenefa de camellos bordada, unos pantalones blancos más bien sucios y los cabellos recogidos en un moño del que se escapaba un mechón que te caía sobre el cuello. Así es como te recuerdo. Estabas muy pálida. Pero siempre lo estás. Cuando estaba a punto de llegar el tren, Piero me dijo: «¿Por qué no coges el que sale dentro de una hora?». Me asomé a la ventanilla y os vi a los tres: a ti, a Piero y a Serena. Siento

un gran afecto por Piero, que llevaba su bufanda roja. Serena comía pan con queso y tú estabas apoyada en la valla. Así es como os recuerdo. La dulzura y la pesadumbre de Piero. Sus rizos rubios, siempre un poco mojados, aunque haga frío. Serena con el jersey lleno de briznas de hierba. Y tú con tu altura, tu palidez, el mechón cayéndote sobre el cuello, las manos en los bolsillos.

Antes de irme tengo que hacer varias cosas, por ejemplo, comprarme camisetas, un traje de invierno y un abrigo. Estados Unidos es muy caro. Mi hermano dice que es muy caro. Además, tengo que vaciar el piso. No de los muebles, sino de todo lo que no tiene ningún valor para nadie, es decir, papeles viejos, cartas viejas, cacharros viejos y trapos viejos. De los muebles no, porque, como sabes, los Lanzara me compran el piso amueblado. Roberta dice que lo vendo todo a cambio de un mendrugo de pan. Pero ya sabes cómo es Roberta. No hay un solo objeto al que no le encuentre enseguida un nombre, cierta dignidad y un valor en dinero. Estos días veo mucho a Roberta. Sube y me ayuda a vaciar los cajones. Según ella, he hecho una estupidez enorme vendiendo el piso. Nunca se tiene que vender la casa. Debes conservarla siempre. A ella le han ofrecido unas sumas enormes por la suya, que es muy parecida a la mía y está justo debajo, pero las ha rechazado porque jamás se le ha pasado por la cabeza venderla. No entiendo por qué los Lanzara me dan tan poco por el piso. «Querido Giuseppe — me dice—, los Lanzara te han tomado el pelo. ¿Y si decidieras volver algún día?» Le respondo que no creo que lo haga. Y mientras hablamos, vaciamos los cajones. De vez en cuando nos ponemos a ver las fotos de familia: ella, Ferruccio y yo de pequeños en la playa o en la nieve.

«¿Por qué te vas a vivir a Estados Unidos?», me preguntó Piero el otro día mientras paseábamos por el bosque. Cuando me lo preguntan siempre respondo lo mismo. No tengo dinero. Me he cansado de escribir artículos en los periódicos. Detesto los periódicos. Mi hermano conoce a mucha gente en Princeton. Enseña biología en la universidad y está muy considerado. Vive allí desde hace muchos años. Me encontrará un trabajo. Me ha dicho que seguramente podré dar clases de italiano en alguna escuela. A los profesores les

pagan muy bien en Estados Unidos. Además, mi hermano no tiene problemas de dinero. No espero que me mantenga del todo, pero sí en parte. Me ocuparé de la casa y le haré la comida. Ya sabes lo bien que se me dan las tareas del hogar. Tengo muchas ganas de vivir en Princeton, una ciudad pequeñísima que no conozco pero me la imagino, porque mi hermano me ha hablado mucho de ella. Me apetece vivir en una ciudad pequeña de Estados Unidos. Nunca he estado allí y quiero conocerlo. En Princeton, iré a la biblioteca. Allí hay muchas. Por fin podré cultivarme. Tendré tranquilidad para trabajar y estudiar, no pido nada más. Quiero prepararme para cuando sea viejo. Nunca he hecho nada y muy pronto cumpliré cincuenta años. No sé, podría quedarme un año en Estados Unidos y luego volver. No me gusta viajar. Desde hace algún tiempo quiero que lo que decido hacer sea para siempre.

Me agrada la idea de vivir con mi hermano. Solo es un poco mayor que yo, pero, cuando éramos pequeños, siempre me aconsejaba y me guiaba. Yo soy una persona insegura. Necesito que alguien me proteja. Mi hermano tiene todas las virtudes que a mí me faltan, es un hombre tranquilo y con las ideas claras. Me siento muy unido a él. «Pero si cuando tu hermano venía a Roma —me dijo Piero— estabas muy deprimido y parecía que estuvieras deseando que se fuera.» Es verdad. Me cansaba tenerlo siempre en casa. Me he acostumbrado a estar solo en esta casa. Me agobiaba encontrármelo sentado en el cuarto de estar cuando me levantaba por las mañanas y tener que pensar todos los días lo que tenía que hacer y a quién tenía que ver. Me agobiaba ver su bata de rayas en el cuarto de baño. No soy una persona hospitalaria. No me gusta tener invitados en casa ni ir de invitado a casa de los demás. Pero en Estados Unidos ninguno de los dos estará de invitado. Seremos dos hermanos que viven juntos.

Por las mañanas, nada más despertarme, pienso en todo lo que estoy a punto de dejar, en todo lo que añoraré cuando esté en Estados Unidos. Te dejo a ti. A tus hijos, a Piero, tu casa, a la que no sé por qué la llamáis Las Margaritas, pues en ella no hay ni una sola margarita. Dejo a los pocos amigos que veía siempre en vuestra casa, a Serena, a Egisto, a Albina, con los que paseábamos por el

bosque y jugábamos a la escoba por las tardes. He utilizado el pasado, pero es un error, porque vosotros seguiréis paseando y jugando a la escoba, el pasado solo se refiere a mí. Dejo a mi prima Roberta, una buena mujer, fiel y cariñosa con todos, aunque algo meticona y ruidosa. Dejo el piso en el que he vivido durante más de veinte años. El sillón de piel en el que me siento por las mañanas nada más levantarme. La cama con doseles de madera donde me acuesto todas las noches. La ventana de la cocina, que da al jardín de las monjas. Las ventanas del cuarto de estar, que dan a la via Nazario Sauro. El quiosco de periódicos de la esquina, el restaurante Mariuccia, donde a veces bajo a comer, la tienda de deportes y el café Esperia. Te dejo a ti. Dejo tu cara ancha y pálida, tus ojos verdes, tus mechones negros, tus labios gruesos. Hace tres años que no hacemos el amor, pero cada vez que te veo tengo la sensación de haberlo hecho ayer. Y, sin embargo, no lo volveremos a hacer nunca más. Aquel día, en Viterbo, me dijiste: «Nunca más». Dejo también Viterbo, aquel hotel y aquella habitación que me resultaba odiosa y a la que volví yo solo el verano pasado sin ninguna razón. Tal vez porque era muy infeliz y quería serlo aún más. Pedí que me dieran precisamente aquella habitación, la número veintitrés. Pienso a menudo en esa habitación, y en Estados Unidos seguiré pensando en ella con añoranza, porque también se añoran los lugares que hemos odiado. Pero en Estados Unidos tal vez esa habitación se me vuelva borrosa, inofensiva, lejana. En cuanto a mi hijo, no puedo decir que lo deje, porque nunca sé muy bien dónde está, y quizá cuando viva en Estados Unidos lo vea más a menudo, porque para él los viajes largos no son ningún problema.

Despídeme de tus hijos. Ayer, al pasar por la cocina, donde estaban viendo la televisión y comiendo, apenas me despedí de ellos con un gesto de la mano. No quise pararme a besarles porque me habría emocionado y les habría parecido ridículo, habrían conservado un recuerdo ridículo de mí. Despídeme sobre todo de Cecilia, que es la que mejor me cae. Me has dicho que crees que Graziano es hijo mío, pero probablemente te equivoques, porque, visto por detrás, es idéntico a doña Annina, tu suegra. Cecilia tiene unos ojos muy bonitos y me recuerda un

poco a una hermana mía que murió joven. Daniele tiene mucha facilidad para el dibujo, como yo cuando era pequeño. Con eso no quiero decir que Daniele y Cecilia sean hijos míos, porque cuando nacieron yo aún no te conocía, sino que en todos tus hijos, excepto en Graziano, encuentro alguna afinidad conmigo. También el pequeño es muy gracioso y muy despierto. No es hijo mío porque nació un año después de lo de Viterbo, y además es idéntico a Piero. Graziano me parece muy poca cosa y muy resabiado. Tal vez sean las gafas lo que le da ese aspecto de empollón. Me parecen mucho mejor los otros cuatro. Pero el hecho de atribuirme la paternidad del más insignificante de tus hijos seguramente forma parte del rencor que me guardas.

Como dices que Graziano es hijo mío, ayer, al pasar por delante de la cocina, lo observé con atención. Estaba comiendo muy serio un gran plato de picadillo y polenta, con las gafas en la punta de la nariz llena de pecas. Llevaba un pijama de felpa y estaba colorado como un tomate, seguramente porque acababa de bañarse. Así es como lo recuerdo. Ninguno de tus hijos se parece a ti, tienen pecas y las mejillas rojas y rellenas, ninguno tiene tu maravillosa palidez.

En cualquier caso, ninguno de ellos es hijo mío. Son todos de Piero. Es un padre excelente y tus hijos no necesitan tener más padres. El único hijo que tengo es Alberico. Habría preferido que fuera otro, pero eso mismo piensa él de mí. Cuántas veces habrá pensado que habría preferido tener un padre distinto de mí. Cuando estamos juntos, nos cuesta hablar incluso de las cosas más simples. Casi nunca hablo de Alberico. No hablo de él con nadie. Seguramente os habrá hablado de él mi prima Roberta. Tengo colgada en la pared una fotografía que le hizo Roberta cuando apenas tenía cinco años y mi mujer y yo todavía estábamos juntos. Era un niño muy guapo. Yo lo quería, no es difícil querer a un niño, pero nunca me apetecía estar con él demasiado tiempo. Me aburría enseguida. También tengo en la pared una fotografía de mi mujer en aquella época, una chica frágil envuelta en un chal. Con ella me aburría también. En esa época me aburría con facilidad. Era muy joven y el aburrimiento me daba mucho miedo. Ahora ya no me da tanto miedo el aburrimiento, pero en aquella época sí.

También me aburría con mi mujer. Me parecía estúpida. Con mi hijo me aburría porque era un niño y con ella me aburría porque era estúpida. Me agobiaba aburrirme con ella. Antes de casarme no me había dado cuenta de que fuera tan estúpida, pero después, poco a poco, descubrí su enorme estupidez. Ella no me consideraba estúpido, pero sí pesado, y le parecía que le daba muy poco de todo lo que ella quería tener: poco amor, pocas distracciones y amigos, y poco dinero. Así que Alberico se pasó los primeros años de su vida entre dos personas que se aburrían juntas. Nos separamos. Ella se fue a vivir con Alberico a un piso del Trastevere y se echó un amante, un primo suyo con el que había jugado de niña. Pasaba mucho tiempo fuera de casa y dejaba al niño al cuidado de la tía Bice, una parienta de mi madre. A los dos años de separarnos cayó enferma. Era verano. Al principio nadie sabía qué le pasaba, pero después descubrieron que tenía poliomielitis. La llevamos al hospital y la cuidamos la tía Bice, su amigo de la infancia y yo. A las pocas semanas murió. Alberico estaba en un campamento y tuvimos que ir a recogerlo. Yo no fui, fue la tía Bice. Después siempre lo hizo todo la tía Bice. Alberico se fue a vivir definitivamente con ella. Mis padres no quisieron que fuera con ellos porque decían que se sentían muy viejos y muy cansados. Los padres de mi mujer habían muerto. Yo no quise que viviera conmigo porque no me sentía con fuerzas. El amigo de la infancia de mi mujer se fue a Venezuela. Llevamos a Alberico a casa de la tía Bice, en la via Torricelli, y allí se quedó. Después la tía Bice hizo testamento y le dejó todo lo que tenía. La tía Bice era muy rica. No lo parecía, pero lo era. Era viuda de un general.

Alberico tenía diez años cuando se fue a vivir para siempre a la via Torricelli. Era un niño tranquilo, sumiso y dócil. Nunca daba problemas. Era muy buen alumno y le gustaba estudiar. Pero yo pensaba que todo el aburrimiento que había respirado de pequeño conmigo y con mi mujer debía de haberlo intoxicado y que algún día le saldría por algún lado. Yo lo iba a buscar a veces y me lo llevaba conmigo al periódico. En esa época tenía un puesto fijo en el periódico y pasaba muchas horas trabajando. Después me lo llevaba a comer a algún

restaurante, al cine o a Villa Borghese. Me sentía incómodo y aburrido. No sabía qué decirle. Le contaba cosas de cuando yo era pequeño, de cuando yo y mi hermano éramos pequeños. Le hablaba de su madre. Mientras le hablaba de ella, trataba de recordarla tal como la veía al principio de conocerla, pero no era fácil, porque enseguida me venía el recuerdo de los años siguientes. Alberico me escuchaba. Nombraba con frecuencia al tío Dé, el primo de su madre. Me parecía que era la persona que más le importaba en el mundo. Cuando lo nombraba, se le iluminaba la cara. El tío Dé le había regalado una colección de sellos y un mapamundi. Algunas veces le mandaba postales desde Venezuela. Después yo lo volvía a llevar a su casa, lo dejaba en el portal y regresaba al periódico a paso ligero y con una sensación de alivio por estar de nuevo solo.

Un día Alberico se escapó de casa. Lo encontramos al cabo de dos días en un barrio muy alejado, al final del curso Francia. Recordé que el tío Dé había vivido en esa zona. Una o dos veces me propuse escribir al tío Dé para decirle que se pusiera en contacto con Alberico más a menudo. Pero no lo hice. Sabía que el tío Dé trabajaba en una empresa de construcción en Venezuela y que se había casado. Creo que dejó muy pronto de enviarle postales.

A partir de entonces, Alberico volvió a escaparse de casa otras muchas veces y siempre teníamos que buscarlo por toda la ciudad. La tía Bice me llamaba y nos pasábamos el día entero buscándolo por las calles, en los jardines públicos, en las comisarías y en la estación. Lo encontrábamos sentado en alguna comisaría, tranquilo, callado, con el anorak azul claro y la maletita de cartón sobre las rodillas. Le tenía mucho cariño a aquella maletita, siempre que se escapaba de casa la llevaba consigo. Dentro de ella guardaba los cromos de futbolistas. A los catorce años parecía todavía un niño pequeño. Era muy sonrosado y con la cabeza llena de rizos como un cordero. Ahora, en cambio, tiene el pelo rizado como una oveja vieja, y una barba corta y áspera. Es alto, delgado y débil, y siempre parece cansado. Suele ir vestido de negro, como un enterrador. Cuando se ríe, enseña sus preciosos dientes blancos. Pero se ríe poco. Me parece que, tal como me temía, todo aquel aburrimiento que respiró de

pequeño conmigo y con mi mujer se le ha manifestado ahora. Se matriculó en ciencias políticas, pero después dejó la universidad y se dedicó a la fotografía. Creo que le gustaría ser director de cine o de teatro, o quizá actor. No lo sé, porque no hace más que cambiar de idea. A mí me cuesta mucho preguntarle qué quiere hacer. A decir verdad, tampoco yo he sabido nunca qué quería hacer, me he pasado la vida preguntándomelo. Si no encuentro ninguna respuesta clara para mí, cómo voy a pretender que la encuentre él. Antes no me disgustaba trabajar en el periódico, pero después cogí tirria a los periódicos y ahora me voy de Italia. La diferencia entre él y yo es que yo no tengo dinero, y él, en cambio, gracias a la tía Bice, por ahora lo tiene. Por otra parte, ya tiene veinticinco años. Es un hombre. Según Roberta, debería hacerle alguna sugerencia, pero no sé qué clase de sugerencia. Cuando lo veo, mi única preocupación es molestarlo lo menos posible. Siempre pienso en el gran aburrimiento que reinaba entre su madre y yo, y que él respiró un día tras otro cuando era pequeño.

La última vez que vi a Alberico fue el pasado mes de abril. Venía de Agropoli con un tal Adelmo, un tipo bajo, musculoso y con las piernas torcidas. Soltaron dos mochilas iguales llenas hasta los topes en el recibidor y después se ducharon, inundaron el cuarto de baño y dejaron tirados los jerséis, las camisas y los calcetines. Llamé a Roberta para que subiera, porque le tiene mucha simpatía a Alberico y con ella me resulta todo más fácil. Los dejé en el cuarto de estar y me puse a lavar los jerséis, los calcetines y las camisetas. Después hice pasta al pesto. Mientras comíamos, Alberico dijo que quería vender el piso de la via Torricelli, el que le dejó la tía Bice. Roberta se alarmó. Nunca hay que vender la casa, nunca. La casa hay que conservarla siempre. Alberico dijo que quería irse a vivir al campo y criar conejos y gallinas. Adelmo y él se fueron a dormir. Les había hecho la cama en el cuarto del fondo del pasillo, el que yo llamo «el cuarto de Alberico», aunque haya dormido en él muy pocas veces. Roberta y yo nos quedamos solos. Me preguntó si sabía que Alberico iba mucho al bar California. Le dije que no sabía nada, que ni siquiera sabía dónde estaba ese bar. Me comentó que estaba en la zona de la via Flaminia y que era un lugar horrible. Esa

noche no pude pegar ojo. A la mañana siguiente, me senté en el cuarto de estar y comencé a preparar una serie de preguntas y frases, y a repetírmelas en voz baja. Pero cuando tuve a Alberico delante, todas aquellas preguntas y frases se me quedaron en la garganta. Él y Adelmo ya estaban vestidos y preparados para irse. Les preparé un café con tostadas. Mientras desayunaban hablaban en voz baja de sus cosas. Los jerséis y los calcetines que les había lavado estaban todavía mojados, pero los envolvieron en toallas y periódicos, y los metieron en las mochilas. Me dijeron que se iban a Londres. Dos semanas después, supe que los habían detenido en el bar California y que los habían metido en la cárcel. Todos los que estaban en el California acabaron en la cárcel. Alberico estuvo encerrado un mes. Esto ya lo sabes porque te lo he contado. La mañana que salió de la cárcel yo estaba esperándolo en la puerta. Roberta me había dicho que salía, lo supo por el abogado que habíamos contratado. Lo vi aparecer desmadejado, cansado, tranquilo, con su chaqueta de cuero y un paquete de ropa blanca debajo del brazo. No estaba con Adelmo, sino con un tipo regordete y pelirrojo vestido con un mono verde. Me lo presentó, se llamaba Giuliano. Le pregunté por Adelmo, pero me dijo que no sabía nada de él. Le dije que viniera a casa y me contestó que tal vez se pasara a comer, pero que en ese momento tenía muchas cosas que hacer. Me tendió dos dedos y le besé en la barba hirsuta, rala y negra. Después se alejaron por el Lungotevere, él con su chaqueta de cuero y el otro con su mono verde. Aquel día no vino a comer y durante mucho tiempo no supe nada de él. Después me enteré de que había vendido el piso de la via Torricelli. Me lo dijo Roberta. Lo había vendido bien. «Es muy astuto —dijo Roberta—, no lo parece, pero es muy astuto, le gusta el dinero y siempre sabe cómo conseguirlo.» «No sé de dónde te sacas que le gusta el dinero —le contesté—, por la forma en que vive no lo parece.» «Tú no lo conoces», me dijo Roberta. Está claro que no lo conozco. Hace unos días me escribió desde Berlín. Está trabajando en una película. Por ahora no tiene intención de volver a Italia. Tal vez después del invierno. El papel en el que me escribía llevaba el membrete de un hotel. Lo llamé por teléfono y le dije que me iba a vivir a Estados Unidos. Me

dijo que le parecía una buena idea. Le dije que me gustaría verlo antes de irme. Me contestó que no creía que pudiera viajar a causa de la película, que nos veríamos en Estados Unidos, en alguna ciudad de Estados Unidos, adonde quizá fuera algún día. La película trata de Ulises. Él trabaja como ayudante del director, pero también le han dado un pequeño papel, un pastor que toca el pífano sentado en una piedra.

Antes de marcharme iré al cementerio. Hace mucho que no voy. Allí están enterrados mis padres, la tía Bice y, lejos, en otra parte, mi mujer. De quien más me acuerdo es de la tía Bice. Aunque era tonta, tenía muy buena voluntad y, sobre todo, una gran confianza en sí misma. Esa confianza impregnaba las habitaciones, los muebles y los balcones de su casa. Era muy optimista y estaba firmemente convencida de que todo lo que tenía delante, todo aquello que podía mirar y tocar, florecería bien. A Alberico no lo quería nadie, pero ella no lo dudó ni un momento y se lo llevó a vivir a su casa. Tenía los ojos azules y transparentes como el agua, una gran cabeza blanca y una sonrisa radiante. Cuando recorríamos las calles buscando a Alberico, aquella sonrisa se volvía un poco más incierta, pero solo un poco. Cuando murió, Alberico tenía diecinueve años y estaba haciendo el servicio militar en Messina. No sé si la tía Bice supo que Alberico era homosexual. Creo que no. En su mundo no existían los homosexuales. Murió casi de repente, de un ataque al corazón, y la asistió una vecina. Pero debió de sentirse mal unos días antes, porque llamó al notario y después le escribió una carta a Alberico. No le dio tiempo a mandársela, la encontramos dentro de su bolso. Le hacía una lista de todo lo que tenía y le decía que le dejaba el piso de la via Torricelli, unas acciones, unas obligaciones, tres tiendas en Nápoles y oro en una caja fuerte. Por último, le pedía que cuidara de su gato. Alberico vino al funeral y volvió a marcharse enseguida. Le dejó el gato a la vecina. Cuando acabó el servicio militar, fue a recogerlo y se lo llevó a casa de unos amigos en la que vivía de invitado. No le apetecía vivir en el piso de la via Torricelli. Prefería estar en casa de esos amigos, que formaban una comuna de seis personas. Se llevó el gato dentro de una cesta que había comprado a

propósito. Pero, nada más llegar a la comuna, el gato se escapó por los tejados y se perdió.

Después Alberico se fue a vivir a la via Torricelli con un amigo, un pintor brasileño que se llamaba Enrique. En el piso había fotografías por todas partes, incluso las había colgando de una cuerda para que se secaran, y también cuadros de selvas y jaguares pintados por Enrique. Al poco tiempo, el piso de la tía Bice se convirtió en una cueva. Ahora han vendido la cueva, y del optimismo de la tía Bice, de su confianza en sí misma, de su delantal de lunares azules, de sus piernas blancas y gordas, y de sus zapatillas de fieltro, ya no queda rastro alguno en ningún lugar.

Acaba de telefonarme Egisto. Vendrá a buscarme a casa y después saldremos a cenar juntos. Le daré esta carta para que te la lleve el sábado, porque, como ya te he dicho, el sábado no iré.

GIUSEPPE

De Egisto a Lucrezia

Roma, 25 de octubre

Hoy pensaba ir a Las Margaritas, pero al final no iré, porque mi Dauphine tiene las bujías sucias y además tengo que acabar un artículo. He intentado llamaros por teléfono pero no contestabais. El siciliano que tenéis ahora debe de estar sordo. Era mejor el abrucés de antes.

Tengo una carta de Giuseppe para ti: se la daré a Albina, que irá a veros en tren. También le daré estas líneas.

Lo siento, porque me habría gustado estar con vosotros y jugar al tenis con Piero. La verdad es que, desde la última tormenta, vuestra pista de tenis está hecha un desastre, tiene tantos agujeros que la última vez por poco me tuerzo un tobillo. Pero no importa.

La otra noche conocí a una persona muy simpática en casa de los Rotunno. Se llama Ignazio Fegiz y es restaurador de cuadros. Después me trajo a casa en su coche. Tiene un Renault de color verde oliva. Es muy inteligente. Si queréis, cuando vaya a veros el próximo sábado, le digo que me acompañe. Tal vez podríais enseñarle esa naturaleza muerta llena de manchas y grietas que compró Piero en Salerno. A mí me parece un cromo, pero sé que para Piero es muy importante. Ignazio os dirá qué tenéis que hacer para quitarle las manchas y las grietas.

He estado con Giuseppe. Lo he visto muy deprimido. Habíamos quedado en salir a cenar, pero después ha venido una prima suya que vive en el piso de abajo

y nos ha dicho que si queríamos tomar algo en su casa. Se llama Roberta. Creo que la conocéis porque ha ido a Las Margaritas alguna vez. Es rubia, tiene las caderas anchas y unos dientes muy grandes y salidos. Es una mujer alegre, muy ajetreada y muy embrollona. Hemos bajado y nos ha hecho unos espaguetis muy complicados. Creo que llevaban espinacas, nata y huevos. Las espinacas eran congeladas, eso seguro. Ella está a régimen y no los ha probado. Solo ha tomado una manzana y un plato de achicoria sin aceite ni sal.

El piso de Roberta es muy parecido al de Giuseppe, pero más grande. He estado hablando con ella de los pisos. Giuseppe ha vendido el suyo. Creo que ha cometido una enorme estupidez. Ya ha ido a ver al notario para firmar el contrato. Se lo compran unos tal Lanzara. Él es un psicoanalista bastante conocido.

Con el dinero del piso, Giuseppe comprará letras del Tesoro. Así tendrá algo de dinero en caso de que le apetezca volver o de que su hijo lo necesite. Su hijo es rico porque ha heredado de una tía suya, pero no quiere hacer nada. Ha estado en la cárcel por un asunto de drogas. Es un bala perdida.

Princeton es una ciudad muy pequeña y muy bonita. La fundaron los cuáqueros. Tiene muchas zonas verdes y muchos árboles llenos de ardillas. Giuseppe las verá cuando abra las ventanas. Aunque creo que en menos de un mes volverá a Italia. Estados Unidos no es un lugar para él. Está muy deprimido porque ya se le han quitado las ganas de irse.

Nos veremos el próximo sábado. Llevaré a Ignacio Fegiz.

EGISTO

De Lucrezia a Giuseppe

Monte Fermo, 26 de octubre

Albina me ha dado tu carta y otra de Egisto. Ha rebuscado en la bolsa con su verdosa pata de lagartija y primero ha sacado un pañuelo, después un peine y unos tampax y, por último, las dos cartas. Yo estaba en la cocina embotellando el vino con mi suegra y ese chico para todo que llegó hace unos días de la piazza Armerina y que no sabe hacer absolutamente nada.

Los he dejado a todos allí y me he encerrado en mi cuarto.

Qué raro eres. Casi no hemos hablado desde hace mucho y de pronto me escribes una carta larguísima. Durante un tiempo nos escribimos alguna que otra carta, aunque nunca demasiado largas. Pero de eso hace ya tres años, o incluso cuatro. Después dejamos de escribirnos y apenas hablábamos. En estos años hemos estado muchas veces solos, tú y yo, y hemos dado largos paseos por el bosque, pero como mucho me preguntabas qué tal estaba y a qué me dedicaba, lo mismo que yo a ti.

No sé por qué me dices que te guardo rencor. No es verdad. No te guardo rencor. No tengo ningún motivo para ello. Mantuvimos una relación que duró unos años y después se terminó. Así de simple.

Me da rabia que digas que Graziano es un niño normal y corriente. No es verdad. Ninguno de mis hijos lo es. Los cinco son muy especiales y muy guapos. Todo el mundo lo dice.

Graziano es tuyo. Pero si prefieres fingir que no lo es, allá tú.

En tu carta solo me hablas de cuatro de mis hijos. A Augusto ni siquiera lo mencionas. No sé por qué. Seguramente es el más parecido a mí, aunque tenga las mejillas coloradas y no tenga mi «maravillosa palidez».

Me ha hecho mucha ilusión que me escribieras esa frase. La he tenido en la cabeza durante todo el día. De vez en cuando me miro en el espejo para ver mi «maravillosa palidez».

Hoy iré a Pianura con Serena y Albina. A Serena se le ha metido entre ceja y ceja abrir un centro cultural. Los dueños de su casa tienen un almacén y les ha pedido que se lo alquilen. Serena se aburre. En ese almacén quiere abrir un centro que se llamará Centro de la Mujer. Tendrá una biblioteca y se celebrarán reuniones todos los viernes por la tarde. Leeremos poesía y representaremos comedias. A Serena le gusta actuar. Le gustaría mucho representar la *Mirra* de Alfieri. No fue buena alumna y no se acuerda de nada de lo que estudió, pero sí de la *Mirra* de Alfieri, a saber por qué. Le gustaría recitar en un teatro lleno de gente: «Oh Euriclea, si me hubieras dado la espada cuando te la pedí, habría muerto inocente / ahora en cambio muero impía». *Mirra* es la historia de una mujer que está enamorada de su padre. No es que Serena estuviera enamorada de su padre. No. Ni en sueños, pero dice que siempre que se acuerda de ese final le entran ganas de llorar.

Qué raro eres. En tu carta me hablas de tu hijo. Nunca hablabas de él conmigo ni con Piero, y creo que tampoco con los demás. Cada vez que te preguntábamos por él, respondías con medias palabras y cambiabas de tema. Pero yo lo sabía todo sobre él a través de Roberta. Sabía lo de la tía Bice, lo del gato y lo del bar California.

Más tarde.

No sé por qué piensas que te guardo rencor. No, en absoluto. ¿Por qué iba a guardártelo? Tuvimos una relación que duró bastante tiempo y después se acabó. Así de simple.

Yo quería dejar a Piero e irme a vivir contigo. Habría sido un error, pero yo no lo sabía. Habría sido un error porque ya estábamos cansados, tú de mí y yo de ti.

Aunque yo no lo sabía, no me daba cuenta. Me dijiste que no debía dejar a Piero, que ni siquiera debía pensarlo. Dijiste que los niños sufrirían. Yo dije que me los llevaría conmigo y que no sufrirían tanto, porque Piero los vería bastante a menudo. La casa donde vives es bastante grande y, con un poco de ingenio, habríamos cabido todos. Entonces te asustaste mucho. Vi el miedo en tu rostro. Quizá te imaginaste tu casa transformada en un campamento. No sabes cómo me ofendió tu miedo. Dijiste que no te sentías preparado para desempeñar las funciones de padre. No te sentías preparado para hacer el papel de padre. Tu idea fija de siempre. Siempre temes que alguien te imponga el papel de padre. Entonces te dije que eras un miedoso. Estábamos en tu casa. Tú odias aquel hotel de Viterbo y yo odio tu casa. Aquel día decidí no volver nunca más. Aunque, a decir verdad, después volví un par de veces.

Aquel día incluso rompí tres o cuatro ceniceros. Cogí todos los ceniceros que vi y los tiré al suelo. Tú te agachaste a recoger los pedazos que habían caído sobre la alfombra mientras yo lloraba. Te despreciaba y lloraba.

No recuerdo cómo se llamaba aquel hotel de Viterbo. Solo recuerdo que en la habitación había unas cortinas rojas que olían muy mal. Después nos sentamos en la cama y hablamos muy tranquilos. Luego salimos y fuimos al cine. Vimos *Las cuatro plumas*. No recuerdo nada de esa película. Solo el título. Estuve todo el rato llorando, pero tú no te diste cuenta.

Después de lo de Viterbo me he enamorado dos o tres veces. Una vez me enamoré de un cliente de Piero que tiene una tienda de cerámica en Perugia. Pero él siempre estaba muy preocupado por un asunto de dinero y no se fijó en mí. Otra vez me enamoré de un arqueólogo inglés amigo de Serena. Ninguno de los dos fue importante y se acabó enseguida. Como sabes, soy muy enamoradiza. Pasaron unos meses, estaba triste y pensé que quería tener otro hijo, me gusta estar embarazada. Al principio Piero no quería, pero después se resignó. Cuando Vito tenía tres meses dejé de darle de mamar, pero me costó mucho destetarlo. Nos recomendaron un médico. Venía de Perugia casi todos los días a ver a Vito y algunas veces se quedaba a comer. Lo esperaba siempre ansiosa porque me

tranquilizaba y, a fuerza de esperarlo con tanta ansia, me enamoré de él. Seguramente lo viste alguna vez en nuestra casa, se llamaba Civetta. No era guapo ni joven, tenía el pelo cano e iba muy encorvado. Me acosté dos veces con él en su consulta de Perugia. Pero, como no fue importante y no le dije nada a Piero. Solo lo sabía Serena. Él, en cambio, se lo contó a su mujer. Tenía una mujer bajita y regordeta que se paseaba por Perugia con un perrito. Su mujer le dijo que no debía volver a verme. Él enseguida se resignó. Después lo trasladaron a Vicenza. Pese a todo, seguí poniéndome durante bastante tiempo un viejo jersey suyo de cuadros rojos y negros, que se dejó en el perchero de la entrada y que nunca me pidió que le devolviera. Piero no entendía por qué me ponía aquel horrible jersey, me decía que le recordaba al doctor Civetta y a la época en que yo no conseguía destetar a Vito.

Un día me eché a llorar y Piero me preguntó si lloraba por ti. Hacía dos o tres sábados que no te veíamos y habías llamado para decir que no podías venir porque estabas escribiendo no sé qué. Pero esa vez no lloraba por ti, lloraba porque sí, sin ninguna razón. Entonces Piero me dijo que tú tienes muchas cualidades, pero que te faltan agallas. Siguió consolándome como si yo llorara por ti, aunque yo le repetía que mi relación contigo había acabado hacía muchísimo tiempo.

Hoy he estado con Albina y Serena en el Centro de la Mujer y hemos fregado el suelo. Después Serena se ha subido a una escalera para limpiar dos ventanucos sucios y llenos de telarañas. Los ha limpiado con papel de periódico mientras yo le sujetaba el cubo, pero se han quedado casi tan sucios como antes.

Albina y Serena dicen que debería ir a Roma para convencerte de que te quedes en Estados Unidos quince días o un mes, pero no más. Dicen que Estados Unidos no es un lugar para ti. Yo, en cambio, pienso que allí estarás bien. Si yo tuviera un hermano en Estados Unidos que me dijera «Vente a vivir aquí para siempre», no me lo pensaría dos veces. Cogería a todos mis hijos y me iría. Pero no tengo hermanos, ni en Estados Unidos ni en ningún otro sitio, y tú tienes mucha suerte de tener un hermano en Princeton, una ciudad llena de ardillas y de

árboles. Una ciudad que debe de ser ordenada, limpia y acogedora. Me dirás que yo aquí tengo todos los árboles que quiero. Aquí no hay ardillas, pero sí gatos, perros, conejos y gallinas. Animales y árboles no nos faltan. Cuando era pequeña soñaba con vivir en el campo y tener muchos hijos. Si bien he conseguido lo que quería, he cambiado. Los niños me gustan, pero estoy harta del campo. Quisiera vivir en medio de una ciudad, en Princeton. En cambio, vivo rodeada de prados y de bosques. Cada vez que me asomo a la ventana y miro el campo, los prados, los bosques y los viñedos, no tengo una sensación de paz, sino de miedo. Cuando compramos esta casa tan grande, tan amarilla y tan vieja, me parecía preciosa, pero ahora hay días en que no la puedo soportar ni por delante, ni por detrás, ni por dentro. Cuando hago el esfuerzo de acercarme a Monte Fermo, solo encuentro un pueblo de quince casas asomadas a un precipicio, unas cuantas viejas sentadas en el umbral de sus casas y gallinas. Y si voy a Pianura, tampoco encuentro una ciudad, sino otro pueblo, un pueblo grande y lleno de gente, incómodo y ruidoso, del que también estoy harta.

Le he dicho a Piero que podríamos vender esta casa e ir a vivir a Perugia o a Roma. Pero él no quiere oír hablar del tema. Aquí está contento. Ve poco el campo, porque se pasa los días enteros en Perugia y no vuelve hasta la noche. Solo está los sábados y los domingos, y le gusta que vengan nuestros amigos.

Más tarde aún.

En cuanto a tu hijo, quería decirte que, si no va a visitarte antes de que te marches, deberías ir a visitarlo tú. Pero eso ni siquiera se te pasa por la cabeza. En pocas palabras, te esfumas, lo dejas plantado. Deberías sentir un poco de curiosidad por él, enterarte de si se encuentra bien en Berlín e interesarte por la película que está haciendo. Que ya tenga veinticinco años no significa nada. A los veinticinco años aún se puede sufrir por la ausencia de los padres, aunque sea él quien quiera estar lejos de ti, porque ha decidido que no le gustas nada. Pero en el fondo le gustaría que su padre le ayudara.

Cuando yo tenía veinticinco años hacía ya tres años que estaba casada y tenía dos hijos, pero mi madre siempre me decía lo que tenía que hacer y yo la

obedecía. La llamaba por teléfono diez veces al día y le preguntaba cómo debía vestirme y qué podía cocinar, y ella, con su potente voz, siempre tenía una respuesta para todo. Me casé con Piero porque a ella le gustaba, le parecía que era un hombre bueno, serio, tranquilo y «muy trabajador». Me casé con él porque era un hombre «muy trabajador». Todo lo que a ella le gustaba se teñía de un bonito color para mí. También le gustaba doña Annina, la madre de Piero, que en realidad es insoportable, y viajaban juntas. Después de casarme con Piero vi que me sentía bien con él, bastante bien, pero me di cuenta de que me había casado con él solo por obedecer a mi madre. En esa época vivíamos en Florencia, en la misma calle que mi madre; ella vivía en una casa y nosotros en otra. Doña Annina vivía en Lucca y venía a vernos de vez en cuando. Nuestra casa la había elegido mi madre, igual que los muebles y la distribución de los cuartos. Mi madre era una mujer fuerte, robusta y enérgica, y todas las mañanas recorría la ciudad para ocuparse de las familias de los presos. Recorría la ciudad con su bolso en bandolera, sus zapatos planos y su paso militar. Tenía la voz potente, profunda y ronca. Desde que yo me había casado vivía sola, con su criada Lina, y por las tardes ella y Lina hacían prendas de punto para las familias de los presos. Con mi madre, Piero y Lina me sentía protegida, segura y tranquila. Me parecía que ellos alejarían de mí todos los peligros, todas las desgracias. Después mi madre tuvo aquella depresión nerviosa. Esto ya lo sabes porque te lo he contado. Empezó a tener dolores de cabeza y a sufrir de insomnio. La vio el médico, dijo que no tenía nada, que estaba muy sana. Pero poco a poco dejó de salir de casa, de lavarse, de comer y de hacer punto. Se quedaba sentada en la penumbra en el sillón del cuarto de estar, con las manos en el regazo, mirando fijamente un punto de la alfombra. Cuando la llamaba por teléfono siempre me respondía Lina, ella no se movía, y cuando iba a verla me dirigía una media sonrisa y enseguida volvía a bajar la mirada para observar aquel punto de la alfombra. En muy poco tiempo se convirtió en una anciana esquelética, la ropa le bailaba en el cuerpo. A mí me parecía que el mundo estaba al revés. El médico iba a verla siempre, se sentaba a su lado y le hacía

preguntas. Ella le respondía apenas con su voz potente y ronca de siempre, pero entonces cascada y enmohecida por completo. Aquel médico no era demasiado guapo, pero era joven y muy amable, y yo me enamoré de él, porque siempre me enamoro de los médicos, pero no fue nada importante. Él no se dio cuenta y a mí se me pasó enseguida. Después a mi madre la ingresaron en un hospital psiquiátrico. Lina volvió a Cerdeña, a su pueblo. A Piero le ofrecieron un puesto de trabajo en Pisa, en una fábrica de frigoríficos, un puesto que parecía mucho mejor que el que tenía en Florencia, así que tuve que vaciar mi casa y la de mi madre. Piero estaba muy ocupado con su nuevo trabajo y tenía problemas con un jefe que no le gustaba. Siempre estaba cansado y de mal humor y me decía que me las arreglara yo sola con todo, porque él no tenía tiempo y porque, además, yo ya tenía veinticinco años y era una mujer adulta. Así fue como dejé de tener protectores. Mi madre estuvo ingresada tres meses en el hospital. Yo iba a verla siempre que podía y esperaba que me dijera algo, pero nunca me decía nada, solo de vez en cuando me dirigía aquella media sonrisa. Una noche le dio un infarto y se murió. Piero discutió acaloradamente con su jefe y se despidió. Acabábamos de instalarnos en la casa nueva de Pisa. Doña Annina, mi suegra, vino a echarnos una mano, pero no hacía más que quejarse del calor, de los mosquitos y de la casa. Además, andábamos mal de dinero. Piero se pasaba el día sentado en nuestro dormitorio, fumando y mirando fijamente por la ventana, y yo observaba su cabeza llena de rizos rubios que se le oscurecían por el sudor y le preguntaba qué haríamos; él alzaba las cejas y hacía una mueca de disgusto con la boca. Estaba claro que yo ya no tenía a nadie que me protegiera. Aquel verano conocí a Serena. Conocerla me animó. Trabajaba de niñera para una familia holandesa a cambio de cama y comida. Cuando los holandeses se fueron, vino a casa a cuidar a los niños. Nos hicimos amigas. Serena no era ninguna protección para mí, al contrario, yo debía protegerla a ella y consolarla cuando lloraba. Serena llora muy a menudo. Como niñera era pésima, porque no tenía paciencia. De hecho, dejé casi enseguida de pagarle. Por otra parte, no necesitaba el dinero, porque su padre es rico y la mantiene. Serena llamó por

teléfono a su padre y le dijo que le buscara un trabajo a Piero. Se lo encontró y después del verano fuimos a vivir a Perugia. Piero se animó enseguida cuando le dieron aquel trabajo. Siempre había soñado con trabajar en un bufete de abogados, y su jefe, Corsi, le gustaba mucho. Le gustaba Perugia, le gustaba el bufete, le gustaba todo. Serena se vino a Perugia con nosotros. Más tarde, cuando compramos Las Margaritas, alquiló el estudio de Pianura que estaba encima del cine.

No te he contado casi nada nuevo. Muchas de estas cosas ya las sabes porque te las he contado miles de veces. Solo quería decirte cómo era yo y lo que me pasó cuando tenía veinticinco años.

Después de esta carta larguísima me despido de ti y me voy a hacer la cena, porque si espero a que la haga el siciliano, estoy fresca.

Egisto me ha escrito diciéndome que quiere venir el sábado con una persona que le cae muy bien, pero yo ahora no tengo ganas de ver a nadie. Estoy deprimida. Tal vez me da pena que te vayas. No voy a decirte que no te vayas o que te vayas solo por unos días, pero cuando estés allí te echaré de menos algunas veces.

LUCREZIA

De Lucrezia a Egisto

Monte Fermo, 27 de octubre

Solo te escribo para decirte que no vengas con el restaurador de cuadros, o que al menos no vengas con él el próximo sábado, porque estoy cansada y no me apetece nada ver caras nuevas. Piero no quiere que nadie toque su naturaleza muerta. Un cliente suyo del bufete le ha dicho que para que las manchas desaparezcan y los colores se reaviven solo tiene que pasarle una cebolla varias veces con mucho cuidado. Lo lleva haciendo algunos días y está contento con el resultado.

LUCREZIA

De Albina a Giuseppe

Roma, 28 de octubre

Anoche, al volver de Monte Fermo, te llamé por teléfono, pero no estabas. Quería que me invitaras a cenar porque tenía el frigorífico vacío. Entonces llamé por teléfono a Egisto y vino enseguida. Trajo de su casa un pan bastante duro y una lata de Campbell, y nos hicimos una sopa.

Tengo dos cartas de Lucrezia, una para ti y otra para Egisto. La tuya te la dejaré en el buzón cuando pase por delante de tu casa camino de la escuela, junto a esta breve carta mía.

Egisto, yo y todos pensamos que haces mal en irte a vivir a Estados Unidos. Pensamos que allí serás muy infeliz. Haz un viaje de unos cuantos días y después vuelve. No importa que hayas vendido tu casa, no importa que hayas facturado los baúles, todo tiene remedio.

A mí me parece horrible que te vayas de Italia para siempre. Sin ti, nos aburriremos en Las Margaritas. Yo seguiré yendo allí de todas formas, porque los sábados y los domingos nunca tengo nada que hacer. Si voy a ver a mi familia a Luco dei Marsi lo paso mal durante toda la semana, y si me quedo en Roma me entra mucha tristeza. Así que iré de todas formas, pero sin ti no será lo mismo.

Me enamoré de ti cuando te conocí, y ahora quiero decírtelo. Te escribía muchas cartas y luego las rompía. Después, de la noche a la mañana, se me pasó,

porque en esto soy como Lucrezia, me enamoro enseguida, pero otro día me despierto y ya se me ha pasado.

De Egisto no me he enamorado nunca, tal vez porque me parece más bien feo, regordete y bajo. A decir verdad, tú tampoco eres demasiado guapo, eres delgado y cetrino y estás en los huesos. Egisto me pidió dos o tres veces que me acostara con él, y yo me negué. Como es muy picajoso se ofendió y desapareció durante varios días, pero después regresó y todo volvió a ser como antes. Ahora nos queremos como dos hermanos. Siempre que me acuesto con algún hombre se lo cuento. Sin embargo, eso no me sucede con frecuencia, porque tengo el enamoramiento fácil, pero la cama difícil.

Con mi verdadero hermano me llevo bastante mal. No me llevo bien ni siquiera con mi madre y, cuando voy a mi casa, a Luco dei Marsi, lo paso fatal. Con quien me llevo mejor es con mi padre, pero está viejo y sordo. También están mis hermanas Maura y Gina, que tienen nueve y diez años. Mi hermano trabaja en una frutería. Aunque ha estudiado magisterio no encuentra trabajo. Le da mucha rabia que yo tenga trabajo en Roma. No lo soporta. Cuando entro en la tienda en la que trabaja, se le oscurece el semblante y mira hacia otro lado. Después le dice a mi madre que la gente me encuentra extraña y le pregunta si no estaré metida en las Brigadas Rojas.

Mi hermano y mi madre me dicen que voy vestida como una pobre y yo les respondo que es porque buena parte de mi sueldo se la tengo que enviar a ellos. Me contestan que podría ir a la Standa, los grandes almacenes, y que gastaría poco. La tienen tomada con mis vaqueros y con mis zapatillas de esparto.

Además, cuando voy a mi casa tengo que dormir con Maura y Gina. Dormimos en una cama de matrimonio con una colcha roja. Odio esa colcha roja. Si tengo calor, ellas tienen frío, y si quito la colcha, ellas vuelven a ponerla. Cuchichean en la oscuridad, ríen y gritan. Cuando me dieron el trabajo en Roma y encontré el estudio, me sentía feliz sobre todo por las noches, por poder meterme sola en mi cama. No sé por qué dicen que la soledad es desagradable.

La soledad en Roma es agradable. Es un poco desagradable los domingos, cuando esperas que suene el teléfono y no lo hace. Los demás días es agradable.

A mí también me gustaría hacer un pequeño viaje a Estados Unidos, pero ni siquiera tengo dinero para comprarme unos zapatos nuevos.

Supongo que te habrás enterado de lo del Centro de la Mujer. Ayer estuvimos muchas horas fregando el suelo y nos quedamos muertas de cansancio. Al volver a Las Margaritas, Lucrezia se encerró en su habitación a escribirte y me dijo que le diera la cena a Vito. Me costó mucho, porque Vito se paseaba por toda la casa y yo tenía que ir detrás de él con el plato. Ayer llegó esa chica suiza a la que esperaban, pero se fue de paseo con los perros. Dice que le gustan mucho los perros. Quizá prefiera los perros a los niños; si es así, hace bien, ya que los niños de Lucrezia son muy guapos, pero insoportables.

Después Piero me acercó en su coche a Pianura y llegué justo a tiempo para coger el último tren.

Quería escribirte solo unas líneas y, al final, te he escrito una carta muy larga.

Invítame a cenar esta noche. Invita también a Egisto. Te estarán saliendo un poco caras estas cenas, pero, al fin y al cabo, son los últimos días que pasas con nosotros.

ALBINA

De Egisto a Lucrezia

Roma, 30 de octubre

Eres una antipática. No te preocupes, no iré con Ignazio Fegiz. Peor para ti. Has perdido la oportunidad de conocer a una persona simpática.

Te envío esta carta por correo. Yo tampoco iré. Me voy con Ignazio Fegiz a ver a unos amigos suyos que tienen una casa muy bonita en Tarquinia.

Podéis guardaros vuestras naturalezas muertas y vuestras cebollas.

EGISTO

De Egisto a Lucrezia

Roma, 4 de noviembre

Perdóname. Mi carta era un poco brusca. Piero me ha llamado por teléfono y se ha disculpado. Me ha dicho que estos días estás triste y nerviosa. Tal vez te entristezca que Giuseppe se vaya. Nos entristece a todos. Yo también me he disculpado. Piero me ha dicho que vaya a visitaros con quien me parezca.

Iré con Ignazio Fegiz el próximo sábado. Al final no fuimos a Tarquinia, porque a sus amigos se les habían roto unas tuberías y nos pidieron que lo dejáramos para otro día.

EGISTO

De Giuseppe a Lucrezia

Roma, 5 de noviembre

Hoy han venido los Lanzara. Ya te dije que son los que me van a comprar el piso. Han venido para ver bien el piso y los muebles y decidir la distribución de las habitaciones. He llamado a Roberta y ha subido enseguida. Yo quería que los conociera, porque dice que me han tomado el pelo. Además, Roberta tiene la virtud de que me resulte más fácil el trato con la gente. Ha traído caviar que tenía en casa. Yo he hecho té y he tostado pan. Los Lanzara me caen simpáticos. Él es psicoanalista. Es bajo y tiene la cabeza en forma de pera, sin un solo pelo. Ella es una española gorda y morena. No me parece que sean unos indeseables. No me gustaría que vivieran en mi casa dos indeseables.

Mientras tomábamos el té ha venido Egisto con un amigo suyo del que me había hablado mucho. Se llama Ignazio Fegiz. Cuando ha entrado, con una gabardina de hombreras llena de botones y una gorra de visera, me ha parecido que con él entraba una ráfaga de viento. Es un hombre de unos cuarenta años pero tiene todo el pelo gris, lo he visto cuando se ha quitado la gorra. Un espeso cepillo gris. Es alto, guapo, tiene muy buen color, y los dientes grandes y blancos. Lleva siempre una mano cerrada en un puño detrás de la espalda y con la otra hace grandes gestos en el aire. Se ha sentado a tomar el té y no pocas tostadas de pan con caviar. Era la primera vez que veía a los Lanzara, pero enseguida ha empezado a hacerles preguntas sobre el piso y la distribución de los cuartos, y desaprobaba todo lo que ellos ya habían decidido. Se ha puesto a

dar vueltas por la casa y a abrir todas las puertas. Les ha dicho que deberían tirar el tabique que separa la cocina del baño y hacer un baño donde está el cuarto de las escobas. Tendrían que poner el dormitorio donde ahora está la sala de estar y el despacho en el cuarto del fondo. Roberta no estaba de acuerdo. Entonces él ha pedido un papel y ha dibujado una planta de la casa para ilustrar su idea. Roberta ha dibujado otra. Los Lanzara estaban callados y parecían un poco perplejos. Egisto se ha quedado en un rincón leyendo un libro.

Después los Lanzara se han ido y yo he propuesto que preparáramos una pequeña cena. Roberta se ha puesto a hacer la salsa para los espaguetis. Pero Ignazio Fegiz también tenía su opinión sobre la salsa. No la quería con mantequilla y tomate, sino con aceite, ajo y guindilla. Egisto le ha dado la razón. Yo me mantenía neutral. Al final, Ignazio Fegiz se ha salido con la suya. Creo que es una de esas personas que siempre se salen con la suya.

En la mesa, Ignazio Fegiz ha estado hablando de sí mismo. Vive solo en un piso de via della Scrofa. Restaura cuadros y de vez en cuando los vende. Cuando era niño le habría gustado pintar, pero se dio cuenta enseguida de que no tenía vocación.

Parece una persona extrovertida, afable y generosa. Pero yo creo que en realidad es una persona complicada y atormentada, y que en su interior guarda un montón de cosas de las que nunca habla. En el puño que lleva siempre detrás de la espalda esconde muchas cosas que nunca enseña. Se lo he dicho. Le he dicho que me gustaría ver lo que esconde en el puño. Se ha echado a reír y ha puesto las dos manos abiertas encima de la mesa. Reía, pero seguramente no estaba contento.

Ahora creo que me gustaría quedarme un poco más de tiempo. Pero es mejor que me vaya pensando que aquí, en Italia, llevaba una vida muy agradable. En realidad, ahora me parece agradable porque me voy. Pero antes de que decidiera marcharme me parecía insoportable.

Me gustaría ir a Monte Fermo una vez más. Pasear contigo, seguirte por las calles de Pianura mientras compras jamón y lana. Pero no lo haré. No iré. No

entiendo por qué a veces uno se prohíbe a sí mismo hacer cosas que desea con toda su alma y que son del todo inofensivas, sencillas y naturales. Pero no iré. Ya me he alejado de vosotros. Ya estoy lejos, en Estados Unidos. Prefiero escribiros.

Camino mucho por Roma. Ayer cogí el autobús y fui a la piazza San Silvestro. No es nada del otro mundo, con las bolsas de basura medio deshechas en una esquina, los turistas japoneses, los mendigos echados encima de periódicos, las camionetas de Correos, las sirenas de la Cruz Roja y las motocicletas de la policía. No es nada del otro mundo, pero me he despedido de ella con cariño. En Estados Unidos habrá otras plazas con turistas, mendigos y sirenas. Sin embargo, a mí me dejarán indiferente, porque en la vida no podemos hacer nuestras demasiadas cosas. Llega un momento en que todo aquello en lo que posamos la mirada por primera vez nos resulta ajeno. Lo miramos como turistas, con interés, pero con frialdad. Pertenece a los demás.

Me hablas mucho de tu madre en tu carta. Me has hablado de ella a menudo. De tu padre, nunca, porque no te acuerdas de él, murió cuando eras pequeña. Creo que has buscado siempre un padre en tu madre, en tu marido y en mí. Tal vez buscaste un padre incluso en el doctor Civetta.

Yo hablo muy poco de mis padres. Enseguida dejé de sentirlos como una protección. Me parecían irritantes y aburridos. Yo también respiré el aburrimiento de pequeño, claro que no tanto como mi hijo, pero sí un poco. En cambio, mi hermano fue siempre una protección para mí. Incluso ahora necesito su protección autoritaria, un poco displicente e imperiosa. Tú solías echarme en cara que no te protegiera. Pero cómo iba a protegerte, con la necesidad que tenía yo de que me protegieran. También a Piero le echas en cara que no lo haga. Hablas a menudo de tu necesidad de sentirte protegida. Hablas a menudo de protectores. Es una fijación tuya. «Protectores los tienen las putas», te dijo una vez Piero. Te ofendiste mucho. En realidad, los adultos no tendríamos que necesitar protección. Pero tal vez ni tú ni yo hemos llegado a ser adultos, ni tampoco Piero. Somos una panda de chiquillos.

GIUSEPPE

De Giuseppe a Lucrezia

Roma, 10 de noviembre

Ayer fui a visitar a Ignazio Fegiz. Me llamó por teléfono y me propuso que fuera a su casa a ver unos cuadros de bosques de un pintor amigo suyo. Su piso es pequeño, solo tiene una sala de estar y un altillo. No soporto los altillos. Me gustan las casas de verdad, con pasillo. En casa tiene muchos cuadros. Le dije que a mí los cuadros no me interesaban demasiado, que tal vez él y yo no tuviéramos demasiados temas de conversación. Me contestó que eso no importaba, que dos personas pueden estar a gusto juntas sin tener temas de conversación. Es cierto.

En la sala de estar había un cuadro, un retrato de una mujer rubia sentada en un sillón. Mientras lo miraba me dijo que era un autorretrato de una amiga suya. A él le parecía bonito, a mí, no sé. Me enseñó otros cuadros pintados por esa amiga suya. Por lo general, paisajes en los que predominaban el rojo y el dorado. Miró la hora en el reloj y me dijo que tenía una cita. No podía llevarme a casa porque iba en otra dirección. Bajamos juntos. Su piso no tiene ascensor y la escalera estaba más bien sucia. Se subió al coche, un Renault verde oliva. Después Egisto me dijo que esa amiga suya, la de los cuadros rojos y dorados, vive en Porta Cavalleggeri y que Ignazio cena casi todas las noches en su casa. Se llama Ippolita, pero la llaman Ippo. Aunque es guapa, tiene un pelo precioso, espeso, rizado y dorado. Es muy delgada. Pese a ser tan delgada, le horroriza engordar y no come nada, solo un colín de pan, una zanahoria y un limón. Pero

se le da muy bien la cocina e inventa platos que no prueba. Egisto se sabe la vida y los milagros de todo el mundo.

GIUSEPPE

De Lucrezia a Giuseppe

Monte Fermo, 14 de noviembre

Ayer por la noche vino a vernos el famoso Ignazio Fegiz, famoso porque tú solo hablas de él y te cae muy bien, igual que a Egisto y ahora también a Piero. Vino con Egisto y Albina en su coche, el Renault verde oliva. Nos habían avisado por teléfono y los estábamos esperando. Me hubiera gustado hacerles el pastel de carne picada, pero no me dio tiempo, así que lo haré hoy. Les di huevos y patatas cocidas. El siciliano para todo se ha marchado. Se ha llevado las cucharillas de plata, un reloj de Pierino y una grabadora. Se fue temprano por la mañana, mientras todos dormíamos. Pierino fue a la policía. Le fastidia sobre todo por el reloj, que era un recuerdo.

Ahora tengo mucho que hacer en casa. El siciliano hacía poco, pero por lo menos barría los cuartos y lavaba la verdura.

Ayer por la noche estuvimos despiertos hasta muy tarde. Ignazio Fegiz no paró de hablar. Cómo habla. Opina sobre todo, lo mismo le da que sea arte o política. Yo me quedé dormida en una esquina del sofá y, cuando me desperté, oí que estaban hablando de ti. No te contaré lo que dijeron. No me parece bien repetir lo que los demás dicen de alguien cuando no está; ni lo bueno ni lo malo. Ni siquiera lo bueno, porque entonces el ausente agranda e hincha las palabras de mantequilla y azúcar y las convierte en algo distinto de lo que son en realidad.

Pensaba ir a Roma a pasar el día, pero no iré. Tengo demasiadas cosas que hacer en casa. Te saludo en este pedazo de papel.

Tus pocos y largos cabellos. Tus gafas. Tus jerséis de cuello alto, azules en invierno y blancos en verano. Tus piernas delgadas y largas de cigüeña. Tu nariz larga y grande de cigüeña. Tus manos grandes y delgadas, siempre frías aunque haga calor. Así es como te recuerdo.

LUCREZIA

De Giuseppe a Lucrezia

Roma, 18 de noviembre

Mi hijo me llamó desde Berlín. Salía hacia Florencia. Habían decidido rodar una parte de la película en las colinas de alrededor de Florencia. Me dijo que si yo iba a Florencia, podríamos vernos. Si iba, tenía que llevarle una máquina de escribir que le había prestado a un amigo suyo y que este no le había devuelto. No te cuento el camino que tuvimos que hacer Roberta y yo para recuperar esa máquina de escribir, primero a via dei Coronari y después a via dei Giubbonari, buscando a un tal Pino y luego a un tal Mario. Al final encontramos la máquina de escribir en casa de una tal Franca que tiene una tienda de discos en la via Cassia. Pero es un trasto.

Fui a Florencia con Roberta e Ignazio Fegiz. Ignazio también tenía que ir y nos llevó en el Renault.

Ignazio dijo que había estado muy a gusto en Las Margaritas, que durmió en una habitación muy grande y muy húmeda donde había una cómoda con tortugas y un espejo con manchas oscuras. Conozco esa habitación porque he dormido en ella muchas veces. A Ignazio le cae muy bien Piero. De ti dijo que le pareciste una persona muy nerviosa, sobre todo a la hora de comer, cuando cortaste el pastel de carne que habías preparado y se te rompió. Estuvo en vuestra casa dos días y los dos días hiciste un pastel de carne que se te rompió. Entonces te preguntó que por qué te empeñabas en hacer un pastel de carne si siempre te salía mal. Tú te ofendiste. Piero dijo que el sabor de tus pasteles de carne es muy

bueno, que incluso así, completamente rotos y desmigados, están muy ricos. Pero él dijo que cuando un pastel de carne se rompe siempre es un fracaso. De ti dijo eso, que eres una persona nerviosa, y también que Vito, vuestro hijo pequeño, está muy mimado, pues a las once de la noche todavía se paseaba por la casa con una naranja espachurrada en la mano. Según tú no hay que repetir las cosas que los demás dicen de alguien cuando no está. Yo, en cambio, tengo la costumbre de repetir las, siempre que no sean demasiado malas. Quizá esté equivocado.

Llegamos a Florencia por la noche. Alberico me había citado en una pensión. Estaba en el vestíbulo con un chico rubio y una chica muy bajita vestida con un mono azul de tirantes. Los tres estaban medio tumbados en los sillones, con las mochilas a los pies. El rubio era el director de la película y la chica, la secretaria de producción. El rubio se llamaba Rainer y la chica se llamaba Nadia. El rubio es de Munich, la chica de Catania. Yo siempre me siento incómodo cuando me encuentro con Alberico. Le di un beso en la barba. Es más alto que yo y tuve que ponerme de puntillas.

A la chica le dolía mucho la cabeza y ella y Roberta se fueron a buscar una farmacia de guardia. Nada más salir, Alberico dijo que esa chica era una pesada, y el rubio dijo que él opinaba lo mismo. El rubio hablaba en una mezcla de italiano y alemán. Alberico no sabe alemán y se dirigía a él en italiano. Habían venido en avión hasta Milán y después habían cogido el tren. La chica había pasado mucho miedo en el avión y ellos se habían tenido que turnar para cogerle la mano con fuerza. En el tren tenía frío y se había peleado con una señora que quería apagar la calefacción. Será una pesada, pero están atados a ella de pies y manos porque ha puesto dinero en la película y, si quieren acabarla, tendrá que poner todavía más. Consiguió el dinero de un socio de su padre que tiene negocios en Alemania y le sobra el dinero. Ignazio Fegiz les preguntó que qué tal era la película. Alberico dijo que era una porquería, y el rubio dijo que él opinaba lo mismo. Ignazio Fegiz siguió preguntando. Entonces sacaron de las mochilas varias libretas deshojadas y garabateadas. Ignazio comenzó a mirarlas,

pero dijo que era imposible leerlas. Roberta y la chica regresaron. La chica pidió media botella de agua mineral y un bocadillo. Era muy bajita, gorda, mona, con un rostro pequeño y oscuro. Tenía los cabellos crespos y despeinados, como una nube negra. Y unos pechos tan grandes que parecía que le iban a estallar el mono, que le quedaba demasiado estrecho.

A la mañana siguiente, Ignazio Fegiz se marchó a hacer sus cosas, Roberta y la chica se fueron a pasear por Florencia, el rubio se levantó temprano y se fue a explorar las colinas, y Alberico y yo tomamos un café en el vestíbulo. Le pregunté cuándo pensaba volver a Roma y dónde viviría, puesto que ya no tenía casa. Y también le pregunté si seguía pensando en irse a vivir al campo con Adelmo y criar gallinas. Me contestó que hacía mucho que no sabía nada de Adelmo y que por ahora no pensaba irse a criar gallinas. Entonces le dije que habría sido mejor no vender la casa, pero que por otra parte yo había cometido el mismo error, y que habíamos sido dos estúpidos por vender las dos casas, la suya y la mía. Le dije que con el dinero de la mía Roberta me compraría unos bonos del Tesoro. De esa forma, en el caso de que necesitara dinero podría pedirle a ella. Esbozó una sonrisa y me dijo que él tiene mucho dinero. Cuando se ríe me siento menos incómodo, porque veo sus dientes blancos, pequeños y sanos. Le dije que, de hecho, él es rico. Me contestó que yo tampoco es que fuera pobre, pero que tengo miedo a volverme pobre, lo cual es muy diferente a serlo. Le pregunté si vendría a verme a Estados Unidos y me contestó que tal vez lo haría pronto, quizá en la próxima primavera.

Después regresaron todos y nos quedamos un rato más sentados en el vestíbulo. Ignazio Fegiz y Roberta hablaban con el rubio en alemán. Yo no entendía nada, pero creo que opinaban sobre la película y le daban consejos. Ignazio Fegiz no está contento si no da consejos. Igual que Roberta. Pero parecía que los consejos de Roberta eran más bien simples y los de Ignazio muy rebuscados. El rubio tenía una expresión de desconcierto. Alberico leía los periódicos. La chica había pedido que le llevaran un bocadillo de jamón y comía con ese aire suyo infantil y oscuro.

Llegó el momento de irnos. Besé a Alberico en la barba y sostuve en mi mano sus dedos largos y fríos durante unos segundos. Tú dices que yo siempre tengo las manos frías, pero no te puedes imaginar lo frías que son las suyas.

Los tres se quedaron de pie en la acera mientras nosotros subíamos al coche. Alberico estaba apoyado en la pared. Llevaba una cazadora de cuero estrecha y corta, unos vaqueros gastados y amarillentos por la zona de las rodillas y unas zapatillas deportivas blancas y sucias. El rubio vestía una camisa a cuadros de franela. La chica comía pan con jamón. Nos fuimos.

Roberta me contó que ella y la chica habían hablado por los codos mientras paseaban por Florencia y entraban a iglesias. La chica cree que está embarazada. Tuvo una relación con un periodista austriaco en Berlín. No está demasiado segura de querer abortar. El periodista se marchó de Berlín y, en cualquier caso, no habían tenido una relación muy profunda. Ella lo llamó por teléfono para consultarle y él le dijo que abortara. No obstante, ella está indecisa. No es que tenga una relación pésima con sus padres, pero tampoco es maravillosa. Ellos viven cerca de Catania, en su propiedad. El padre tiene una gran fábrica de ladrillos. Es multimillonario. En cualquier caso, ella no quiere volver a Sicilia. Cuando acaben de rodar la película piensa venir a Roma. Alberico le dijo que la podía alojar. Roberta le preguntó que dónde la alojaría si Alberico ha vendido su casa y no tiene ningún sitio donde meterse con sus trastos. Pero ella le contestó que Alberico conoce a un montón de gente.

Nos detuvimos en un motel de carretera a descansar y compramos galletas. Cuando llegamos a Roma ya había oscurecido. Ahora estoy en casa y es de noche. Así es como he pasado estos dos días, el de ayer y el de hoy.

GIUSEPPE

19 de noviembre, por la mañana

Piero me acaba de telefonar y me ha despertado. Llamaba desde su despacho, en Perugia. Qué pronto empieza a trabajar, son solo las nueve de la mañana. Quería saludar, preguntarme por qué no voy a Las Margaritas una vez más antes de marcharme y pedirme que no lo olvide. Siento mucho afecto por Piero. De Ignazio Fegiz ha dicho que le parece simpático, pero tal vez un poco hipercrítico. Creo que le parece hipercrítico con los pasteles de carne.

De Ferruccio a Giuseppe

Princeton, 12 de noviembre

Querido Giuseppe:

Prefiero el teléfono a las cartas, pero las últimas veces que he hablado contigo por teléfono no te he dicho una cosa importante. No lo he hecho porque me resulta más fácil contártela por escrito. El teléfono no sirve para decir las cosas importantes, que requieren tiempo y espacio, solo sirve para las minucias o para las noticias quizá importantes, pero breves.

Querido Giuseppe, he decidido casarme. Me caso con una persona a la que conozco desde hace algunos años. Se llama Anne Marie Rosenthal y trabaja conmigo. Pensaba que nunca me casaría, pero de pronto he tomado esta decisión. Anne Marie tiene cuarenta y ocho años, seis menos que yo. Vino a Estados Unidos durante la guerra. Su padre era alemán y su madre francesa. Los dos eran judíos. El padre murió en un campo de concentración de Alemania. Vino a Estados Unidos de niña, con su abuela y con su madre. Es viuda y tiene una hija casada que vive en Filadelfia. Tomamos la decisión de casarnos hace un mes, en Filadelfia, durante un congreso. No te lo conté de inmediato porque conozco tu carácter indeciso, y temía que mi próxima boda pudiera ser un obstáculo para tu proyecto de venirte a vivir conmigo.

Me has preguntado varias veces, por teléfono y por carta, si me arrepentía de haberte dicho que vinieras. No me arrepiento en absoluto. Viviremos muy bien los tres, Anne Marie, tú y yo. Como sabes, el tres es un número perfecto.

Anne Marie y yo nos casaremos dentro de una semana. Cuando llegues ya

estaremos casados. No esperaré a que llegues, sería inútil. No celebraremos ningún tipo de festejo.

El 30 de noviembre iré a buscarte al aeropuerto de Nueva York. Anne Marie vendrá conmigo. Nos quedaremos en Nueva York una semana, puesto que tú nunca has estado allí. Después iremos a Princeton. Como te he dicho por teléfono, me he mudado hace poco. La casa que tengo ahora es menos bonita que la de antes, pero más cómoda.

Un abrazo,

FERRUCCIO

De Giuseppe a Piero

Roma, 19 de noviembre

Gracias por haberme llamado. Aún resuena tu voz en mis oídos. Estoy en la habitación, con las maletas hechas y cerradas, mucho desorden y papelajos y cordeles por el suelo.

Nunca podré olvidaros, os llevo a todos grabados en el corazón, a ti, a Lucrezia y a vuestros queridos hijos. Llevo grabada en el corazón vuestra casa, grande, amarilla y vieja, que vosotros llamáis Las Margaritas quién sabe por qué. El porche, la leñera, el patio de delante de la casa y los dos magnolios. Lo llevo todo grabado en el corazón. Lucrezia a veces dice que está harta de esa casa, que está harta de vivir en el campo y que le gustaría que os trasladarais a algún otro sitio. Pero está equivocada. Es una casa muy bonita, e hicisteis bien en comprarla hace diez años o cuando fuera. Quedaos en ella. No os vayáis nunca de allí.

Ayer recibí una carta de mi hermano. Dice que se casa. Si te soy sincero, esta noticia me ha sobresaltado. Creo que no viviré con él. En cuanto tenga un sueldo me buscaré un apartamento pequeño.

Me imaginaba a mi hermano y a mí solos, pero no será así. En un instante, esta imagen se ha roto en mil pedazos. Por eso estoy turbado y sobresaltado.

GIUSEPPE

De Albina a Giuseppe

Pianura, 22 de noviembre

Querido Giuseppe:

Te escribo desde el Centro de la Mujer. Estoy con Egisto y Serena. Lucrezia se ha quedado en casa. Te escribo para decirte que no podré cenar contigo mañana porque me quedaré en Monte Fermo. Te he llamado por teléfono y no estabas, así que te mando esta carta con la chica suiza, que va mañana a Roma para devolverte la maleta que le prestaste a Piero.

Egisto está con el martillo construyendo la tarima y Serena escribe a máquina su comedia, así que tengo la cabeza como un bombo, no sé qué hacer y te escribo.

Serena casi ha acabado su comedia. La representará aquí dentro de dos semanas. Actuará ella sola, porque su comedia solo tiene un personaje, Gemma Donati, la mujer de Dante. De esta Gemma Donati nunca se habla y no se sabe nada de ella. A Serena le interesó justo por eso, porque nadie habla de ella. La ve como una persona que ha perdido la identidad y la encuentra hablando en voz alta consigo misma. Serena irá vestida de blanco y caminará de un lado a otro de la tarima con un libro en la mano, la *Divina Comedia*, que en un momento de cólera arrojará a las llamas. En medio de la tarima habrá un brasero con cenizas, y ella arrojará el libro a las cenizas. Serena quería encender un gran fuego, pero se lo hemos prohibido por miedo a que toda la tarima se ponga a arder.

Querido Giuseppe, dentro de dos semanas, cuando se abra el Centro de la Mujer y Serena sea Gemma Donati, tú ya no estarás en Italia. El vestido se lo ha

hecho con una sábana vieja y, a decir verdad, no le queda muy bien, ya que debería caer con anchos pliegues, pero parece más bien pobre porque se ha equivocado al cortarlo. A cambio llevará unas preciosas sandalias doradas y una diadema dorada en el pelo.

Querido Giuseppe, qué lejos estarás de aquí dentro de dos semanas. Estados Unidos es un lugar muy lejano. Es verdad que en avión solo se tarda un día en llegar, es verdad que todos van y vienen de Estados Unidos, y es verdad que en nuestro tiempo las distancias ya no existen, pero no es nada fácil ir y venir por el mundo si no se tiene dinero para viajar. Egisto dice que es de otra época llorar por las distancias, igual que es de otra época llorar y asustarse cuando alguien enferma de tuberculosis. En nuestro tiempo han desaparecido las distancias y ha desaparecido también el miedo a la tuberculosis. Gracias a los aviones y a los antibióticos han desaparecido estas dos calamidades. Es cierto. Pero ni Egisto ni yo tenemos dinero para ir a verte a Estados Unidos.

El 30 de noviembre por la mañana, Egisto y yo estaremos debajo de tu casa para llevarte al aeropuerto en el Dauphine.

ALBINA

De Giuseppe a Lucrezia y a Piero

Nueva York, 1 de diciembre

Queridos amigos:

Os escribo a los dos porque me acuerdo de los dos, y porque ayer, antes de partir, Egisto me entregó ese pequeño queso que le habíais dado para mí, con vuestros nombres escritos en rojo en la caja. Muchas gracias.

Estoy en Nueva York. He llegado bien. Aunque digo que he llegado bien, en realidad tuve un viaje horrible. Al salir de Roma me dolía un poco la garganta, pero durante el viaje fue a más y tuve fiebre. Un indio muy amable que iba sentado a mi lado se dio cuenta de que me encontraba mal, llamó a la azafata y le pidió que me diera un antipirético.

Llegué a Nueva York ayer por la noche. Ahora son las siete de la mañana. Estoy en la cama, en un hotel de la Quinta Avenida. Mi encuentro con Estados Unidos no ha sido nada feliz. Cuando bajé del avión con el indio, que me llevaba la bolsa de viaje, no me enteraba de nada a causa de la fiebre. Me metí junto con los demás pasajeros en una interminable pasarela cubierta. Después recuerdo una gran confusión, pero el indio seguía a mi lado. Lo ves, Lucrezia, siempre se encuentran protectores. El indio se quedó conmigo hasta que vio a mi hermano venir a mi encuentro. Después le dio la bolsa y se fue. Nunca lo volveré a ver. Al ver ante mí el grueso abrigo gris de mi hermano sentí un inmenso alivio. Esa robusta figura, esa cara alargada y seria me produjeron una gran sensación de paz. Lo abracé y apoyé la mejilla en su abrigo mojado por la lluvia. Detrás de él había una mujer bajita y grácil, con unos ojos grises muy grandes y un poco

estrábicos, una boina calada de lado y una sonrisa. Cuando se volvió, vi que iba peinada de una forma que ya no se lleva, con un moño bajo, un grueso rodete negro lleno de horquillas. Era Anne Marie.

Cogimos un taxi y me senté entre los dos. En el taxi había una manta de lana y Anne Marie me la extendió sobre las rodillas. Mi hermano dijo: «No creo que sea nada. Solo unas simples anginas».

Había muchos túneles intensamente iluminados, no vi nada más. Al bajar del taxi diluviaba. Anne Marie me cubrió la cabeza con un pañuelo. Siempre se encuentran protectores. El hotel tenía una puerta giratoria y entramos a un gran vestíbulo lleno de gente y de maletas. Mi hermano subió conmigo en el ascensor. Cuando llegamos a la habitación, se quitó el abrigo, se sentó y me dijo que me duchara. Pero yo me encontraba mal, y me desvestí y me metí en la cama sin siquiera lavarme las manos. Anne Marie llegó con un médico italiano que había encontrado en el hotel. El médico me examinó. Estaba a cuarenta de fiebre. Pero él también dijo que solo se trataba de unas anginas. Anne Marie salió de la habitación con el médico y mi hermano y yo nos quedamos solos. Me acomodó bien las mantas. Se alisaba los cabellos y se frotaba las mejillas. Tiene la cara alargada, con dos profundas arrugas en las mejillas, la frente surcada de arrugas horizontales, las cejas espesas y el pelo gris, liso y arreglado. No nos parecemos en nada. Cuanto más envejece, más se parece a mi padre. Yo, en cambio, me parezco a mi madre.

La decisión de casarse la tomó en Filadelfia, en un museo de historia natural. En Filadelfia había un congreso. En un descanso del congreso, él, Anne Marie y otros colegas salieron a pasear por la ciudad. Se puso a llover y entraron todos en aquel museo. Él y Anne Marie perdieron enseguida al grupo de colegas y se quedaron solos. Estuvieron mirando un buen rato los cóndores, las águilas y los canguros, y después se sentaron en un sofá porque afuera seguía lloviendo. Se conocían desde hacía mucho tiempo, trabajaban juntos, pero nunca se habían parado a hablar y sabían muy poco el uno del otro. Se contaron un montón de

cosas. Cuando salieron, él ya había decidido casarse con ella. Al día siguiente se lo propuso y ella aceptó.

Anne Marie vino de niña a Estados Unidos con su madre. No tenían dinero. La madre le pagó los estudios trabajando de cajera en un restaurante. A los dieciocho años Anne Marie se casó con un escultor alsaciano. La madre se opuso a aquella boda y rompieron las relaciones. El escultor era alcohólico y la maltrataba. Dio a luz a una niña y su madre murió. Más tarde se separó de su marido, quien al poco tiempo se suicidó. La hija tiene ahora treinta años, está casada y trabaja en una agencia de publicidad.

Anne Marie es una persona tranquila, de costumbres sencillas. Habla perfectamente francés, alemán e inglés. Aunque no sabe italiano, se ha propuesto aprenderlo. Le gusta cocinar, hacer punto y tocar el piano, pero su verdadera vocación es la investigación científica. Así es como me la describió mi hermano mientras caminaba de un lado a otro de la habitación. Yo solo quería esconder la cabeza bajo las sábanas y refugiarme en el sueño.

Anne Marie volvió con una pequeña tetera. En la habitación había un hornillo eléctrico. Anne Marie me hizo un té de menta y me lo tomé. Parece ser que el té de menta es una de sus fijaciones. Se fueron y por fin pude dormir. Por la noche me despertaba de vez en cuando, y la fiebre, el té de menta, el escultor alsaciano y el museo de historia natural formaban dentro de mí un fango donde chapoteaba con mucho esfuerzo.

Ahora es por la mañana. Sigo con fiebre. Os escribo desde la cama. Me encuentro fatal. Pero, como dicen mi hermano y el médico, no es nada. Solo unas simples anginas.

GIUSEPPE

De Piero a Giuseppe

Perugia, 13 de diciembre

Querido Giuseppe:

Te escribo desde el despacho de Perugia. Corsi, mi socio, ya se ha marchado. Son las ocho de la tarde y dentro de un poco yo también me iré a casa. Hay niebla en la carretera y tendré que conducir muy despacio. Hay veces que me gustaría tener una casa en Perugia. Lucrezia lo está deseando, aunque donde más le gustaría vivir es en Roma. Pero eso sería un error. Es muy bonito despertarse por la mañana en el campo, con el canto de los gallos y de los pájaros y la fragancia del aire. Estoy seguro de que para Lucrezia también son importantes todas estas cosas y que, si viviéramos en Perugia o en Roma, sería muy desdichada.

Te escribo a Princeton porque Roberta nos ha dicho que ha hablado por teléfono con tu hermano y estabais a punto de ir de Nueva York. Nos ha dicho que ya se te han curado las anginas y que estás bien.

Yo y Lucrezia leímos tu carta al lado de la chimenea, comiendo castañas. Al día siguiente llamamos a Roberta, y nos tranquilizó acerca de tu salud.

En cuanto a la boda de tu hermano, no debes tomártelo tan a la tremenda. No es para tanto. Mientras leíamos tu carta, Lucrezia se encogía de hombros y bufaba. Decía que siempre que te resfrías un poco se te mete entre ceja y ceja que tienes no se sabe qué enfermedad horrible, y que además eres un egoísta tremendo, porque si tu hermano se ha casado y está contento con ello deberías alegrarte por él y no comportarte como si te hubiera sucedido una gran

desgracia. Después llegó Serena y se compadeció de ti, en Estados Unidos y con fiebre, con el té de menta y con Anne Marie.

Lo cierto es que resulta extraño que tu hermano haya decidido casarse justo ahora, cuando tú has decidido trasladarte a vivir con él. Es extraño, pero son cosas que pasan, y no veo por qué debes hablar de ello en un tono tan triste.

Anne Marie mantendrá la casa en orden. Es verdad que tú también eres muy capaz de mantener una casa en orden, pero Anne Marie quizá sea más capaz que tú. Por lo que cuentas de ella es una mujer que ha tenido una vida difícil, y las dificultades en la vida llevan a desear el orden y a valorar las nimiedades, por el bienestar de uno mismo y de los demás. Lucrezia piensa que eso no es verdad, y hemos discutido sobre ello, pero yo me mantengo en mis trece.

Todos te echamos mucho de menos, y recordamos cuando nos leías los *Diálogos* de Platón. Ahora en cambio tenemos que escuchar la comedia de Serena, que a mí, si te digo la verdad, me parece una enorme memez. No sé si sabes que ella interpreta el papel de Gemma Donati, la mujer de Dante. Cuando hace de Gemma Donati y camina de un lado para otro del comedor leyendo sus folios, los niños se esconden detrás de los sofás y le disparan de repente con sus pistolas de agua, pero ella continúa como si nada. Pobre Serena, en realidad necesita un hombre, porque no lleva una vida muy alegre en ese estudio de Pianura en el que hay un desorden terrible. No es una persona capaz de mantener el orden, su habitación está invadida de libros, periódicos y jerséis. Pobre Serena, pobre Gemma Donati sin un Dante, sin quizá tampoco una verdadera vocación por el teatro y a punto de cumplir treinta y nueve años. Su padre siempre le dice en sus cartas que se marche de Pianura, no entiende por qué se ha empeñado en quedarse en ese sitio solo para estar cerca de nosotros, que además no siempre le hacemos caso. He pensado que tal vez Ignazio Fegiz podría ser el hombre de su vida, pero Lucrezia dice que no, que él la desdeña, y una vez que ella estaba leyendo su comedia le dijo que lo hacía muy mal y que, además, para ser la mujer de Dante tenía un acento demasiado piamontés, y mira que ella es de Limone Piemonte. Entonces los dos iniciaron una discusión

interminable y mortalmente aburrida sobre el teatro, sobre los dialectos, sobre todo.

Ahora debo despedirme de ti porque es tardísimo y, cuando me retraso, Lucrezia se preocupa, sube a la terraza y se pone a vigilar la calle.

PIERO

De Egisto y Albina a Giuseppe

Roma, 16 de diciembre

Querido Giuseppe:

Te escribimos esta carta juntos, sentados en el sofá del estudio de Albina. Ella tiene la máquina de escribir en las rodillas y uno dice una frase y el otro, otra. Hemos comido unos huevos duros y unas judías en conserva. Te echamos de menos. Vuelve. Hemos sabido por Piero y Lucrezia que has estado enfermo y que te sientes desdichado porque tu hermano se ha casado. No entendemos qué haces en Estados Unidos.

Queda muy poco para las navidades, y el año pasado, ¿recuerdas?, pasamos todos juntos las fiestas de Navidad y de Nochevieja en Las Margaritas y nos divertimos mucho. Este año iremos de nuevo a Las Margaritas en Navidad y Nochevieja, pero tú no estarás. Estará Ignazio Fegiz, que de alguna forma ha ocupado tu lugar, en el sentido de que viene a menudo y es muy bien recibido. Pero nosotros te preferimos a ti, porque te conocemos desde hace mucho más tiempo y porque, además, tienes un carácter más suave. Él es una persona a la que le gusta discutir, acalorarse y gritar.

El viernes pasado se inauguró el Centro de la Mujer con la comedia de Serena titulada *Gemma y las llamas*. El padre de Serena vino desde Génova para la ocasión. Es un hombre gordo, viejo y con unos grandes bigotes blancos. Estaba sentado en primera fila, entre Piero y Lucrezia. Había gente de Pianura, unas señoras, la farmacéutica, la estanquera, los dos que tienen la tienda de electrodomésticos en la plaza y algunos chicos. En total éramos unas veinte

personas. La entrada era gratis. Duró mucho y nos entró frío en los pies, pero fue un éxito, y toda la gente estuvo callada y comedida, como un poco intimidada, y al final aplaudió mucho. Serena estaba muy contenta con su sábana y tenía la cara coloradísima. Su padre se quedó en Las Margaritas, en la habitación de la cómoda con las tortugas y el espejo con manchas oscuras. Es la mejor de todas. Lucrezia le preparó una cena magnífica, con pollo asado, ensaladas y pasteles de verduras. Quería hacer el pastel de carne, pero Piero no la dejó, porque, como sabes, siempre se le rompe. Piero se siente en deuda con el padre de Serena, porque fue él quien le encontró aquel trabajo en Perugia hace muchos años, en el despacho de Corsi. En la cena estaba Ignazio Fegiz, que fue con nosotros en el coche, pero que no vino a la representación porque dijo que le dolía la cabeza y se quedó en casa. A nosotros nos dijo en voz baja que no quería saber nada de la mujer de Dante, que prefería a Dante. Aunque normalmente se queda en la habitación de las tortugas, esta vez le dieron la habitación pequeña del último piso, la de las colchas con los dragones.

Adiós, dejamos de escribirte porque nos damos cuenta de que estamos contándote un montón de cosas que no sirven para nada.

EGISTO Y ALBINA

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 24 de diciembre

Llevo ya quince días en Princeton. He recibido una carta de Piero y otra de Egisto y Albina. De ti no he recibido aún ni una sola línea. Te deseo unas felices navidades.

Princeton es una ciudad muy pequeña, muy bonita y llena de parques. Está dividida por una calle que se llama Nassau Street. Desde mi ventana veo hierba, casitas con jardín y árboles con esas famosas ardillas de las que hablabas en tu carta. Mi habitación se encuentra en la planta de abajo. Está tapizada con un papel de ositos que vuelan agarrados a unos globitos rojos. Es evidente que para los inquilinos anteriores era la habitación de los niños. Mi hermano me ha dicho que no ha tenido tiempo de mandar que cambiaran el papel. Le he contestado que no me importaba, pero la verdad es que habría preferido que lo hubiera cambiado. La casa tiene dos plantas. Mi hermano y Anne duermen en la de arriba. Ella ha dejado el apartamento donde vivía y ha traído aquí todos sus muebles, entre los que se encuentra un sillón que han puesto en mi habitación. Ahora te estoy escribiendo sentado en él. Para dormir tengo un sofá-cama. Al principio me costaba un poco abrirlo y cerrarlo, pero ya he aprendido.

De salud estoy bien. Paso muchas horas en mi habitación. He empezado a escribir una novela. Cuando tenía veinte años escribía novelas, pero nunca acabé ninguna. Quizá esta vez consiga terminarla. Mi hermano y Anne no saben que

estoy escribiéndola. Les he dicho que estoy escribiendo un ensayo sobre Flaubert.

Escribo a mano, sentado en el sillón, con un libro grande en las rodillas y los folios sobre el libro. Nunca me ha gustado escribir a máquina. Escribía a máquina los artículos, sí, pero cuando escribía otras cosas, algo que no fuera para el periódico, prefería el bolígrafo. En total, de todo lo que he escrito con bolígrafo a lo largo de mi vida conservo muy poco. Cuando lo releía sentía un efecto de rechazo y lo rompía. Ahora quiero probar si consigo escribir algo que no rompa después.

Me despierto pronto por las mañanas. Antes de levantarme me quedo mirando durante un rato los ositos y los globitos. Después voy a la cocina y me hago un café. Al poco tiempo aparece Anne Marie en bata, y se pone a preparar el desayuno para mi hermano y para ella. Calienta la leche, tuesta pan, bate unos huevos. Por las mañanas no lleva el pelo recogido en un moño, sino en una larga trenza. Sonríe siempre. Sonríe con la boca, pero con los ojos y el resto de la cara no sonrío. Ella y yo hablamos algunas veces en inglés y otras en francés, pero no tenemos nada que decirnos en ninguno de ambos idiomas. Después mi hermano sale del cuarto de baño con su bata de rayas. Toman un largo y solícito desayuno que yo no comparto, pero al que asisto. Cuando acaban de desayunar, ayudo a Anne Marie a lavar las tazas. Tiro las bolsas de la basura en el contenedor que hay delante de la puerta. Luego mi hermano aparece con el abrigo puesto y Anne Marie peinada con el moño. Frente al espejo de la entrada, Anne Marie se cala la boina de lado, sobre una oreja. Sacan las bicicletas del garaje y se van al instituto. Me despido desde la ventana. Me quedo solo.

Salgo poco. Durante los primeros días a veces salía con mi hermano. Eran los únicos momentos en que estábamos él y yo sin Anne Marie. Buscaba con afán cosas que decirle, pero no encontraba siquiera una frase. A él también se le veía un poco azorado. Tal vez piense que Anne Marie me cae mal. Es verdad, no la puedo aguantar, no soporto ni su cuello largo, ni sus ojos claros y estrábicos ni su sonrisa. Tampoco la trenza ni el moño. Sin embargo, esto no se lo puedo decir

a él, y no se me ocurre qué otras cosas contarle. No me apetece salir solo, no siento curiosidad por mirar a mi alrededor, no me siento ni un visitante ocasional ni un habitante, sino alguien que no sabe qué ser y dirige a todas partes una mirada indecisa.

Anne Marie y mi hermano vuelven a las siete de la tarde. Anne Marie se pone enseguida a cocinar. Prepara unos platos muy laboriosos: filetes de carne con puré de zanahorias, remolachas y coles, y salsas de harina y nata. Desde que estoy aquí, no ha hecho nunca pastel de carne, pero estoy seguro de que si lo hiciera no se le rompería. Se mueve muy deprisa por la cocina volviendo bruscamente hacia un lado y hacia otro ese largo cuello suyo, sin dejar de sonreír. Me ofrezco a ayudarla. Rehúsa con garbo. Sentados en la sala de estar, mi hermano y yo esperamos a que esté lista la cena. Él lee artículos científicos. Yo leo novelas policíacas. De vez en cuando levanta la cabeza y me pregunta si lo que leo es interesante. Siempre le respondo que sí. Lo miro. Cada vez que miro cómo lee sentado a la mesa, con en el mentón apoyado en la mano y la frente fruncida, recupero esa sensación de tranquilidad que me daba siempre, cuando éramos jóvenes y las veces que me acordaba de él en Italia. Para mí siempre ha sido un punto de referencia seguro, un tronco de árbol en el que me podía sostener, alguien de quien podía esperar aclaraciones, juicios, reproches y absoluciones cuando lo pidiera. Pero ahora en realidad no le pido nada. Nuestra relación se ha roto. Me parece que no tiene tiempo para mí. Después de la noche en que llegué no me ha vuelto a decir nada acerca de su matrimonio. Y, mientras lo miro, me parece que tras ese aspecto autoritario oculta un enorme empacho hacia mí, y también una antipatía, un fastidio, que no son en absoluto severos, sino fruto de la pura irritación. Después nos sentamos a cenar. A pesar de que las sopas de Anne Marie no me gustan, me las tomo de todas formas y las alabo mucho en francés y en inglés. En la mesa, mi hermano y Anne Marie se cogen de la mano. Beben leche y zumos de fruta. Todas las noches voy al *wine and spirits* y me compro una lata de cerveza. Podrían acordarse alguna vez de que yo

tomo cerveza y comprarla para mí. Sin embargo, no lo hacen. No se acuerdan. Te parecerá una tontería, pero me sienta mal.

De vez en cuando, después de cenar, vienen dos amigos de mi hermano. Se llaman Schultz y Kramer. También trabajan en el instituto. Con ellos, mi hermano y Anne Marie hablan y se ríen mucho hasta muy tarde. Yo me quedo durante un rato en la conversación sin entender nada, porque hablan de temas científicos y porque no sé suficiente inglés. Me voy a dormir enseguida.

He hecho una entrevista de trabajo para un lectorado de italiano. Me han aceptado. Enseñaré italiano en una escuela. Hace unos días, mi hermano y yo fuimos a visitar al director. Empezaré a primeros de enero.

Mi hermano me ha aconsejado que me compre una bicicleta. Iré a la escuela en bicicleta. Dice que se disfruta más el aire fresco de la mañana yendo en bicicleta.

Tal vez trabaje dos o tres meses y después regrese a Italia. No sé por qué he cometido el disparate de vender mi casa.

GIUSEPPE

Han venido la hija y el yerno de Anne Marie. Dormirán en la sala de estar, donde hay dos sofás-cama. Pasarán aquí la Nochevieja. La hija es una chica delgada, macilenta, gafuda y está embarazada. El yerno es un chico bajito, delgado, pelirrojo y con orejas de soplillo. El yerno se llama Danny y la hija, Chantal. Los dos trabajan en una agencia.

Me he comprado una bicicleta.

De Roberta a Alberico

Roma, 15 de enero

Querido Alberico:

Me gustó que me llamaras ayer y te agradezco mucho tus buenos deseos, aunque después comprendí que no me telefoneabas para felicitarme el año, sino solo por tu propio interés. Me pides que te busque enseguida un piso de alquiler en Roma, para finales de mes. Querido mío, si te crees que es fácil encontrar un piso en Roma, te equivocas. Dices que lo quieres céntrico, muy céntrico, en la parte antigua de Roma. Pobre hijo, si te crees que es fácil encontrar un piso de alquiler en la parte antigua de Roma estás muy confundido.

Tu piso de via Torricelli no estaba en la parte antigua de Roma, pero era un piso magnífico. Hiciste fatal en venderlo, igual que tu padre también hizo fatal en vender el suyo de aquí arriba, donde ahora viven los Lanzara. Habéis sido dos auténticos estúpidos.

He pedido a una conocida mía que tiene una inmobiliaria que te busque una casa donde sea.

Dices que has llamado también a tu padre estos días. Has hecho bien. Sabemos de ti tan de vez en cuando que cada señal de vida que das es bien recibida.

Yo también llamé a tu padre para felicitarle el Año Nuevo. Me pareció que estaba de un humor de perros. Cuando telefoneé tenían huéspedes en casa, la hija y el yerno de la mujer de tu tío Ferruccio. Tal vez había un poco de lío en la casa, y tu padre detesta el lío, porque, como sabes, no le gustan los huéspedes.

Por otra parte, tengo la sensación de que Anne Marie, la mujer de tu tío, no le gusta demasiado. En cuanto a Estados Unidos, no le gusta en absoluto, aunque se puede decir que no ha visto nada: en Nueva York le dolía un poco la garganta y se quedó encerrado en el hotel, y ahora, en Princeton, aunque no tenga dolor de garganta, me ha dicho que está siempre metido en casa. Tu padre es un buen hombre.

Pasé Nochevieja en el piso de arriba, en la casa que antes era de tu padre. Me invitaron los Lanzara. El piso todavía está un poco patas arriba porque se han mudado hace muy poco. Han hecho varios cambios y está irreconocible, pero las cosas que siguen igual me produjeron una gran tristeza, porque me acordaba de cuando subía y me encontraba a tu padre, y ahora en cambio me encuentro con los Lanzara. Aunque son gente amable y simpática, para mí no es lo mismo, como podrás comprender.

Han hecho muchos cambios. Los muebles azul claro de la cocina se los han regalado a la portera y han puesto unos nuevos. Si me los hubieran regalado a mí me habría puesto muy contenta, pero se ve que no lo han pensado. Qué lástima que a tu padre no se le ocurriera regalármelos a mí. Los Lanzara no los querían porque tal vez les parecían algo viejos y poco elegantes.

De todas formas, pasé una Nochevieja estupenda con los Lanzara. Llevé dos pasteles, uno de queso y otro de verduras, y esa noche me salté la dieta, había muchos platos diferentes y probé de todo. Creo que deberías psicoanalizarte con Tonino Lanzara. Es un psicoanalista muy bueno y muy serio, y tú necesitas uno. Déjame que te lo diga: lo necesitas como el aire que respiras.

No quiero echarte ningún sermón porque no es mi estilo, pero cuando vuelvas a Roma intenta no frecuentar malos ambientes. Cuando estabas aquí te juntabas con un grupo de gente muy poco deseable, incluso acabaste en la cárcel. Ten cuidado de que no te pase otra vez.

Ya sabía que no acabarías esa película, pero, aun así, me sabe mal. Sea como sea ha sido una experiencia para ti, y tal vez puedas seguir trabajando en el cine.

Me gustaría que me dieras noticias sobre Nadia, esa chica que nos presentaste

aquel día en Florencia. Me gustaría saber si al final abortó o no. Me pides que te busque un piso para ti y tus amigos. Quisiera saber si esos amigos son los mismos de aquel día.

Un abrazo,

ROBERTA

Tu padre se ha comprado una bicicleta. Lo primero que se le ha ocurrido hacer al llegar a Estados Unidos ha sido comprarse una bicicleta.

De Giuseppe a Roberta

Princeton, 18 de enero

Querida Roberta:

Me gustó mucho oír tu voz por teléfono unos días atrás, cuando me llamaste para felicitarme el Año Nuevo. También me telefonearon Piero y Lucrezia desde Monte Fermo, y Egisto, Serena y Albina, es decir, todos los amigos. Se juntaron todos allí. Creo que también estaba Ignazio Fegiz, o al menos oí una voz muy parecida a la suya. Me llamaron a las tantas de la madrugada, porque se hicieron un lío con los husos horarios y creyeron que aquí era de día. Anne Marie bajó a responder en camisón. Tiene un camisón de franela rosa. Al otro lado de la línea se oían muchas voces, se arrancaban el auricular los unos a los otros para hablar conmigo y después soltaban grandes carcajadas y chillidos. Seguramente habían bebido bastante vino. Durante un instante oí también la voz de Lucrezia, pero solo durante un instante. Me dio una gran alegría oír esas voces e imaginarlos a todos juntos allí, en la sala de estar de Las Margaritas, esa sala de estar que recuerdo tan bien, con la gran mesa ovalada, la pantalla de la lámpara con el borde descosido, el cesto de la leña y el cojín del perro, el sofá frente a la chimenea y, sobre ella, el cuadro del rey Lear.

Dentro de dos días empezaré a dar clases. No me emociona nada. Se trata solo de enseñar literatura italiana a una clase de treinta personas, todas ellas adultas. No me preocupa nada. Estoy contento porque tendré un sueldo. Empezaré todos los días a las nueve de la mañana. Iré en bicicleta. Ferruccio me ha enseñado por dónde tengo que ir.

Cuando era joven enseñé historia y filosofía en varios institutos. Es curioso que aquí, en Estados Unidos, vuelva a hacer las cosas que hacía de joven. Estoy escribiendo una novela. Monto en bicicleta. Enseño.

El yerno y la hija de Anne Marie se marcharon después de Nochevieja. Para mí fue un alivio, porque había mucho lío, y el yerno venía a menudo a sentarse a mi habitación, no sé por qué. Creo que me cogió afecto. Es un chico con muchos problemas. Tiene complicaciones en el trabajo y una relación nada fácil con su mujer. Sufre de insomnio. Es huérfano de padre y madre y tuvo una infancia infeliz, de aquí para allá, confiado a diferentes familias que por un motivo u otro se veía obligado a dejar al poco tiempo. Le gustaría que su mujer lo tratara con más dulzura. Según él, su mujer tiene un carácter prepotente y fuerte. No me parece que Chantal tenga esa prepotencia y esa fuerza que él le atribuye. Parece una chica dulce. Aparecía por las mañanas en la cocina con la panza, las gafas, el pelo suelto cayéndole sobre el cuello, un vestido de lanilla gris con cuatro grandes botones a un lado de la panza y cuatro en el otro, el aire serio, resuelto, absorto. De vez en cuando, sin embargo, soltaba risitas agudas, repentinas, como chillidos de pájaro, cuando, por ejemplo, se le caía la leche o se le quemaba el pan. Con su madre, Danny me ha dicho que tiene una relación muy difícil. Anne Marie también es prepotente y fuerte. Al final he entendido por qué Danny venía a sentarse a mi habitación. Porque no soporta a Anne Marie y se daba cuenta de que yo tampoco la soporto.

Danny debe de ser de la misma edad que Alberico. Y, como él, tuvo una infancia difícil. A Alberico no lo mandaron de aquí para allá porque estaba la tía Bice. Pero él tampoco fue nada feliz durante la infancia. Mires a donde mires encuentras infancias difíciles, insomnios, neurosis y problemas.

Creo que dentro de unos meses regresaré a Italia. He pensado que me quedaré aquí hasta junio y luego regresaré. Cuando vuelva tendrás que ayudarme a encontrar un piso. No lo he hablado todavía con Ferruccio. Lo hablaré en el momento oportuno. La verdad es que cometí un gran error al vender mi casa. Tenías razón. Pero no importa, a lo hecho, pecho. Saluda a los Lanzara de mi

parte. En algunos momentos los odio porque están en mi casa. Esa siempre será mi casa, aunque se la haya vendido a ellos. Saluda de mi parte a las paredes de mi casa, al jardín de las monjas, al quiosco de los periódicos, al restaurante Mariuccia y al café Esperia.

Alberico me ha llamado. Me ha dicho que vuelve a Italia a finales de mes. Me imagino que él también tendrá que buscarse una casa.

GIUSEPPE

De Roberta a Alberico

Roma, 23 de enero

Querido Alberico:

Egisto me ha dicho que debajo de su casa hay un apartamento vacío. El inquilino se fue hace solo unos días. No sé si te acuerdas de Egisto. Es un periodista amigo de tu padre y mío. Vive en la piazza San Cosimato. Me lo he encontrado esta mañana por la calle. Me ha comentado lo del apartamento y he llamado a la dueña. Al cabo de un rato he ido a verla y creo que le he caído bien, porque enseguida ha aceptado enseñarme el apartamento. Le he ofrecido pagarle al momento dos meses de alquiler. He ido al banco a sacar el dinero y se lo he llevado.

Antes de ir al banco te he llamado por teléfono, pero no estabas. Había que darse prisa y he hecho bien en actuar sin preguntarte. Es un apartamento de cuatro habitaciones. Hay baldosas que se mueven y los marcos de las puertas y ventanas están deteriorados, pero no creo que eso te importe. Cuesta cuatrocientas mil liras al mes. El precio está por encima de lo que dice la ley, aunque no mucho. El dinero del anticipo ya me lo darás cuando vengas.

Espero que mientras tanto no hayas cambiado de idea. Si es así, házmelo saber cuanto antes. En cualquier caso, dime cuándo llegas. Las llaves las tengo yo.

ROBERTA

A decir verdad, justo después de hablarme del apartamento Egisto se ha

arrepentido un poco, porque quizá se ha acordado de que has estado en la cárcel y de las cosas que cuentan de ti. Le ha dado miedo que le hicieras quedar mal con la dueña de la casa. Ha empezado a decir que el apartamento era pequeñísimo, carísimo y oscuro. Pero yo no le he hecho caso y ha tenido que darme el número de teléfono de la dueña. Ya no podía echarse atrás. Por otra parte, es un buen chico y, como estará en el piso de arriba, podrás pedirle muchos favores.

De Alberico a Roberta

Berlín, 28 de enero

Querida Roberta:

Como te dije ayer por teléfono, me va todo bien. Te agradezco lo del apartamento, has estado magnífica, como siempre. No me acuerdo de ese tal Egisto. Llegaré a principios de febrero. Te llamaré. La piazza San Cosimato me parece bien. No es la vieja Roma, sino el Trastevere, pero en cualquier caso me parece bien.

Nadia no ha abortado. Sigue embarazada. Dará a luz en abril. Es una cretina, pero se me ha pegado y no consigo quitármela de encima. Por otra parte, pagará la mitad del alquiler. En el apartamento viviré con Nadia y con un chico italiano que he conocido aquí y que se llama Salvatore. No te preocupes, te devolveré el dinero en cuanto pueda.

Pasaré por tu casa a recoger las llaves.

ALBERICO

De Roberta a Alberico

Roma, 29 de enero

Querido Alberico:

Ha sucedido una gran desgracia. Ha muerto tu tío Ferruccio. Ha muerto en Princeton, de una trombosis cerebral, mientras daba una conferencia. Entre el público estaba tu padre y la mujer de tu tío, Anne Marie, a la que no conozco. Se dieron cuenta de que le costaba trabajo hablar y después vieron que empalidecía y se desplomaba. Poco después murió en el hospital, sin haber recuperado el conocimiento.

Tu padre me ha telefoneado desde el hospital. Me ha parecido que estaba desmoronado. Le he dicho que iría de inmediato a Estados Unidos. Te he llamado por teléfono, pero no estabas. He dejado mi número, pero no me has devuelto la llamada. Te he enviado un telegrama. Estoy a punto de partir. Mira si puedes venir tú también.

ROBERTA

De Piero y Lucrezia a Giuseppe

Monte Fermo, 29 de enero

Querido Giuseppe:

Roberta nos ha llamado hace un momento. Nos hemos enterado de la desgracia. Me acuerdo muy bien de tu hermano. Lo conocí en Roma el año pasado. Estuvimos cenando en un restaurante de la via Cassia, él, tú, Lucrezia, yo y quizá Roberta. Tu hermano y yo mantuvimos una larga y agradable conversación. Hablamos de Estados Unidos, de Italia, del mundo de hoy en día. Era un hombre muy inteligente y culto. Sé que para ti es una inmensa pérdida. Habías llegado allí hace poco. Él se había casado hacía solo unos meses. Un destino triste. Roberta nos ha telefoneado llorando. Salía de inmediato para allá. Es una mujer siempre dispuesta a acudir donde se la necesite. Para ti será un consuelo.

Lucrezia y yo estamos a tu lado. Te enviamos un abrazo lleno de sentimientos fraternos. Lucrezia quiere añadir unas palabras.

PIERO

Querido Giuseppe:

Vuelve aquí. Haz rápidamente lo que tengas que hacer y vuelve. Te esperamos. Vivirás en casa de tu prima. O puedes estar con nosotros, en Monte Fermo, durante un tiempo. Lo importante es que vengas enseguida. Ahora ahí no pintas nada. En cuanto llegue tu prima, regresa con ella.

LUCREZIA

De Albina a Serena

Luco dei Marsi, 8 de febrero

Querida Serena:

Estoy en Luco dei Marsi porque mi madre se ha roto el fémur. He pedido un permiso de una semana en la escuela. Aquí, en casa de mis padres, no hay teléfono. Te puedes figurar lo bien que me lo paso, con mi madre nerviosa, Maura y Gina que no ayudan, mi padre cada vez más sordo y mi hermano que quiere tener las camisas planchadas. Yo le tiro a la cara las dichas camisas, pero entonces él se pone hecho una fiera, y en casa se arma la de Dios es Cristo.

Te habrás enterado de que se ha muerto el hermano de Giuseppe. Me lo ha dicho Egisto cuando lo he llamado desde el locutorio público. Recuerdo la mañana en que Giuseppe se marchó. Estaba hecho unos zorros. Le dolía la garganta. Su hermano le había escrito diciéndole que se había casado y eso le perturbaba. Lo acompañamos al aeropuerto su prima Roberta, Egisto y yo. No está hecho para moverse de un continente a otro, sino para la vida sedentaria. Todo le da miedo. Se fue a Estados Unidos para meterse bajo el ala de su hermano. Sin embargo, los hermanos no tienen alas. Después de cierta edad te das cuenta de que o te apoyas en tus propias piernas o no hay nada que hacer. Giuseppe hace mucho que pasó esa edad. Pero tiene esas piernas tan largas y delgadas que lo sostienen tan mal. Sigue sediento de protección. Quizá de niño tuvo carencias afectivas. Pero quién de nosotros no ha tenido carencias afectivas. Yo también. Y tú. El amor que recibimos siempre nos parece poco. Giuseppe se fue a Estados Unidos para sentirse más protegido. No es normal irse hasta allí

por semejante motivo. Te vas a Estados Unidos por espíritu aventurero, no por lo contrario. En todo caso, una vez allí va y se le muere el hermano. Ahora volverá.

Querida Serena, tengo la impresión de que Lucrezia se ha enamorado de Ignazio Fegiz, y quizá él también de ella. La verdad es que sabía que esto pasaría desde las primeras veces que vino a Las Margaritas. Me doy cuenta enseguida cuando surge algo entre dos personas. Siento como que el aire se vuelve cálido y ligero. Pero en ese momento también noté entre ellos una sensación de malestar y de espanto. No sabría decirte por qué. Ignazio Fegiz me parece guapo, pero no me cae bien. Una vez me dijo que tengo unos modales demasiado infantiles, y que me visto como una chiquilla, y que no hay nada peor que una mujer de treinta años con modales y ropa de niña y el rostro marcado y ajado. Me lo dijo así, tranquilamente, dándome unos golpecitos en la mano. Yo me quedé fatal. Él se dio cuenta y quizá se arrepintió, porque cuando por la noche toqué la flauta me dijo que lo hacía muy bien. Aun así, me había herido, y estuve muchos días disgustada con mi cara. No hay nada peor que pensar continuamente en tu propia cara con aversión y evitar los espejos.

Adiós, Serena, escíbeme aquí, a Luco, donde me aburro tanto. Dame noticias tuyas, de Lucrezia, de todos. Me gustaría saber si has leído tus poesías en el Centro de la Mujer, como querías. Escíbeme, porque aquí no tengo a nadie con quien hablar, y una carta tuya me hará compañía.

ALBINA

De Serena a Albina

Pianura, 10 de febrero

Querida Albina:

En Luco dei Marsi alimentas tú sola esas ideas descabelladas. Lucrezia no está enamorada de Ignazio Fegiz y él tampoco lo está de ella. Yo nunca he tenido carencias afectivas. Es más, en mi infancia recibí incluso demasiado afecto. Giuseppe no fue a Estados Unidos para que su hermano lo protegiera, sino por un motivo mucho más simple: aquí no tenía dinero, o le parecía que tenía poco. Su hermano le dijo que en Estados Unidos podría dar clases. Allí pagan bien a los profesores. Pero ahora su hermano ha muerto. No me gustaba su hermano. Se daba muchos aires. Pero cuando muere una persona que no te gusta, enseguida empiezas a pensar en ella con respeto y estima, no sé por qué. Aunque la muerte no es ningún mérito. Antes o después nos llega a todos.

No he leído mis poesías en el Centro de la Mujer ni tal vez las lea nunca. De hecho, los viernes no viene nadie al Centro de la Mujer. Estoy desanimada. El viernes pasado solo había dos gatos. Eran exactamente dos: la farmacéutica y un chico, el hijo de la bedel. Pusimos unos discos, bailé con el chico y a las diez cerré.

A mí no me gusta Ignazio Fegiz. No me parece ni guapo ni inteligente. Tiene una amiga a la que está muy unido. Es una chica más bien fea, pero con el pelo bonito. Lo sé porque me lo han contado varias personas. Dicen que es drogadicta. Yo con él tengo unas peleas de muerte. Cuando sé que está en Las Margaritas no voy, me quedo en Pianura. Ceno algo en mi estudio, me meto en

la cama y leo. Últimamente disfruto de la soledad. No a todo el mundo le hace bien la soledad. A ti no te hace bien porque piensas cosas absurdas. A mí, en cambio, la soledad me gusta y me hace bien.

Un saludo,

SERENA

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 14 de febrero

Querida Lucrezia:

He recibido la carta de Piero con tus pocas y apresuradas palabras. Me dices que vaya enseguida. No puedo. Aquí tengo muchas cosas que hacer y algunos asuntos que despachar. Y no puedo dejar sola a Anne Marie en este momento.

Dile a Piero que le escribiré en cuanto pueda.

Roberta se marchó hace unos días. Ayer se fueron Danny y Chantal. Son el yerno y la hija de Anne Marie. Viven en Filadelfia. Ya no recuerdo si te he hablado de ellos. Han dormido en la sala de estar, y Roberta en una pequeña habitación donde guardaban unas maletas.

Ayer empaquetamos toda la ropa y las cosas de mi hermano y las mandamos a un hospicio de ciegos. Nos ayudó la señora Mortimer, una vecina. Fue ella quien llamó al hospicio. Es muy amable y nos ha ayudado mucho.

Roberta también nos ha ayudado mucho mientras ha estado aquí. Chantal está embarazada de ocho meses y no puede cansarse. Danny es un chico lleno de problemas. De modo que Roberta y la señora Mortimer se han ocupado de todo.

Roberta enseguida entabla amistad con todo el mundo y se hizo amiga de Danny y Chantal casi inmediatamente. Danny siempre necesita contar sus problemas a alguien. Se sentaba frente a Roberta con un vaso de whisky y le hablaba de sí mismo a veces hasta las dos de la mañana. Roberta, que tiene una paciencia enorme, lo escuchaba. Yo no tengo esa misma paciencia. Cuando se me plantaba delante lo mandaba a paseo.

Ahora Anne Marie y yo nos hemos quedado solos. Es una mujer fuerte, pero está cansada, me necesita. También yo la necesito de alguna forma. También yo estoy muy cansado.

Me obsesiona la idea de que en este último tiempo la relación entre mi hermano y yo haya sido tan frías. A decir verdad, fue fría desde el primer día que llegué aquí. Muchas veces me proponía salir a dar un paseo con él y yo me negaba. Ahora daría lo que fuera por tenerlo delante, levantarme e ir tras él. Me negaba de una forma fría y casi grosera, incluso el día antes de que muriera. Por otra parte, cuando aceptaba salir a caminar con él intercambiábamos muy pocas palabras. Para encontrar un momento de alegría y confianzas entre él y yo, debo remontarme a hace muchos años.

Ayer, Anne Marie y yo fuimos al cementerio. Iba cogida de mi brazo. Lloraba, pero incluso cuando llora no deja de sonreír. Es una sonrisa que no le llega a la cara ni a los ojos, se le queda suspendida en la barbilla y los labios. Cuando regresamos a casa, me senté en la cocina y ella se me acercó y me acarició la cabeza. Entonces recliné la cabeza sobre su regazo, delgado y cubierto de lana negra. Me hizo un té de menta, ese maldito té de menta que es su fijación. Después calentamos un pedazo de carne asada que había cocinado la señora Mortimer y nos lo comimos. Anne Marie estaba sentada frente a mí y comía circunspecta, vestida de negro, con su largo cuello, sus hombros gráciles y su sonrisa. Anne Marie y yo nunca hablamos de mi hermano. Hablamos de las cosas cotidianas, de la compra, de la lavadora, de la señora Mortimer, y también de los problemas de Danny y del carácter de Chantal. No tenemos muchos temas de conversación salvo estos, que por otra parte se agotan enseguida. Pero tener temas de conversación no es importante, me dijo una vez Ignazio Fegiz, dos personas pueden estar juntas sin tener grandes temas de conversación y sin buscarlos, cada una de ellas inmersa en sus propios pensamientos, casi en silencio.

Algunas noches vienen a vernos los amigos de mi hermano, Schultz y Kramer. Con ellos, Anne Marie habla de temas científicos y de asuntos del instituto. Yo

me quedo callado. Cuando se van, los acompaño hasta la cancela y saco las bolsas de basura. Anne Marie no se ha reincorporado todavía al instituto, pero lo hará dentro de unos días. También yo reanudaré mis clases en la escuela dentro de unos días. Quizá, aún no sé, continúe lo que estaba escribiendo. Por ahora no consigo hacer nada. Me paso las horas sentado en el sillón, en mi habitación, mirando fijamente los ositos. Pero dejo la puerta abierta y veo a Anne Marie haciendo punto en la sala de estar. La señora Mortimer le ha dicho que en los momentos difíciles hacer punto va muy bien.

GIUSEPPE

De Alberico a Giuseppe

Roma, 20 de febrero

Estimado padre:

Hace una semana que estoy en Roma. He ido a ver a Roberta, que acababa de volver de Estados Unidos. Siento mucho lo de tu hermano. Yo lo había visto tres veces en total. Una, cuando era pequeño, en casa de los abuelos, y otras dos en tu casa. En las tres ocasiones me dijo que estudiara ingeniería, y siempre le contesté que tenía otros planes. Aunque, a decir verdad, he cambiado constantemente de planes a lo largo de los años. Ahora mismo no tengo ninguno.

Roberta me ha encontrado un apartamento. En el piso de arriba vive un tal Egisto, a quien creo que conoces. Es un hombre rechoncho, bajo y moreno. Ha bajado dos o tres veces y me ha preguntado si necesitaba algo. En una ocasión le pedí unas pastillas de caldo y nos las trajo. En el apartamento vivimos tres personas: Nadia, Salvatore y yo. A Nadia la conociste aquel día en Florencia. Está embarazada. Roberta me ha dicho que en tu casa, en Princeton, también había una chica embarazada. Nadia es una estúpida. Con la excusa de que está embarazada no hace nada, solo lee revistas. Salvatore y yo hacemos la compra, cocinamos y hemos empezado a pintar de blanco las paredes de las habitaciones. Salvatore es tipógrafo, pero no tiene trabajo. Está buscando. Lo conocimos en Berlín, en un restaurante chino.

Roberta me dijo que fuera con ella a Estados Unidos, pero no fui porque pensé que quizá solo te produciría confusión.

Un abrazo,

ALBERICO

De Giuseppe a Alberico

Princeton, 27 de febrero

Querido Alberico:

Me escribes «estimado padre», como si yo fuera un cura. De todas formas, te agradezco la carta. No he recibido muchas de ti. Esta la conservo en mi cartera, en mi corazón, como un bien raro y precioso.

Me escribes «pensé que quizá solo te produciría confusión». Me he parado a reflexionar sobre ese «solo». Me he preguntado si realmente crees que un encuentro contigo solo me puede provocar una sensación de «confusión».

Le he dado a leer tu carta a Anne Marie. Sonreía. La verdad es que sonrío siempre. Unas veces estira mucho las comisuras de los labios y otras veces menos. Pero no sé si sabes quién es Anne Marie. Es la viuda de mi hermano. Mi hermano la quería mucho, es lo único que me queda de él.

Un abrazo,

TU PADRE

De Roberta a Giuseppe

Roma, 29 de febrero

Querido Giuseppe:

Nada más volver a Roma te he llamado por teléfono, pero me lo ha cogido la señora Mortimer y me ha dicho que ni tú ni Anne Marie estabais en casa, que habíais salido a hacer unos recados. Ya no he vuelto a llamar, pero da igual, porque es muy difícil hablar por teléfono.

Alberico ha vuelto a Roma y se ha instalado en un apartamento. Vive con Nadia, que está embarazada de seis meses, y con un amigo que se llama Salvatore. Él no es el padre del niño. El padre del niño es un vienés que vive en Viena y con el que Nadia rompió. Salvatore es como tu hijo. No sale con chicas. Me parece que los dos se llevan estupendamente. El apartamento está muy sucio, pero Salvatore dice que lo limpiará a fondo. Es un chico con la cara alargada y huesuda, grandes bigotes negros y patillas negras. Nadia tiene una tripa muy grande. Va siempre con unos pantalones turcos de seda negra y una camiseta en la que pone: «Quiero decidir yo». Tiene el rostro pequeño y pálido, todo pelo y ojos. Para el niño no ha preparado nada, pero una amiga le ha prestado un cochecito que guardan en la sala de estar y en el que por ahora han metido una gran pila de cacerolas. Estaba tumbada en la cama leyendo un tebeo del Pato Donald. Sus padres le mandan dinero, pero no la quieren en Sicilia. Tu hijo estaba escribiendo a máquina el guion de una película y Salvatore planchando. En el apartamento tienen una máquina de escribir, una tabla de planchar, una

mesa, unas camas y un televisor. Tienen toda la ropa amontonada en una cama que no utilizan.

Ahora hablemos de ti. Me gustaría que me dijeras qué tienes pensado hacer. Ya te lo pregunté en Princeton, y siempre contestabas de forma confusa. Supongo que volverás a vivir en Roma. No creo que quieras quedarte en Estados Unidos ahora que ya no tienes a tu hermano. Supongo que necesitarás que te busque un apartamento. Últimamente te angustiaba el dinero, pero era una manía tuya, porque en Puglia tienes unas tierras que puedes vender bastante bien. Con el dinero de la venta del apartamento puedes comprarte otro, aunque, por supuesto, mucho peor y más pequeño. Los Lanzara te han tomado el pelo. Paciencia. Todo el mundo comete equivocaciones. En cualquier caso, hazme saber qué piensas hacer.

Un abrazo,

ROBERTA

De Lucrezia a Giuseppe

Monte Fermo, 5 de marzo

Querido Giuseppe:

Tu carta me ha producido una gran melancolía. No entiendo por qué no me dices cuándo piensas volver. He llamado a Roberta y me ha dicho que ella tampoco lo sabe. Querías estar con tu hermano, pero ahora que ha muerto no sé qué pintas ahí.

Hablas mucho de Anne Marie, de la señora Mortimer y de otras personas que yo no conozco ni conoceré nunca. No comprendo por qué no dejas que se las arreglen ellas solas.

Ha venido Ignazio Fegiz y le he hablado de tu carta. Me había dejado un gran frío en el alma y necesitaba hablar con alguien de ese frío. Hemos dado un largo paseo con los niños y hemos vuelto cuando ya estaba oscuro. Piero y Egisto han salido a nuestro encuentro con unas linternas. Piero se había asustado al ver que no volvíamos.

No me gusta escribir «Ignazio Fegiz», porque no me agrada ni su nombre ni su apellido. A partir de ahora, cuando te hable de él en las cartas escribiré solo las iniciales, «I. F.». «I. F.» te manda saludos. No suele escribir cartas, pero quizá te escriba alguna vez.

LUCREZIA

De Giuseppe a Roberta

Princeton, 10 de marzo

Querida Roberta:

Preguntas si quiero que me busques un apartamento en Roma. Dios mío, no lo sé. Aún no he decidido nada.

Gracias por preocuparte de mí con tanto interés y afecto. Cuando tenga la intención de volver te lo diré, y entonces será el momento de buscar un apartamento.

Ayer nació la hija de Chantal. Le han puesto Margaret. Danny llamó desde la clínica. En los próximos días iremos a Filadelfia para conocerla. He comprado una botella de champán y una tarta para brindar por Margaret. Ha venido también la señora Mortimer.

GIUSEPPE

De Piero a Giuseppe

Perugia, 10 de mayo

Querido Giuseppe:

Sé por Lucrezia que por ahora no piensas volver. No he leído la carta que le has escrito, y Lucrezia, como es lógico, no me la ha dejado leer porque iba dirigida solo a ella. Solo me ha dicho que por ahora no vas a volver. Es evidente que te resulta difícil separarte de los lugares y de las personas que formaban el mundo de tu hermano. Te comprendo. Lucrezia, en cambio, no te comprende; a veces demuestra tener muy poca sensibilidad. Reflexiona sobre los sentimientos humanos de una forma expeditiva y tosca.

Yo estoy pasando por un mal momento. Trabajo a disgusto y todo me supone un esfuerzo. A mi socio, el señor Corsi, no lo soporto últimamente. Aunque también es verdad que no soporto a nadie. Me aburre verme con gente y prefiero estar solo. Las mejores horas las paso aquí, en mi despacho, cuando el señor Corsi y la secretaria ya se han ido y, a través de los cristales de la ventana, veo ponerse el sol sobre los tejados, luego el color grisáceo del crepúsculo y por último la oscuridad. Vuelvo a casa cuando ya hace un buen rato que se ha hecho de noche. Me molesta el ruido de los niños, prefiero llegar cuando ya han acabado de cenar. El ruido continúa, porque los hemos acostumbrado mal y se acuestan tarde, pero al menos no tengo que soportar el ruido de la cena. Ceno solo. Estoy atravesando una temporada horrible. Pero se me pasará. Paciencia.

El sábado pasado Egisto vino con tu hijo y dos amigos. Nunca nos habías

presentado a tu hijo, y raramente hablabas de él. Como sabrás, ahora vive en el mismo edificio que Egisto, en el piso de abajo.

Tu hijo me cayó muy bien, igual que sus dos amigos, una chica embarazada y un chico con bigote negro. Yo pensaba que el padre del niño era uno de ellos, tu hijo o el otro, pero Lucrezia me dijo que no, que estaba muy equivocado.

La chica me dio pena, porque era muy bajita y parecía estar muy desorientada. Quería ver el jardín y salí con ella. Me dijo que le daba mucho miedo morir durante el parto y que no dormía por las noches. Le dije que cada día millones de mujeres dan a luz sin morir. Sí, pero a veces alguna se muere. Le dije que he visto parir a Lucrezia cinco veces. Siempre he querido estar presente en sus partos. Le dije que no hay por qué tener miedo. Charlamos larga y afectuosamente. Mientras tanto, tu hijo y su amigo se fueron a Pianura con Lucrezia e Ignazio Fegiz, porque Serena quería que la fotografiaran en el Centro de la Mujer representando una nueva obra que ha escrito en la que hace de Yocasta cubierta con una sábana y una capa militar. Tu hijo y su amigo son muy buenos fotógrafos, y además Serena cree que conocen a gente del mundo teatro y que pueden ayudarla a entrar en ese ambiente. Durante la cena estalló una discusión entre Serena e Ignazio Fegiz, aunque más que una discusión parecía una pelea, acerca de Pirandello, que a Serena le encanta y él no lo soporta. Ignazio Fegiz se enfurece con facilidad, y a mí me parece que no respeta las ideas de los demás. No sé si tenía razón o no sobre Pirandello, solo puedo decir que me gusta Pirandello y que no creo que todas sus obras sean demasiado elaboradas y falsas, como dice él. Aunque no entiendo de teatro, voy poco. En cualquier caso me aburrieron sus disputas, y tu hijo y sus amigos debieron de morir de tedio. Lucrezia se puso nerviosa y al final ella también empezó a pelearse con Serena, pero no por Pirandello, sino porque Serena dijo que los niños comían mal y daban mucho la tabarra.

Tu hijo no se parece en nada a ti. Los dos sois muy delgados, pero su delgadez es blanda y desmadejada, mientras que la tuya es angulosa, recta y seca. A mí me cae bien, aunque me parece un poco extraño. Es como todos los jóvenes de

hoy, que nunca sabes qué piensan de ti, si te toman en consideración o les pareces un imbécil redomado. Siempre tiene un aire soñoliento y distraído, pero siento que oculta una gran curiosidad por los demás y unos juicios ásperos y punzantes como espinas.

Tu hijo y su amigo durmieron en la habitación de las colchas con los dragones y el armario verde, la chica quiso dormir con Cecilia, porque le daba miedo dormir sola en un lugar nuevo.

Aunque, como te he dicho, no tenga ganas de ver gente en este momento, me gustó ver a tu hijo aquí, en Las Margaritas, donde tú venías siempre sin él, no sé por qué.

Un abrazo,

PIERO

20 de mayo

Se me olvidó echar al buzón esta carta y ha estado durante diez días encima de mi mesa. Ayer vino Egisto y nos dijo que esa chica, Nadia, dio a luz felizmente hace unos días. Tu hijo y Egisto la llevaron a la clínica por la noche en el coche de Egisto. Ha tenido una niña que está bien.

De Ignazio Fegiz a Giuseppe

Roma, 6 de junio

Querido Giuseppe:

No soy muy dado a escribir cartas. Cuando murió tu hermano no te escribí una sola palabra y ahora me remuerde la conciencia.

Según Lucrezia, debo escribirte y decirte que vuelvas a Roma. De modo que la obedezco y te pido que vuelvas. Sin embargo, no sé si no haces bien quedándote en Estados Unidos. No lo sé. Te conozco muy poco. Nuestra relación apenas había comenzado y se interrumpió casi enseguida. Entre los dos se metió de por medio el mar. Aun así, me acuerdo de ti muy a menudo.

Estoy atravesando una época un poco complicada. Duermo muy poco. Por la noche me levanto y me voy a caminar por la ciudad hasta que se hace de día.

Pero ahora quiero contarte que veo a menudo a tu hijo, a Nadia y a un joven con un bigote muy grande que vive con ellos y que se llama Salvatore. Los conocí un sábado en Las Margaritas, y después he ido a visitarlos algunas veces a su casa. La primera vez fui porque querían leerme unas notas que habían escrito a toda prisa para una película. Es una película policíaca, con una trama complicadísima y muchos muertos. Nadia ha tenido una niña. Volvió de la clínica hace unos días. No sé si sabes que tu hijo ha reconocido a la niña como hija suya. Decidió hacerlo porque le gusta mucho esa niña. Él dice que nunca tendrá hijos de verdad, por lo cual está muy contento de que haya una niña que lleve su apellido. Nadia aceptó de inmediato. «También podrías casarte conmigo —le dijo—, así harías felices a mis padres.» Pero él le contestó que de eso nada.

Mientras charlábamos, Nadia daba de mamar a la niña y Alberico y Salvatore pelaban judías. Era una pequeña escena familiar de una gran serenidad.

Hace poco fui a verlos con una amiga que se llama Ippolita Teodori. Tú la conociste cuando viniste a mi casa, además de sus cuadros. Le gustan los recién nacidos y la gente como tu hijo, Nadia y Salvatore. Se sintió muy a gusto. Los ha invitado a cenar una noche en su terraza. Vive en Porta Cavalleggeri. Cocina muy bien y en su terraza corre aire fresco. Irán con la niña, pues han comprado una de esas mochilas para llevar a los bebés. También se han comprado un coche, un Seat Panda. No parecen tener problemas de dinero. Quería darte estas noticias porque me parece que son buenas.

Un afectuoso saludo,

IGNAZIO

De Giuseppe a Ignazio Fegiz

Princeton, 20 de junio

Querido Ignazio:

Gracias por tu carta.

Me alegro de que veas a mi hijo. Las noticias que me das de él son muy reconfortantes. Mi prima Roberta me llamó hace unos días, por ella sabía que Alberico ha reconocido a esa niña como su hija. La niña se llama Giorgia, como mi madre. Y se apellida Guaraldi, como yo. De alguna manera, me he convertido en abuelo.

Me alegro de que vayas con frecuencia a Las Margaritas. Y en general me alegra imaginarte mezclado con mi vida de antes. Incluso me pongo un poco celoso cuando te imagino en los lugares donde yo no estoy. Pero son unos celos ligeros, un vago malestar que siento nacer dentro de mí en algunos momentos y que se me pasa enseguida. Son unos celos muy tenues, sin uñas ni garras.

De mí no tengo casi nada que contarte. Quizá regrese a Italia más adelante, no sé cuándo, ahora no tengo ganas de decidirlo. He perdido a mi hermano y, de momento, creo que estoy eximido de tomar decisiones. Por ahora me resulta penoso alejarme de la vida que he comenzado aquí. Estoy escribiendo una novela. Monto en bicicleta. Doy clases. Le hago algo de compañía a Anne Marie, la viuda de mi hermano. Es una persona con la que me encuentro bien, aunque no tengamos temas de conversación. Solo le interesa la investigación científica, pero a mí los temas científicos me suenan a chino, y por eso hablamos poco. A veces, muy raramente, hablamos de mi hermano.

Un afectuoso saludo,

GIUSEPPE

De Alberico a Giuseppe

Roma, 23 de junio

Estimado padre:

Seguramente te habrás enterado de que he dado mi apellido a una niña. Me siento en el deber de decírtelo porque mi apellido es también el tuyo. La madre de la niña es Nadia, esa chica que estaba conmigo en Florencia. Es una chica muy tonta, pero le he cogido bastante cariño. Vivo con ella. La niña me gusta, es muy guapa. Quiero ser su padre, pero no solo de nombre, sino también de hecho. Quiero darle lo que yo no he tenido, protección paterna. Tú nunca has estado muy presente en mi vida. Como padre, has sido deficiente. No obstante, eso ya es agua pasada. Si vienes a Roma te presentaré a mi hija.

ALBERICO

De Giuseppe a Alberico

Princeton, 30 de junio

Estimado hijo:

Sabía lo de la niña. Creo que has actuado bien. El hecho de tener una hija, sea o no de tu propia sangre, quizá te lleve a desear cierta estabilidad. Pero debes tratar de hacer realidad este deseo de estabilidad. El mes pasado cumpliste veintiséis años. Necesitas un trabajo fijo. Cambias de trabajo cada dos por tres. Es cierto que ahora tienes dinero, pero llegará un momento en que se te acabará. Ya sabes que yo no tengo dinero para dejarte, tú eres más rico que yo. Deberás mantener a la niña.

Quizá hayas pensado que me herirías llamándome «deficiente». Pero no lo has hecho. Sé muy bien que, como padre, te he dado muy poco. Espero que como padre seas mejor que yo.

Así que de alguna forma me he convertido en abuelo. Qué raro. Me siento muy joven, pero evidentemente no lo soy. Aunque no es del todo verdad que me sienta joven. En algunos momentos me parece que soy un viejo, con el peso de un interminable camino sobre mis espaldas.

Si vienes a Princeton, conocerás a Anne Marie. Vivo bien con ella. Me une a ella el recuerdo de mi hermano, que la quería mucho. Hablamos poco. No pasamos juntos mucho tiempo. Ella se ha reincorporado a su trabajo en el instituto, que había interrumpido por un tiempo. Yo me quedo escribiendo en mi habitación. Pero a veces paseamos juntos, o nos sentamos en la sala de estar. Ella hace punto mientras yo la miro y, de vez en cuando, le digo alguna cosa.

Creo que es muy inteligente, pero no puedo beneficiarme de su inteligencia, porque no tenemos nada en común, y lo que me interesa a mí a ella no le interesa en absoluto. No importa, nos hacemos compañía de todas formas.

Anne Marie tiene una hija que vive en Filadelfia y que se llama Chantal. Hace dos meses, Chantal tuvo una niña. Fuimos a verla hace unas semanas. Chantal no es feliz con su marido. Creo que su matrimonio está a punto de romperse. La niña es muy guapa. En nuestras vidas, pues, ahora están estas niñas.

Un abrazo,

TU PADRE

De Egisto a Giuseppe

Roma, 1 de julio

Querido Giuseppe:

No te he escrito antes y tengo un enorme sentimiento de culpa. Ha muerto tu hermano y yo ni te he escrito ni te he llamado. Podría haberte telefoneado desde el periódico sin gastar ni un céntimo, pero no lo he hecho. Las cosas tristes que les suceden a los demás hacen que me vuelva tímido.

Te doy noticias de tu hijo, al que veo casi todos los días. Por lo general nos encontramos en la escalera con las bolsas de basura. A veces lleva a la niña en brazos. Es un padre muy amoroso. Van muy a menudo con el cochecito a los jardines. Es un cochecito muy lujoso. Se lo han prestado. Lo dejan debajo de la escalera. A veces quien la lleva en el cochecito a los jardines es el amigo de tu hijo, Salvatore. Es un tipo con unos grandes bigotes negros y una camiseta roja. De algún modo, la niña tiene dos padres, los dos altos y delgados, uno con una barba muy larga y el otro con unos grandes bigotes. Me parece que ambos son muy buenos con la niña, y me parece bien esta faceta en ellos. La madre de la niña, Nadia, sale poco y duerme mucho. De vez en cuando los tres se pelean con violencia y gritan todos al mismo tiempo; al oír los gritos me asomo al balcón, pero creo que en general pelean por bobadas, por una colada que hay que tender o unas patatas que hay que pelar. Al principio, Nadia subía a mi casa y me preguntaba si podía usar mi lavadora, pero ahora ya no lo hace porque se han comprado una.

El otro día vinieron los padres de Nadia desde Sicilia. El padre es un anciano

caballero, bajo y con una hirsuta perilla gris, y la madre, una anciana señora, cansina y elegante. Enseguida estalló una gran pelea, creo que entre Nadia y sus padres. Salvatore subió a mi casa a pedirme unos limones. Después debieron de apaciguarse los ánimos, porque los vi tomando té con pastas desde mi balcón. Estaba también tu prima Roberta, que me ha contado que los dos ancianos se han ido convencidos de que el verdadero padre de la niña es tu hijo Alberico y de que todo es un desastre. Ni siquiera les gustó Roberta, con quien se comportaron de lo más gélidos.

Te cuento estas cosas porque tienen que ver con tu hijo y pienso que te interesarán. Aunque no bajo a menudo a su casa, los veo por la escalera y desde mi balcón. No bajo a menudo porque, si te soy sincero, no me encuentro demasiado a gusto con ellos. Aunque tenemos más o menos la misma edad, me siento mucho más viejo que ellos. Me despiertan curiosidad, pero al mismo tiempo me cohíben; es una sensación extraña.

Los llevé a Las Margaritas. No hicieron ningún comentario sobre Piero y Lucrezia ni tampoco sobre Albina y Serena. No sé si se divirtieron o se aburrieron. Nadia solo dijo que su colchón estaba lleno de nudos. Seguramente era verdad. A mí muchas veces también me han tocado unos colchones malísimos en Las Margaritas.

Suelen recibir amigos en casa. Desde mi balcón los veo con gente. Los envidio, porque yo estoy bastante solo. A veces voy a casa de los Rotunno, o a casa de algunos colegas del periódico, pero siempre me da apuro hablar demasiado por teléfono, temo parecer pesado. En el fondo soy muy tímido, y me encuentro bien con muy pocas personas.

Volviendo a tu hijo, sé que una noche fueron a cenar a casa de Ippolita, esa amiga de Ignazio que vive en Porta Cavalleggeri. Después la tal Ippolita ha venido a verlos varias veces y la he visto sentada en la tumbona desde mi balcón, que está justo encima del suyo. Es una mujer grácil y elegante, con una gran nariz aguileña y un espeso cabello dorado. Ignazio Fegiz está con ella desde hace muchísimo tiempo. Pero no viven juntos.

Albina se encuentra bien. Muchas veces cenamos juntos, a veces en el restaurante Mariuccia, donde íbamos siempre contigo y donde las paredes también te recuerdan. Si te soy sincero, con ella me aburro un poco, porque hablamos siempre de las mismas cosas y de las mismas personas. Para mí estar con ella es un poco como estar solo. Pero es buena y me tiene cariño, y yo también se lo tengo a ella. Cuando me propone salir a cenar no sé decirle que no. Tal vez quiere acostarse conmigo, no lo sé, aunque ya le he dado a entender que físicamente no me atrae en absoluto. Creo que va diciendo por ahí que yo la deseo, pero que ella a mí no. Miente, porque siempre le he aclarado que me gusta otro tipo de mujer.

De nuestros amigos de Monte Fermo y de Pianura, es decir, de Piero, Lucrezia y Serena, no tengo nada nuevo que contarte. Todo sigue más o menos como cuando te fuiste. El Centro de la Mujer sigue adelante con fatiga, con muy pocas actividades y muy poco público. Serena está contenta, aunque dentro de poco lo cerrará, porque se marcha de viaje por Rusia. Piero y Lucrezia se quedarán en Monte Fermo incluso durante el mes de agosto. En esto han cambiado, porque otros años llevaban a los niños a la playa, pero este dicen que no les apetece. Los niños van todas las mañanas con la suiza a jugar al riachuelo. Como la suiza es muy estúpida, siempre temo que se le ahogue alguno. Lucrezia dice que es estúpida pero juiciosa, si bien toma el sol tumbada en una piedra con los ojos cerrados. Podría estar al menos con los ojos abiertos. No sé si Piero y Lucrezia tienen algún problema de dinero. A él le veo deprimido, a ella nerviosa. No creo que entre ellos haya problemas serios, ni económicos ni matrimoniales. Aunque es verdad que, en estos momentos, con ella tan nerviosa y él tan sombrío, no son una compañía demasiado agradable, y además tienes la impresión de molestarlos, así que voy a su casa con bastantes menos ganas que antes.

Te saludo y te recuerdo siempre,

EGISTO

De Lucrezia a Giuseppe

Monte Fermo, 20 de julio

Querido Giuseppe:

De pronto me han entrado muchas ganas de escribirte. Me he encerrado con llave en mi habitación para que nadie me moleste mientras te escribo.

Son las cinco de la tarde y hace mucho calor. Quizá estén todos de mal humor por culpa del calor. Hace un momento ha habido una gran discusión entre mi suegra y la suiza, porque mi suegra, al entrar en la habitación de la suiza, tenía todavía la cama sin hacer y ha visto que el colchón estaba manchado de sangre de período. Además, debajo de la cama ha encontrado migas de galletas y hormigas.

La discusión me ha sacado de quicio. Las dos me parecen insoportables. La suiza ha dicho que mañana se marcha y ha bajado sus maletas del armario. Yo he intentado calmarla, pero no ha servido de nada. Si se va mañana, todo recaerá sobre mí, los niños y la casa, justo cuando lo que me gustaría es quedarme tranquila en mi habitación pensando.

Desde que te fuiste me han pasado muchas cosas. Mi vida ha cambiado. Me he enamorado. Te sorprenderá si te digo que hasta ahora nunca había estado enamorada, más cuando siempre te he repetido que yo me enamoro muy fácilmente, pero ya ves, todo fueron equivocaciones, y no te ofendas si te digo que tú también fuiste una equivocación. Creía que estaba enamorada de ti, creía que quería vivir contigo, qué equivocación, Giuseppe, pero tú por suerte te asustaste mucho y me dijiste que por favor me quedara donde estaba. Fuiste muy

prudente y debo agradeceréte. Al principio me encontraba bastante bien contigo, me sentía bastante alegre, pero todo se quedaba en el «bastante». Cuando te conocí, mi vida no cambió de color. Ahora sí ha cambiado de color. Piero te aceptó y se quedó bastante tranquilo. Lo nuestro fue un adulterio incruento. Ahora, en cambio, mi adulterio es de los que salpican sangre. I. F. y yo nos amamos con locura y nos iremos a vivir juntos, no sé cuándo ni dónde. Nos trasladaremos a una casa de alguna ciudad, no sé cuál. Me llevaré a los niños. A ti te daban miedo los niños, a él no, a él no hay nada que le dé miedo.

Cuando lo vi llegar aquí por primera vez, bajar del Renault verde oliva y acercarse con el pelo gris cortado a cepillo, me sentí de repente asustada e irritada. Me dije: «Quién será este tipo». Nos miramos durante un momento, parados el uno frente al otro. Somos casi igual de altos, quizá yo un poco más alta que él, pero solo un poco. Los perros se pusieron a ladrar. No lo querían. Detrás de él estaban Egisto y Albina, y a ellos les sorprendió que ladraran los perros, porque normalmente no lo hacen. Desde entonces a Egisto y a Albina los quiero más, me gusta mucho verlos. Entró en casa, colgó su gabardina en el perchero y al instante siguiente se salió un clavo de la pared y el perchero se cayó. Quién sabe por qué tuvo que soltarse un clavo en ese preciso momento. Más adelante le he dicho que los perros ladrando y lo del perchero fueron señales.

Creo que Piero se dio cuenta muy pronto de que estaba sucediendo algo, porque enseguida dejó de ser él mismo. Se quedaba como intimidado y turbado desde las primeras veces que I. F. empezó a venir aquí los sábados. Al principio solo venía los sábados, pero después empezó a venir también otros días entre semana. Telefoneaba y se presentaba. Ahora ha dejado de venir. A veces nos encontramos en Pianura y hacemos una excursión por el campo. Pero normalmente voy yo a Roma, a su casa. Él mantiene una relación con esa mujer que se llama Ippolita, pero a la que todos llaman Ippo. No viven juntos. Es una mujer con una nariz muy grande y un pelo muy bonito. Todos me hablan de ese pelo. No sé qué tendrá. A ella no la conozco. Egisto sí la conoce, ha estado en su

casa. Tiene una terraza preciosa. De la terraza también hablan todos. A I. F. le resulta difícil dejarla porque le da pena, no le ha dicho nada de mí, pero dentro de unos días lo hará y la dejará. Si bien para mí tampoco ha sido fácil hablar con Piero, he tenido que hacerlo porque me iba a sentir mal si no se lo contaba. Por otra parte, Piero ya se había dado cuenta de todo. Está muy deprimido. Éramos una pareja abierta, acuérdate de que lo decíamos siempre, pero en realidad era abierta solo por mi parte, porque Piero nunca ha amado a ninguna otra mujer más que a mí. Además, llega un momento en que las parejas abiertas o se cierran o se hacen pedazos. Piero y yo nos estamos haciendo pedazos como pareja. Me sabe muy mal, porque estoy muy unida a él y me da pena verlo deprimido. Creo que si me hubiera ido contigo no estaría tan deprimido, pero lo de I. F. le parece tremendo. Vuelve siempre muy tarde de Perugia y cena solo, yo me siento a la mesa mientras cena y él me dice que me vaya. No me soporta y yo no lo soporto a él. Dormimos juntos, pero algunas noches le digo que tengo calor y me subo a dormir a la planta de arriba, a la habitación de las colchas con los dragones. Esa habitación debería ser más fresca, porque está orientada a poniente, pero en realidad hace un calor horrible. Hay veces en que soy también muy infeliz.

Lo raro es que aquí todo se está rompiendo, la casa se está haciendo añicos. La suiza se marcha mañana, la lavadora pierde agua. Hace mucho calor, estamos todos muertos de calor. La suiza llevaba a los niños todos los días al riachuelo, pero mañana se va y tendré que llevarlos yo si no quiero que se pongan a dar vueltas por el jardín aburridos y se llenen de polvo. Serena se ha ido a Rusia, si no tal vez los llevaría ella al riachuelo. Me parece que los niños también se han dado cuenta de que ha pasado algo, porque tienen un aire de susto y de pena. Quizá también se haya percatado la suiza y por eso se va, porque no es plato del gusto de nadie estar en un lugar donde todo se estropea. Mi suegra es la única que no se ha dado cuenta de nada. De vez en cuando se me acerca con cara preocupada y me dice que en el alféizar del cuarto de baño hay un pájaro muerto lleno de hormigas, o que ha encontrado un cuenco de higos con moho en el

frigorífico. Cuando mi suegra se pasea por la casa siempre encuentra alguna porquería.

En realidad tú eres mi único amigo. Me da mucha pena que estés tan lejos en un momento en que necesito a alguien de confianza. Serena tampoco está ahora. Y además, no estoy segura de si querría escucharme y comprenderme. Creo que se pondría enseguida de parte de Piero. Siempre está con lo de la condición femenina, los derechos de la mujer, etcétera, y, sin embargo, sé bien que yo le parecería despreciable. A veces hablo con Albina cuando viene los sábados. Le cuento algunas cosas, no todo. Pero mi único amigo de verdad eres tú. Y tenías que irte precisamente a América. De nuestra larga unión ha quedado una gran amistad. Yo la siento por ti y espero que tú la sientas por mí. Hemos tenido incluso un niño juntos: Graziano. No quieres que lo diga, pero es así. Un hijo juntos y una gran amistad. Estos son los bienes que yo te he dado a ti y tú me has dado a mí, los bienes que los dos juntos poseemos. El hijo te importa un bledo y finges que no te pertenece; allá tú, no me importa. Sin embargo, creo que la amistad sí la reconoces como verdadera.

Una vez vino aquí tu hijo Alberico. Después sucedieron tantas cosas que se me olvidó contártelo. No sé si ese hijo tuyo me gusta. No lo entiendo bien. Ha dado su apellido a la niña de esa chica. Por supuesto que lo ha hecho para ser todo lo contrario a ti, para ser lo que no quieres ser tú, el padre de un niño que viene al mundo.

Dame noticias tuyas. Cuéntame tú también qué tal te va. Dime si sigues durmiendo en la habitación de los ositos.

LUCREZIA

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 4 de agosto

Querida Lucrezia:

Tu carta me ha emocionado mucho, tanto que no he conseguido trabajar durante todo el día. Sabes que estoy escribiendo una novela, creo que te lo dije. Tu carta se ha enredado en mis pensamientos, no podía liberarme de ella, y encontraba tu cara y tu voz por todas partes dentro de mí. He dejado pasar algunos días antes de contestarte, porque la idea de hacerlo me perturbaba.

Te has enamorado de Ignazio Fegiz, o de I. F., como sueles llamarlo. Debería darme igual, o en todo caso parecerme bien, porque enamorarse es bonito y porque lo normal es que uno se alegre cuando le sucede algo bonito a alguien a quien quiere. Sin embargo, leer tu carta me ha producido una sensación de malestar. Quieres dejar a Piero e irte a vivir con I. F. Quieres llevarte contigo a los niños. Tienes la costumbre de pensar en tus hijos como si fueran muebles o maletas. Además, no tienes uno, sino cinco. Si tuvieras solo uno podrías dirigir todas tus energías a tranquilizarlo. Pero no es fácil tranquilizar a cinco niños. Para I. F. tampoco es una tontería cargar con la responsabilidad de cinco niños. Dices que «a él no hay nada que le dé miedo». En cuanto a ti, no puedo por menos de decirte que te considero una inconsciente. Igual que a él.

Las palabras que utilizas para hablar de nosotros, de ti y de mí, «lo nuestro fue un adulterio incruento», me parecen absurdas. Ningún adulterio es incruento. Además, según tú, hemos tenido un hijo juntos. No creo que sea verdad y,

aunque lo fuera, lo nuestro no fue un adulterio incruento. Los hijos son sangre y nacen en medio de la sangre.

A lo largo de toda tu carta he notado serpentear algo que me ha ofendido con crueldad, una confusa inclinación a compararme con I. F. y a juzgarme de una calidad inferior, menos noble, menospreciada. Por él, tus perros han ladrado. Por él, el perchero se ha caído. También dices que él es casi tan alto como tú. Sabes muy bien que apenas te llego a la altura del hombro y que eso siempre me ha hecho sufrir.

Tú dices: «me encontraba bastante bien contigo, me sentía bastante alegre, pero todo se quedaba en el “bastante”». Qué mala puedes llegar a ser. Cuánto daño puedes llegar a hacer. Sabes que haces daño. No me creo que no lo sepas.

En cuanto a tu panegírico sobre nuestra amistad, debo decirte que me lo creo muy poco, y que en cualquier caso me resbala. La verdadera amistad no araña ni muerde, y tu carta me ha arañado y me ha mordido.

¿Qué puedo contarte de mí? Vivo bien. Bastante bien. En efecto, en el nivel del «bastante». Estoy tranquilo. En esta época la escuela está cerrada. Estoy de vacaciones. Me reincorporaré en septiembre. Escribo mi novela. Hacia las seis de la tarde, Anne Marie vuelve del instituto. La miro mientras prepara la cena, una cena laboriosa, unas gruesas albóndigas con zanahorias y caldo que deben cocer a fuego lento y sopa de remolacha y nata, platos rusos que he aprendido a amar. Anne Marie tenía una abuela rusa. Hablamos poco. Anne Marie es una persona que habla poco, y siempre en voz baja, lo cual me gusta. Me produce sosiego vivir con una persona que habla de forma mesurada, juiciosa y parsimoniosa. Anne Marie sonrío siempre, y también yo he aprendido a sonrío cuando está ella. A veces de tanto sonrío se me cansa un poco la boca. Pero pienso que, poco a poco, dejaremos de sonrío.

No, ya no duermo en la habitación de los ositos. Duermo en la planta de arriba. Pero no duermo con Anne Marie, si eso es lo que quieres saber.

GIUSEPPE

De Albina a Egisto

Luco dei Marsi, 3 de agosto

Querido Egisto:

Como ves, estoy de nuevo en casa de mi familia. Tendré que estar en Luco unos quince días. Mi madre todavía no se ha levantado de la cama y la pariente que la cuidaba se ha marchado y no volverá hasta después del 15 de agosto. Me he quedado sin vacaciones. Aquí me tienes, trajinando en casa. Por si fuera poco, he cometido el gran error de traerme a Vito. Es el peor de los hijos de Lucrezia, el más endemoniado, sobre todo porque es pequeño. Lucrezia insistió en que me lo trajera. Un buen día la suiza hizo las maletas y se marchó. No volverá a aparecer nunca más. Lucrezia está cansada. Además, la relación entre ella y Piero es cada vez peor. Ahora en esa casa hay un ambiente irrespirable. Un ambiente de ruina total. A Cecilia la han enviado a Montecatini con doña Annina, la madre de Piero. Doña Annina no se enteraba de nada, y ella y Lucrezia siempre se estaban peleando por bobadas, por la cuenta del teléfono, por los tomates podridos. Por eso, cuando dijo que quería volverse a Montecatini fue un alivio para todos. A Daniele, Augusto y Graziano los han mandado a un campamento. De modo que en Las Margaritas ahora solo quedan Piero y Lucrezia, frente a frente, en el calor y el silencio. Cuando yo estaba allí conversaba un poco con cada uno de ellos y trataba de tranquilizarlos y de poner paz. Pero al final del día estaba agotada, porque los dos son muy cargantes. La gente que dice frases sin sentido una detrás de otra y no sabe cómo actuar resulta muy pesada. En realidad, Lucrezia ha tenido otras relaciones en el pasado: tuvo

una relación muy larga con Giuseppe y otras más cortas, pero según ella siempre fueron inocuas. Piero estaba tranquilo. Hacía como que no pasaba nada. Ella y Piero eran una pareja abierta. Siempre lo estaban repitiendo. Seguían siendo amigos. Sin embargo, ahora han dejado de serlo y Piero está hundido. Lucrezia también lo está, pero dice que nunca ha sido tan feliz como ahora, dice que es feliz e infeliz, las dos cosas al mismo tiempo. De vez en cuando coge el Volkswagen para ir a Roma y regresa al día siguiente. Dice que se marchará antes de que empiece el otoño. Vivirá con Ignazio Fegiz no se sabe dónde, ni ella misma lo sabe. Y, por supuesto, Ignazio Fegiz tampoco lo sabe. No creo que viva en Roma, quizá se vaya a Estados Unidos. Lucrezia se llevará con ella a los niños. Dice que no piensa abandonarlos. Es de lo único que está segura. No obstante, Piero no está dispuesto a permitirselo. No sé cómo lo harán.

Para trasladarse todos a Estados Unidos necesitarán mucho dinero. Lucrezia dice que I. F., como ella lo llama, tiene mucho dinero porque es marchante de cuadros y que ella encontrará un trabajo. Pero jamás ha hecho nada en su vida, así que no sé en qué trabajará. En el tema del trabajo es poco clara: frunce el entrecejo y agita los dedos en el aire.

A mí no me gusta I. F. No me inspira ninguna confianza. Me parece una persona de carácter débil que finge tener un temperamento fuerte. Se lo he dicho a Lucrezia y me ha contestado que no entiendo nada, como siempre. Ella se siente protegida, segura. Y cuando se siente infeliz, es porque se topa con el peso de todos esos años destruidos.

El próximo invierno ya no podremos ir los sábados a Las Margaritas. No volveremos a ir nunca más, se acabó. Eso me produce una gran tristeza. Piero dice que venderá Las Margaritas lo antes posible y se trasladará a Perugia con los niños. Lucrezia, por su lado, dice que ella y los niños estarán dentro de unos meses en Estados Unidos, o quizá en París, o en Bélgica, donde tiene un tío.

Como hay que estar detrás de Vito desde la mañana hasta la noche, Lucrezia me rogó que me lo trajera aquí. Me dijo que en Luco dei Marsi hace más fresco y se está mejor que en Monte Fermo. No pude decirle que no. Sin embargo, en

cuanto me vi con Vito en el tren me di cuenta de que había cometido una enorme equivocación. Vito es un niño encantador, pero también un auténtico demonio. Nunca olvidaré ese viaje en tren. No hacía más que ir de un lado al otro del pasillo. El tren iba abarrotado y el pasillo estaba lleno de maletas y de gente. Yo tenía que ir detrás de él y al mismo tiempo temía que alguien me quitara el sitio. Le había comprado un helado e iba dejando un rastro por todas partes. Lucrezia está muy cansada, y yo también lo estoy. Esperaba que aquí, en mi casa, Maura y Gina cuidaran a Vito, pero no quieren saber nada de él. No sé, antes a las niñas les encantaba sacar de paseo a los niños pequeños, pero ahora ya no. En cuanto les propongo que salgan de paseo con Vito, Maura y Gina huyen como conejos. Qué se le va a hacer, ha sido un error y los errores se pagan. Vito siempre quiere estar con mi madre, siente pasión por ella, quiere pintarrajearle con sus rotuladores la pierna escayolada. Mi madre lo soporta durante un rato, pero después se harta y me pregunta por qué diablos se me ha ocurrido presentarme con él. Vito tiene dos manías: subirse al alféizar de las ventanas y abrir todas las llaves de gas de la cocina. Vivo aterrorizada. He prometido que lo tendré aquí hasta el 15 de agosto.

Hasta pronto,

ALBINA

De Egisto a Albina

Roma, 10 de agosto

Querida Albina:

Dentro de dos días me voy de vacaciones. He apalabrado una habitación en una pensión de Follonica. En Roma hace un calor tremendo. Cada media hora tengo que ducharme.

Todo lo que me cuentas de Piero y Lucrezia ya me lo sé. Estuve en Las Margaritas dos días después de que te marcharas. Yo también he tenido que aguantar todos esos discursos suyos. Hasta hace un mes se quedaban callados, pero ahora hablan sin parar, a cada momento cualquiera de los dos te lleva a una habitación y quiere que le escuches.

No creo que Lucrezia quiera dejar de veras a Piero. No creo que quiera irse a vivir a París, a Estados Unidos, o a donde sea. Lo dice por decir. No creo en ese gran amor suyo. Está atravesando una crisis, como les sucede a la mayoría de las mujeres a los cuarenta años. Porque Lucrezia ya tiene cuarenta años.

Estuve cenando una noche con Ignazio Fegiz y con esa amiga suya, Ippo. Me los encontré en la piazza di Spagna por casualidad. Los vi venir hacia mí, ella frágil, vestida de negro, y él robusto, con un traje blanco arrugado. No sé por qué, pero me pareció ver al Gato y al Zorro. Me fui a cenar con ellos al Augusteo. Ella es una mujer extraña. Es fea, pero tiene un pelo muy bonito. Va peinada con la raya en medio y del pelo le sale una larga nariz aguileña, es toda pelo y nariz. En el restaurante, Ignazio y yo pedimos pasta y carne, y ella pidió zanahorias ralladas y una taza de caldo de verdura, nada más. Cuando le llevaron

el caldo no estaba muy convencida de que fuera de verduras. Temía que estuviera hecho con pastillas de extracto de carne. Lo olió durante un buen rato con su larga nariz.

Esta tal Ippo viste muy bien. Llevaba una falda de raso negro larga y estrecha, como una especie de tubo, y una blusa blanca almidonada con una pajarita. Nada de abalorios. Tan solo un anillo de ónice en el dedo. Dicen que se droga. No lo sé. Cuando está con ella, Ignazio Fegiz es otra persona. Normalmente es agresivo y ruidoso, y no deja hablar a nadie, pero con ella se queda callado y la mira. Es como si entre los dos existiera una complicidad que viene de muy antiguo. Después de cenar fuimos a la casa de ella. Vive en Porta Cavalleggeri. Estuvimos sentados en la terraza. La casa es pequeñísima y toda llena de cuadros. Casi todos pintados por ella. Son paisajes de color rojo oro, como si siempre estuviera pensando en puestas de sol, pero al poco tiempo se te cansan los ojos de ver tanto rojo. En la terraza hacía fresco. Tomamos vino frío y hablamos largo y tendido. En realidad, la única que hablaba era ella. Ha viajado por el mundo, ha estado en China y en Japón. Yo la miraba y pensaba que, a su lado, nuestra Lucrezia causaría una triste impresión. Parecería demasiado alta, con las manos y los pies demasiado grandes, mal vestida y sin un solo viaje que contar. Nos quedamos hasta muy tarde. Antes de irse, Ignazio Fegiz regó las plantas. Tengo la impresión de que lo hace todas las noches.

Ignazio Fegiz salió conmigo. Nada más llegar a la calle volvió a ser el de siempre, ruidoso, charlatán y nada felino. Ni él ni yo habíamos ido en coche. Las noches son frescas y caminar por la ciudad es muy agradable. A él le gusta el verano, pero también le parece una estación maligna, porque en verano mucha gente enloquece. No mencionó a Lucrezia en ningún momento. Yo le dije que había estado en Las Margaritas. Él comentó que hacía mucho que no iba.

Creo que ese gran amor es pura fantasía de Lucrezia. En mi opinión, Ignazio Fegiz no quiere cambiar nada en su vida, ni lo más mínimo.

Qué pesada te pones con Vito, pobre niño. Es latoso, sí. Todos los niños son

latosos. Pero no te pongas tan pesada. Si no querías tenerlo en casa, deberías haberlo pensado antes.

Mis vecinos no se han ido. Ayer bajé para recuperar la olla a presión que les había prestado. Nunca devuelven las cosas. Me abrió una chica muy delgada con un biquini violeta y una melena de color zanahoria. También es verdad que ahora veo zanahorias por todas partes, desde que se las vi comer a Ippo. Nadia estaba en la cocina, también en biquini, preparando una ensalada de arroz, con ese aire enfurruñado y sombrío que tiene siempre. La chica del biquini es norteamericana y se llama Anaïs. Le mencioné a la escritora Anaïs Nin, pero no habían oído hablar de ella en su vida. En la cocina había una barahúnda increíble. La noche anterior habían tenido invitados. Ayudé a Nadia a cortar unos calabacines. La niña gritaba. La habían puesto debajo de una sombrilla en el balcón, pero el sol le daba directamente en las piernas y estaba toda sudada. Les aconsejé que la metieran dentro y le dieran de beber. La metieron dentro y le plantaron un biberón de zumo de naranja en la boca. Las chicas de hoy no saben ocuparse de los niños. Después salieron de una habitación Alberico y Salvatore, en camiseta y calzoncillos, con el pelo desordenado y muy adormilados. Parecían dos búhos. Alberico se enfadó porque los platos todavía no estaban lavados. Comí con ellos. De primero tomamos ensalada de arroz y, de segundo, una tortilla que hice yo. Los platos los lavamos después Salvatore y yo. La niña no dejaba de gritar.

Un saludo,

EGISTO

De Piero a Giuseppe

Monte Fermo, 25 de agosto

Querido Giuseppe:

No he recibido ninguna respuesta a la carta que te escribí hace unos dos meses. No sé si no la has recibido o no has considerado necesario contestarme. Me inclino más por lo segundo. Estoy en un momento en que me da por pensar que no le importo nada a nadie.

Lucrezia se ha ido. No sé dónde, porque no me lo ha dicho. Estoy solo en esta casa que me gustaba tanto y que ahora odio. Mi madre y los niños están fuera. No sé dónde está Lucrezia. Es terrible pensar constantemente en una persona y no saber dónde está. Una mañana se subió en el Volkswagen. Vi que de la bolsa sobresalían unas aletas. Le pregunté dónde iba y me contestó que no lo sabía. Dijo que me llamaría por teléfono. Le pregunté si tenía bastante dinero y me contestó que sí. Han pasado ocho días y todavía no ha llamado.

Por las mañanas cojo el coche y me voy a Perugia. No tengo nada que hacer en el despacho, pero voy de todas formas. Allí al menos hay aire acondicionado. Corsi está de vacaciones, y también nuestras dos secretarias. Almuerzo en una pequeña *trattoria* que hay al lado. Esta es la vida que llevaré cuando Lucrezia se vaya para siempre.

Me ha dicho que se llevará a los niños. Le he contestado que nunca se lo permitiré. No es verdad, sé bien que hará lo que se ha propuesto. Tiene un carácter fuerte. Yo soy débil. La sensación de ser débil la tengo desde pequeño. Podré tener a los niños un día a la semana y un mes en verano. Esto es algo que

les sucede a muchas personas, a muchos hombres. Cuando se arruina un matrimonio, normalmente los niños se quedan con las mujeres. En verano los niños vivirán conmigo. No sabré qué decirles, porque nunca sabemos qué decir a unos niños cuando viven con nosotros solo un mes al año. Las cosas que queremos decirles son demasiadas y se nos acumulan en la garganta. Creo que durante ese mes tratamos de ser con ellos lo más amables y condescendientes posible para que nos quieran y conserven un buen recuerdo de nosotros durante el invierno. Creo que tratar de mostrarse permisivo y amable con los hijos de uno mismo debe de costar mucho. Y que debe de ser algo que hace que nos sintamos despreciables. Además, es un error, porque a los niños no les gusta la permisividad. Les gusta tener a su alrededor gente autoritaria y severa. Sospechamos que quizá no sea lo correcto, pero así es como actuamos. Así es como también actuaré yo.

Tú tuviste una relación de varios años con Lucrezia. Te parecerá extraño, pero yo no sufría por ello. Estaba tranquilo. Sabía que no habría heridas. Tú no eres de los que hieren, sino de los que pasan con cuidado de no herir, de no pisotear, de no destruir nada. Eres como yo. Eres de los que perdonan siempre.

Me doy cuenta de que te he escrito sin explicarte nada, como si ya lo supieras todo. Pero supongo que Lucrezia te habrá puesto al tanto. Hemos decidido separarnos. O, mejor dicho, lo ha decidido ella. Yo no he decidido nada. He agachado la cabeza.

Dentro de unos días volverá mi madre. Estaremos los dos solos. Los niños están ahora en Forte dei Marmi, en casa de mi hermana. Mi madre no sabe nada. Me parece horrible tener que decírselo. Llorará, me compadecerá mucho, y la compasión de los padres nos es muy difícil de soportar. Soportamos mucho mejor la compasión de los hijos. Quién sabe por qué.

Mi madre llorará y tendré que consolarla, tendré que decirle que estoy bien. Bastante bien. Tendré que decirle que son cosas que pasan.

Me acuerdo mucho de ti. Un saludo,

PIERO

De Giuseppe a Piero

Princeton, 30 de agosto

Querido Piero:

Sabía por Lucrezia lo que me cuentas en tu carta.

Tu otra carta sí que la recibí. Si no te contesté, no fue porque considerara innecesario responderte, sino porque me resultaba difícil, pues había intuido los hechos que tú callabas y había recibido las cartas de Lucrezia contándomelo todo.

Tampoco ahora me resulta fácil escribirte y decirte lo que he sentido leyendo tu última carta. No me resulta fácil decirte lo cerca que me siento de vosotros en esta desgracia que os ha sucedido. Lo considero una desgracia para los dos, aunque ahora solo sufras tú y ella tal vez sea feliz o crea serlo.

Siento no poder estar ahora contigo en Monte Fermo y pasear juntos por el bosque y por las colinas, como hemos hecho tantas veces. Quiero que sepas que tienes en mí a un amigo fiel, aunque en el pasado, pese a seguir siendo amigo tuyo, te traicionara como ya sabes. No es verdad que yo sea alguien que pasa con cuidado de no herir, de no pisotear, de no destruir y de no hacer nunca daño a nadie. No es verdad. Yo también he destruido y he pisoteado muchas cosas que tenía delante. De hecho, cuando me levanto por las mañanas, lo primero que siento dentro de mí es un profundo desprecio por mí mismo, por mis pies dentro de las zapatillas, por mi triste cara en el espejo, por mi ropa encima de la silla. Durante el día, este desprecio se vuelve poco a poco menos insoportable.

Como sabes, de momento no voy a volver a Italia. Estoy escribiendo una

novela y me gustaría acabarla. Y además aquí tengo una relación con una persona, una relación extraña, diferente a todas las relaciones que he tenido hasta ahora con mujeres. De hecho, se trata de una mujer. Es Anne Marie, la viuda de mi hermano. Mi hermano la quería, y por eso la quiero yo. Pero ella y yo no hablamos, o hablamos poco. Es una relación llena de sonrisas y susurros. Es una relación aparentemente tranquila, pero sacudida por dentro con continuos sobresaltos.

Yo también me acuerdo mucho de ti. Un saludo,

GIUSEPPE

De Egisto a Albina

Roma, 27 de agosto

Querida Albina:

He estado una semana en Follonica. Figúrate que a los dos días de estar allí, aparecieron los vecinos del piso de abajo. Me encontraba en el jardincito de la pensión leyendo los periódicos cuando los vi bajar de su Panda color vino. Yo les había dicho por casualidad dónde iba, y vinieron. Es curioso, a veces no bajo a su piso por temor a fastidiarlos, y ellos en cambio me han seguido hasta Follonica. Qué raro. Les nombras un sitio y enseguida vienen detrás de ti. Traían mochilas y mantas, y a la niña, para sacarla de paseo, la metían en una mochila que se ata a la espalda. Traían una tienda de campaña para dormir en la playa, y eso hicieron, salvo Nadia y la niña, que durmieron en la pensión. Como no quedaban habitaciones libres les tuve que dejar la mía. Yo dormí en el cuarto de baño. No me gusta nada dormir en los cuartos de baño, pero no me quedó otra, pues comprendí que la niña era demasiado pequeña para dormir en la tienda. Una noche cayó un chaparrón y Salvatore vino a llamarme a la pensión. Yo todavía no me había acostado. La tienda se había caído por el viento y quería que los ayudara a clavarla de nuevo. Volvimos a plantarla en medio de la lluvia. Me calé hasta los huesos. Sus colchones estaban completamente empapados y al final se metieron a dormir en el Panda.

No sé si les caigo bien. A lo mejor sí, puesto que fueron a Follonica, donde yo estaba. Pero tal vez solo fuera por falta de imaginación. No sé si a mí me caen bien. Me despiertan curiosidad, y además, como sabes, estoy muy solo. No

tenemos temas de conversación. Si habláramos de grandes temas, de política u otras cosas, creo que no estaríamos de acuerdo en nada. En Follonica, yo trataba de buscar algún tema tranquilo, inofensivo. La tienda. La niña. La película. Esa película que dicen que están haciendo. Pero ellos dejan todos los temas a medias. A veces se enzarzaban en unas discusiones terribles. Los motivos por los que discutían eran estúpidos a todas luces, un palo de la tienda o un hornillo, pero se chillaban como animales y parecían a punto de despedazarse vivos. No sé si se drogan. Lo sospecho, aunque no estoy seguro. Fuman porros. A veces yo también he fumado con ellos, por ser amable y por no parecer anticuado, pero me gustan mucho más los Marlboro. Tenían una piscinita de plástico que habían comprado en el pueblo. La llenaban de agua de mar y, cuando ya estaba caliente por el sol, metían a la niña. Sin embargo, es una niña muy pequeña, solo tiene tres meses, y yo siempre tenía miedo de que se pusiera enferma con ese calor, el agua de mar y los biberones de zumo de naranja que le embutían en la boca llenos de arena y calientes por haber estado mucho tiempo al sol. Nadia es una persona que teme por todo lo que le pueda afectar a ella, la picó una avispa y Alberico tuvo que correr a buscarle amoníaco. Alberico blasfemaba, pero volvió enseguida con el amoníaco, algodón en rama y unos paquetes de gasa. No obstante, por lo que respecta a la niña, Nadia nunca tiene miedo de nada. No se le pasa por la cabeza que algo pueda hacerle daño. La leche se le ha ido y le da papillas compradas, hechas con harina y no sé qué otras cosas más. Entra en los bares y pide un poco de agua caliente, lo echa todo dentro del biberón y ya está. Alberico aclara después el biberón en la fuente. Nadia no se acuerda de hacerlo, si por ella fuera no tendría ningún problema en guardarlo sucio.

La que más me interesa de todos es Anaïs. No es guapa, pero me parece bastante atractiva. He hecho tres veces el amor con ella. La primera vez, en el cuarto de baño de la pensión, donde yo dormía. La segunda, detrás de unos setos, y la tercera en Roma, en mi casa, hace más o menos una hora. Volverá a Estados Unidos dentro de dos semanas. No me importa demasiado. Es más, no me importa casi nada. No he conseguido saber muchas cosas de ella. Habla mal el

italiano y yo hablo mal el inglés. En Estados Unidos tiene un hijo de ocho años. Lo está cuidando su madre. Lo tuvo con un paquistaní. Es multimillonaria. Esto no me lo ha contado ella, me lo han contado los demás.

Volvimos a Roma hace dos días. Anaïs está durmiendo en mi habitación. Aquí, en mi casa, nadie la molesta; pero abajo, entre los lloros de la niña y los gritos de los mayores, hay mucho follón. Ayer Salvatore le dio una bofetada a Nadia y la hizo sangrar por la nariz. Creo que ella lo llamó «maricón», o algo parecido. Yo llegué cuando todo había pasado. Nadia estaba echada en la cama con un algodón en la nariz, Salvatore estaba preparando un pollo guisado y Alberico escribía a máquina. Cuando Alberico me vio entrar pareció ponerse contento. Me hizo un café y me contó el argumento de su película. Ya me lo había contado por encima durante el viaje de Follonica a Roma. Él y Anaïs vinieron en mi coche. Para estar más cómodos, dijeron, y también para hacerme compañía. Me pareció muy amable por su parte. La película es complicadísima y está llena de muertos.

Sal enseguida de Luco, regresa a Roma. Te sacaré a cenar. Conocerás a Anaïs.

EGISTO

De Roberta a Giuseppe

Roma, 22 de septiembre

Querido Giuseppe:

Hace mucho que no nos escribimos. Durante estos meses hemos hablado por teléfono y nada más. Pero en las llamadas internacionales no haces más que pensar en el dinero que te estás gastando, y al final acabas por no contar nada. En una carta se cuentan muchas más cosas.

Como te dije por teléfono, después de insistirle mucho, Alberico ha aceptado psicoanalizarse. Va a la consulta del doctor Lanzara cuatro veces por semana, a las dos de la tarde. Empezó el 10 de septiembre. Hasta ahora ha ido todos los días. Le pregunté a Lanzara si el hecho de que su consulta se encontrara justo en tu antigua casa podía perturbar a Alberico, recordarle demasiado a tu persona. Lanzara se lo pensó un poco, pero después me dijo que no tenía importancia. Además, ahora la casa está completamente distinta, diría que casi irreconocible.

Después de cada sesión, Alberico baja a mi casa a tomar café, así que lo veo a menudo. Lo encuentro bastante bien. Sigue muy delgado y muy pálido, arrastrando el paso de esa manera, los pies siempre sucios en las sandalias. Siempre tiene el aspecto de haber hecho un montón de kilómetros a pie, cuando en realidad ha cogido el autobús en la piazza Sonnino y se ha bajado a un paso de aquí.

Dice que está trabajando, que está escribiendo el guion de una película. Me ha contado el argumento. No he entendido nada.

La película se llama *Desviación*.

Siempre le pregunto qué come, porque tiene aspecto de desnutrido. Pero parece ser que en su casa comen muchísimo. No hacen más que cocinar: pescado, pimientos...

A la niña la han destetado y crece bien. Eso es lo que me ha dicho. Hace mucho que no voy a verlos. No quiero molestarlos. Soy más mayor.

Te habrás enterado de que Piero y Lucrezia se separan. ¡Qué pena! Lo siento mucho. Los recuerdo siempre juntos, no consigo imaginármelos separados. Ella está intentando comprarse un apartamento en Roma con el dinero que ha heredado de su madre. Aunque ha visto muchos, no le gusta ninguno. Me ha pedido que la ayude. Como sabes, tengo una amiga que dirige una agencia inmobiliaria. Lucrezia quiere una casa en la parte antigua de Roma. Pero tiene muy poco dinero. No es fácil.

Venderán Las Margaritas. Qué lástima. Con el dinero de la venta él se comprará un apartamento en Perugia y el resto se lo quedará ella.

Qué rápido sucede todo. Me parece que fue ayer cuando tú y yo íbamos a Las Margaritas, me parece estar viendo la casa con el porche, el columpio, todos aquellos niños y aquellos perros, y aquel recibidor donde había un perchero siempre demasiado lleno.

Me da pena Piero. Sé que está destrozado. Me lo dijo Egisto, a quien me encontré en un café acompañado de una norteamericana pelirroja, huésped de Alberico y de los demás. Lucrezia se quedará con los niños. Se ha convertido en la amiga de Ignazio Fegiz. Vivirán juntos.

Es increíble lo rápido que sucede todo. No sé qué harán con los perros. Me gustan los perros y no puedo dejar de pensar en ellos. Pero sobre todo me pregunto qué será de esos niños, que se mudarán a un piso de la ciudad y con otro padre.

Recuerdo el día en que Ignazio vino a tu casa y luego bajamos a la mía y nos hicimos unos espaguetis. Y también recuerdo aquella vez que nos llevó a Florencia en su coche. No me cayó bien. Me llevaba siempre la contraria. Es una de esas personas que siempre llevan la contraria.

Fuimos a Florencia poco antes de que te marcharas a Estados Unidos. Me acuerdo perfectamente de aquel viaje. Me acuerdo muy bien de tus últimas semanas aquí. Estabas muy nervioso. Dabas vueltas por la casa, en medio del desorden, con aire inquieto. Tu hermano llamó dos o tres veces. Quería asegurarse de que te marcharías. Me parece estar oyendo su voz, severa, autoritaria, profunda. Cuando se casó, me alegré por él. Dios mío, qué deprisa sucede todo.

Todavía no sé muy bien qué tipo de mujer es Anne Marie. Conmigo fue muy amable durante los pocos días que estuve hospedada en su casa.

De ti ya no sé absolutamente nada. Por teléfono hablas muy poco.

Un abrazo,

ROBERTA

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 10 de octubre

Querido Giuseppe:

Hace una semana que estoy en Roma, en casa de Roberta, que ha sido muy amable al alojarme. Tengo que comprarme un piso, pero los pisos cuestan caros y no dispongo de mucho dinero. Cuento con el dinero de la herencia de mi madre, aunque no es suficiente. He visto algunos pisos, pero son pequeños y feos. I. F. está en París y volverá a mediados de mes. Me he dado cuenta de que él no me ayudará a buscar ningún piso y que deberé hacerlo yo sola. A los niños los he matriculado en un colegio de aquí. Los dos mayores irán al Tasso y los dos pequeños a un colegio alemán de via Salaria. Para Vito debo buscar un parvulario. No hago nada más que dar vueltas por Roma como una peonza, y estoy muy cansada.

Me acabo de enterar de que una amiga de Serena puede prestarme su casa durante un año. Es una australiana que vuelve a su país. La casa está en la piazza del Paradiso. Es un poco oscura y no tiene calefacción, pero sí algunos radiadores eléctricos.

Eso que me dices de que trato a mis hijos como si fueran muebles o maletas es malvado e injusto. Dime qué puedo hacer. Hago como todas las mujeres que se separan. Los niños deben estar conmigo y yo debo permanecer con I. F. en Roma. Estamos intentando vender Las Margaritas. Piero ya ha encontrado un pequeño apartamento en Perugia, cerca de su despacho, y vivirá allí con su madre.

Tengo insomnio y por las noches no paro de dar vueltas en la cama, enciendo

y apago la luz, enciendo y apago cigarrillos, tiro las almohadas y las mantas. Siento que tengo los ojos llenos de alfileres. No me encuentro bien de salud. Roberta es muy buena conmigo. Para mí es una gran ayuda. Hablo mucho, no hago más que hablar.

En el piso de arriba está la que antes era tu casa. Ahora viven los Lanzara. Hemos ido una vez a tomar el té. Tu casa está tan cambiada que no se la reconoce. Donde antes se encontraba la sala de estar ahora hay un dormitorio con las colchas de felpilla. Ahí fue donde rompí el cenicero, ¿te acuerdas?

Estoy en un momento crucial de mi vida. Esto es lo que me impide dormir. Estoy un poco enfadada con I. F. porque solo a él se le ocurre irse a París precisamente en un momento tan importante para nosotros y justo cuando teníamos que buscar un piso.

Hay algo que me ha extrañado de él. No me ha dicho que me ayudaría a comprar la casa. Si me hubiera ofrecido dinero lo habría rechazado. Para ser sincera, esperaba que me lo ofreciera, pero no lo ha hecho. Y, sin embargo, es rico. Yo creo que es rico. De todas formas, él y yo nunca hablamos de dinero.

Él no quiere dejar su casa de via della Scrofa. Paga el alquiler establecido por la ley y le resulta ventajosa a nivel económico. Es demasiado pequeña para todos nosotros, prácticamente tiene una sola habitación. Y además no me ha propuesto que nos mudemos allí.

Cuando vendamos Las Margaritas tendré dinero. Pero deberé guardar algo para vivir. Piero me pasará el dinero que necesiten los niños.

Creo que estoy embarazada. Tengo náuseas. No quiero abortar. Tendré a mi sexto hijo. Es de I. F. Pero I. F. está en París y todavía no lo sabe.

Deseaba este sexto hijo. Ya sabes lo que me gusta tener panza. Y deseaba un hijo de I. F. Le dije que quería tener un hijo con él. No dijo nada. A veces cae en un gran silencio y me parece que nunca más volverá a hablarme.

Serena ha regresado de Rusia. Está en Pianura. El sábado volveré allí y empezaré a recogerlo todo, habitación por habitación. Serena me ayudará. Solo

de pensarlo me entra vértigo. Las Margaritas es una casa grande, llena de objetos. Antes le tenía mucho cariño. Ahora la odio.

Ya no soporto el campo. Quiero tener una ciudad a mi alrededor: Roma.

Las Margaritas ya tiene comprador. Ha ofrecido doscientos millones de liras. Piero dice que es poco. Quiere doscientos cincuenta. Están en tratos.

En Las Margaritas está mi suegra, y se pasa el día llorando. Cuando llego yo, me sigue por todas las habitaciones y llora. Me dice que cambie de opinión por los niños. Trato de ser amable con ella, pero no la soporto.

Los niños están todavía con mi cuñada en Forte dei Marmi. Han perdido más de un mes de colegio. Qué se le va a hacer.

Piero ahora solo habla conmigo de cosas prácticas. De objetos y de dinero. De cómo nos repartiremos los muebles, los platos y la vajilla de plata. Pero a veces también me habla de mí, sobre todo por teléfono. Empieza con un tono calmado, frío, y luego poco a poco le sale una voz profunda y rencorosa. Entonces le pregunto cómo ha podido vivir conmigo tanto tiempo, si le parezco tan hipócrita y tan pérfida.

No te imaginas la cantidad de cosas que hay en una casa. Demasiadas. Parece imposible que hayamos podido comprar tantas. Parece imposible que pudiéramos comprarlas con tanta alegría en otros tiempos. Cuando tienes que decidir si dejarlas o llevártelas te parecen todas odiosas.

El otro día me encontré con tu hijo en el descansillo de la escalera. Me reconoció y me tendió dos dedos fríos. Iba a casa de los Lanzara. Se está psicoanalizando. Roberta dice que yo también debería psicoanalizarme, porque estoy atravesando un momento muy difícil. Quizá tenga razón.

¡Qué pequeño es el mundo! ¡Tu hijo se psicoanaliza justo en la que antes era tu casa!

Un saludo,

LUCREZIA

De Roberta a Giuseppe

Roma, 10 de octubre

Querido Giuseppe:

Lucrezia me ha dado una carta dirigida a ti para que se la eche al buzón. Yo también te envío dos líneas.

Pobre Lucrezia. Dice que es feliz, pero a mí me parece que se la ve cansada y perdida. Está muy pálida, aunque ella siempre está muy pálida. Dice que tal vez esté embarazada. Yo me desesperaría y abortaría enseguida.

Por las noches, Piero telefona desde Monte Fermo. Sus llamadas duran horas. No sé cuánto gastará en conferencias, pobrecillo. Por suerte siempre llama él, no Lucrezia, porque si no no sé cuánto gastaría yo.

También llama I. F., pero no tan a menudo y no durante tanto tiempo. Desde que Lucrezia está aquí habrá llamado unas tres veces.

La he ayudado a buscar un piso; a pesar de que hemos visto muchos, ninguno le gustaba. Ahora vivirá en un apartamento prestado. No está mal, pero es un poco oscuro.

Me dan mucha pena los niños.

Un abrazo,

ROBERTA

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 20 de octubre

Querida Lucrezia:

Te envió esta carta a Monte Fermo. Supongo que estarás allí desmontando la casa.

Me dices que estás en un momento crucial de tu vida. Yo también estoy en un momento crucial de mi vida. Me caso. Me caso con Anne Marie, la viuda de mi hermano.

He querido que lo supieras de inmediato. Deseaba que fueras una de las primeras personas en saberlo.

Un abrazo,

GIUSEPPE

De Alberico a Giuseppe

Roma, 10 de noviembre

Estimado padre:

He sabido por Roberta que te has casado. Me alegro. Sé que has llamado a todos para darles la noticia. A Roberta y también a Egisto. A mí, en cambio, no me has telefoneado. Me ha parecido extraño.

Yo estoy bien. La niña crece bien. Llevo una vida bastante tranquila. Me han aceptado el guion de la película y me lo han pagado. La dirigiré yo. Creo que la película será una porquería. Pero me he divertido bastante escribiéndola y creo que me divertiré bastante haciéndola.

Hace unos días me encontré en las escaleras de via Nazario Sauro con esa amiga tuya que tiene una casa en el campo y muchos hijos. La vi estropeada, ajada y con muchas ojeras. Creo que se llama Ofelia o algo parecido.

ALBERICO

De Giuseppe a Alberico

Princeton, 18 de noviembre

Querido hijo:

Te llamé, pero no estabas en casa. Me respondió una mujer. Hablaba medio en italiano, medio en inglés. Se ve que se le olvidó decírtelo.

Te envió una pequeña fotografía de Anne Marie y yo juntos, en nuestro jardín. Nos la ha hecho la señora Mortimer, nuestra vecina.

Anne Marie es una mujer muy inteligente. Trabaja en un instituto de investigaciones científicas. Es decir, trabaja en cosas de las que yo no sé nada. Yo también trabajo en cosas de las que ella no sabe nada. Estoy escribiendo una novela en italiano, idioma que ella desconoce.

Nuestras jornadas transcurren en dos mundos muy alejados entre sí. Nos volvemos a ver por la noche, en la cocina, y cada uno de nosotros le cuenta al otro algo de lo que ha hecho durante el día, pero muy poco, para no aburrirlo. El aburrimiento es el peor peligro en la convivencia.

El aburrimiento nace cuando cada uno de los dos lo sabe todo del otro, o cree saberlo todo, y no le preocupa nada que tenga que ver con él. No, me equivoco. El aburrimiento nace no se sabe por qué.

El matrimonio de mi hermano y Anne Marie se asentaba en intereses comunes. El nuestro está asentado en la distancia entre mi mundo y el suyo.

No te creas que no me asombra haberme casado con ella. Me asombra todos los días. No sé si a ella le asombra haberse casado conmigo. Todavía no lo he averiguado.

Sonríe siempre. Es una mujer que sonríe siempre. Al principio, yo le devolvía continuamente las sonrisas, y pensaba que llegaría un momento en que los dos dejaríamos de sonreír. Yo he dejado de hacerlo, pero ella no, ella sonríe desde que se levanta hasta que se acuesta.

Estoy muy contento de lo que me cuentas de la película.

Un abrazo,

TU PADRE

De Serena a Egisto

Pianura, 28 de noviembre

Querido Egisto:

No sé si sabes que ha muerto la madre de Albina. Quizá te haya llamado o escrito. Está atravesando una situación muy difícil. Su padre no puede vivir solo. Es muy mayor y está enfermo y sordo. Sus hermanas son pequeñas y su hermano solo va a lo suyo. Les ayudaba una tía, pero se ha marchado. Por el momento Albina tiene que quedarse en Luco dei Marsi. Ha tenido que renunciar al puesto que tenía en Roma, en ese colegio de monjas. Su estudio me lo quedará yo.

Me voy de Pianura. Me sabe mal, porque le tengo mucho cariño a este lugar. Hace varios años que vivo aquí. Sin embargo, en Monte Fermo ya no hay nadie, han puesto a la venta Las Margaritas, y ya no tiene ningún sentido quedarme aquí. Vivir en Pianura significaba para mí estar cerca de Piero y Lucrezia, verlos todos los días. Pero yo sola en Pianura no hago nada. Me voy a Roma, así le haré compañía a Lucrezia. Pienso que Lucrezia se ha metido en un buen lío. Ha ido demasiado deprisa. Estaba cansada de Piero, ya no lo soportaba, pero eran una pareja abierta, eso es lo que decían. Las parejas abiertas no se separan, cada uno de los dos entra y sale cuando le parece.

En cuanto a Ignazio Fegiz, Lucrezia se ha hecho demasiadas ilusiones con él. Se ha pensado que estaba viviendo un gran amor y que él era el hombre de su vida. ¡Y de eso nada! Él no se ha ido a vivir con ella ni creo que se vaya nunca; ni se le pasa por la cabeza. Así que ella está sola y embarazada, con cinco niños y un perro, en un apartamento oscuro y ruidoso de la vieja Roma, sin una brizna

de hierba y sin un solo balcón, con una asistenta por horas, poco dinero y muy poca libertad para salir. Un desastre.

Piero se ha ido a vivir a Perugia con doña Annina. Imagínate lo contento que está con su madre siempre en el medio, estorbando. Ella va tras él incluso hasta el despacho, porque no sabe qué hacer.

Se estaba muy bien con Piero y Lucrezia, ¿te acuerdas? Se estaba muy bien con los dos juntos, fueran o no una pareja abierta. Pero no debo pensar en ello, porque me entran ganas de llorar.

Te contaré cosas de mi viaje a Rusia. Fue precioso. Después no nos hemos vuelto a ver. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

Iré a Roma, y espero verte en algún momento.

He cerrado el Centro de la Mujer, pero tengo que seguir pagando el alquiler durante un año, hasta que finalice el contrato.

Un saludo,

SERENA

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 12 de diciembre

Querido Giuseppe:

Así que te has casado. No me ha pillado por sorpresa, porque a través de tus últimas cartas se notaba perfectamente que alimentabas esa idea en tu interior.

Te debería dar la enhorabuena, pero no puedo, porque esta boda tuya no me alegra en absoluto. Conservo tus cartas. Las tengo guardadas en mi armario, en una caja de cartón. A veces las saco y las leo. Cómo odiabas a Anne Marie cuando llegaste a Estados Unidos, y también después, mientras vivía tu hermano. «No tenemos nada que decirnos en ninguno de ambos idiomas.» «No soporto ni su cuello largo, ni sus ojos claros y estrábicos ni su sonrisa. Tampoco la trenza ni el moño.» Cito al azar algunas frases de tus cartas.

Roberta dice que cuando tu hermano y tú erais pequeños, tú querías hacer siempre lo mismo que él. Y que por eso ahora te has casado con su mujer. Pero yo creo que te has metido en un callejón sin salida. He visto una fotografía en la que estás con Anne Marie. Me la ha enseñado Roberta. Anne Marie es fea. No me gustan sus ojos, su gabardina ni su sonrisa. Tiene los ojos torcidos y la sonrisa falsa. Tú estás con ese aire tuyo de pájaro caído del tejado.

Yo estoy bien. Vivo en Roma, en el apartamento que me han prestado, en la piazza del Paradiso. Veo mucho a Roberta. Me ayuda muchísimo. También veo a Serena, que se ha venido a vivir a Roma, al estudio de Albina. Albina está en Luco dei Marsi. Se le ha muerto la madre.

Mi apartamento es un poco oscuro. Tengo frío. He comprado más radiadores

eléctricos. Había tres, pero yo soy muy friolera.

Los niños están contentos y Roma les gusta. Vito va a una guardería de monjas. Cecilia se encarga de llevarlo y de recogerlo. Yo estoy siempre con náuseas. Mi nuevo hijo nacerá en abril.

Me he traído uno de los perros, Jolí, porque los niños se han empeñado. Los demás se los he regalado a una granjera.

Piero viene a visitarnos bastante a menudo. Ahora tenemos una relación apacible. Antes de venir, llama por teléfono, porque no quiere encontrarse con I. Ahora lo llamo I. Los niños también lo llaman así. Sin embargo, I. y Piero se encontraron una vez. La cosa no fue demasiado mal. Primero hablaron de precios de casas y luego de precios de cuadros.

I. no ha venido todavía a vivir aquí. Vendrá, pero no tan rápido. Debe poner en orden sus ideas.

Normalmente come con nosotros y cena en casa de ella, de Ippo. Es una relación de hace veinte años y no puede romperla de golpe. Y ella, Ippo, sufre del corazón. ¡Qué maldición, Dios mío! Sufre del estómago y del corazón. Yo estoy sana como un caballo. Sufre mucho del estómago y no puede comer. Le aterroriza engordar, por eso dejó de comer hace muchos años y se le ha empequeñecido el estómago. Una zanahoria y una taza de agua hervida con una rajita de limón, eso es lo único que toma. I. debe ir a casa de ella todas las noches para ver si se come al menos esa zanahoria. Ippo. Su nombre me rebota durante todo el día dentro de la cabeza. Entre I. e Ippo, me parece que la *i* es la única letra del alfabeto.

Le he preguntado a I. si Ippo sabe que estoy embarazada. Me ha contestado que sí lo sabe. Pero me habla poquísimamente de ella. Antes yo le hacía muchas preguntas sobre ella, y él me respondía por encima. Ahora ya no me responde, así que he dejado de preguntarle. Ahora todas esas preguntas me las guardo dentro. Me hinchan la tripa como el niño.

Por las noches no duermo bien. Espero siempre a que I. me llame por teléfono, o espero oír el ruido del ascensor y de la llave. No siempre viene. A

veces me llama a la una de la mañana desde via della Scrofa, cansado, demasiado cansado. Me resulta difícil volver a dormirme, pensar en cosas que me tranquilicen, que me protejan el sueño.

Saludos,

LUCREZIA

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 15 de diciembre

Te cuento cómo es mi nueva casa.

Es una casa en forma de «ele». En la entrada hay un perchero, pero no de los que se cuelgan en la pared, sino de esos que tienen muchos brazos y se pueden mover de sitio. Era negro, pero lo he pintado de rojo. La sala de estar es estrecha y alargada. Ahí he puesto la alfombra persa, el cuadro de los dos carros y un sofá nuevo que encargué. El cuadro del rey Lear se lo ha quedado Piero. En mi habitación he puesto la cómoda de las tortugas y el armario verde. Daniele, Augusto y Graziano tienen una habitación con literas. Y hay otra habitación con dos camas en la que duermen Vito y Cecilia. En estas dos camas he puesto las colchas de los dragones. Al lado de mi habitación hay otra más pequeña que será la del nuevo niño. Cecilia está harta de dormir con Vito y le gustaría dormir sola. Dice que debería darle esa habitación a ella y que el niño durmiera conmigo. Pero yo no quiero niños en el dormitorio. Cecilia y yo nos pasamos el día entero discutiendo sobre este asunto. Se sienta frente a mí y me dice todos los errores que he cometido en la mudanza. Según ella, me he equivocado en la distribución de los muebles y de las habitaciones. Me mira con severidad y yo también la miro. La encuentro deslucida. Se le han espesado las cejas y se le ha hinchado la nariz. Sigue teniendo sus bonitos rizos castaños, pero ha engordado y siempre lleva un vestido escocés que le queda estrecho. En este momento, mi relación con Cecilia no es buena. Ella no quiere a I. y echa de menos a su padre. Aunque

no lo dice, cuando se sienta frente a mí y me regaña por el desorden y por los muebles que, según ella, he colocado a tontas y a locas, sé perfectamente cuáles son los auténticos reproches que calla y oculta. Yo le digo que tendrá una habitación para ella sola en el nuevo piso, el que estoy a punto de comprar. Pero ella me responde que no estoy a punto de comprar ningún piso. Es cierto. Si bien a veces leo los anuncios de *II Messaggero*, pienso que los pisos de esos anuncios deben de ser feísimos y me siento muy infeliz al imaginármelos, como si ya viviera en ellos. Además, estoy muy cansada. Tras el nacimiento del niño saldré a ver pisos. Por las mañanas, al levantarme, me pongo el abrigo de piel y bajo con Jolí a hacer la compra al mercado de Campo dei Fiori. Es un momento bastante alegre. El abrigo me lo he comprado en una tienda de segunda mano que hay aquí al lado. Es largo, amarillo y negro, de lobo alemán. Por las mañanas no estoy cansada y me siento fuerte. Me encuentro a menudo con Serena, porque su estudio, o, mejor dicho, el estudio de Albina, queda cerca de aquí, en via dei Sediari. Serena me dice: «Eres tan alta que cuando te veo venir pareces una torre. Una torre que camina». «Pues me gustaría ser una mujer bajita», le respondo. «Bajita y delgadísima, que solo pesara cuarenta y seis kilos», me dice. Entonces miro hacia otro lado, porque hay cosas de las que no me apetece hablar. No me apetece hablar de Ippo. Me coge del brazo y caminamos entre los puestos, yo con mi abrigo de piel de lobo alemán y ella con su chaquetón de carnero africano. Después nos tomamos un *cappuccino* en un bar. Con Serena me encuentro a gusto cuando no me habla de los errores que he cometido. En los últimos tiempos todos me hablan de los errores que he cometido: Serena, Cecilia y Egisto, que vino a verme una noche. Después de hacer la compra en el mercado, Serena me ayuda a subir las bolsas a casa. No le pido que se quede a comer porque I. siempre come en casa, y Serena se lleva fatal con él. Tampoco le pido que venga a cenar porque normalmente I. no cena en casa, pero tal vez aparezca. De modo que Serena siempre se marcha un poco ofendida. Come sola en una pizzería. No ve a mucha gente. Egisto mantiene una relación con una chica norteamericana que vive en casa de tu hijo Alberico.

Debería haberse ido ya, pero todavía no lo ha hecho. Se llama Anaïs. Me pongo a cocinar. Tengo una asistente por horas muy antipática y me gustaría cambiarla. Se llama Enzina. Si bien dice que no sabe cocinar, mientras cocino pasa por mi lado y me informa de todos los errores que estoy cometiendo. Después llega I. Es un momento muy bonito, quizá el que más. Pero dura muy poco, porque enseguida me entra miedo de que algo le moleste en la casa, la cara de Enzina, el olor de la coliflor o el tocadiscos, que no funciona del todo bien. Con Piero no tenía miedo. El miedo es nuevo para mí. I. suele sentarse en la sala de estar y pone algún disco mientras yo acabo de preparar la comida. No sé, parecía que le gustaba mucho cocinar cuando lo conocí, pero ahora no entra nunca en la cocina. No comprendo por qué. Me siento en la sala de estar con él y esperamos a los niños. Estoy sobre ascuas, porque él no hace otra cosa que mirar la hora y los niños siempre llegan tarde. Antes era muy amigo de los niños, pero ahora apenas se hablan, lo cual me da mucha pena. I. y yo pasamos juntos algunas horas de la tarde. A veces vamos a via della Scrofa y paseamos tranquilos. No obstante, allí hay cuadros de Ippo. Aunque hay muchos cuadros, yo solo veo los de Ippo y me parecen feísimos, de color rojo zanahoria. No siempre puedo ir con él a via della Scrofa, porque algunas veces tengo que ir a recoger a Vito a la guardería y llevarlo de paseo, cuando Cecilia dice que tiene mucho que estudiar y no puede. Lo dice muy a menudo, quizá para impedirme que vaya a via della Scrofa.

Creo que voy a despedir a Enzina y a contratar a una mujer de Cabo Verde. La he visto y he hablado con ella, pero todavía no está libre, hay que esperar. Siempre hay que esperar algo.

Cuando pensaba en mi vida en Roma, me la imaginaba muy diferente. Creía que I. viviría conmigo. Todavía no puede. Le pregunto continuamente por qué y él se irrita, dice que si no lo entiendo es porque no quiero. Vivirá conmigo más adelante. Pero ¿cuándo es más adelante? No lo sabe.

Ojalá Ippo se muriera. Me bastaría con que él la dejara, pero él dice que no puede, y entonces desearía que se muriera. Me dice que no debo decir cosas tan horribles, ni tampoco pensarlas. Quizá consiga no decirlas, pero ¿qué puedo

hacer para no pensarlas? ¿Se puede luchar contra los pensamientos? ¿Quién los controla? Te caminan por el cuerpo, hacia delante y hacia atrás, como gusanos o enfermedades.

LUCREZIA

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 28 de diciembre

Querida Lucrezia:

Te deseo felices navidades, aunque ya hayan pasado.

He recibido tu carta. Me ha puesto melancólico. Si quieres que te diga la verdad, pienso que I. nunca se irá a vivir contigo. No es nada fácil vivir con cinco niños, dentro de poco seis, cuando no se está acostumbrado. I. ha actuado mal, porque no te ha dicho antes que le resulta difícil, si no imposible. Yo fui más sincero contigo.

El verdadero problema es que no ha dejado a la mujer con la que está. No la conozco, pero vi sus cuadros en casa de I., en via della Scrofa. A mí también me parecieron bastante feos, si eso es lo que quieres oír.

Anne Marie y yo hemos pasado solos las navidades, pero ayer llegó Chantal, la hija de Anne Marie, con la niña en brazos. Ha dejado a su marido. Sabíamos que pasaban por problemas. Llegó de Filadelfia sin avisar, a las nueve de la noche. Habían tenido una discusión muy violenta. Chantal dice que él le pegó. Se subió la manga del vestido y nos enseñó el moratón que tiene en el brazo. Va a pedir el divorcio. Le ha pasado algo parecido a lo que le sucedió a su madre. También Anne Marie tuvo un primer matrimonio que se terminó enseguida. También Anne Marie dejó a su marido y se llevó a la niña.

Anne Marie quiere que yo vaya a Filadelfia a hablar con Danny. No tengo ningunas ganas, porque tendré que interrumpir mi novela y no me gusta alejarme de casa. Pero debo hacerlo.

Anne Marie sonríe siempre. Chantal no sonríe casi nunca. Madre e hija tienen una relaci3n muy difícil, como Cecilia y t . Tambi3n ellas se pasan el día discutiendo. Discuten ásperamente, pero en voz baja. Nunca levantan la voz ninguna de las dos.

La niña es muy graciosa. Se llama Margaret, pero la llaman Maggie. La niña y Chantal duermen en la habitaci3n de los ositos.

Escríbeme pronto. Cu3ntame qu3 tal te van las cosas.

GIUSEPPE

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 6 de enero

Querido Giuseppe:

He pasado las fiestas de Navidad y Nochevieja con Serena y los niños en un hotel del Terminillo. Tendría que haber venido Piero, pero cogió una gripe y se quedó en Perugia.

I. se fue a París antes de las fiestas y todavía no ha vuelto.

En el Terminillo, Serena y los niños estuvieron, y yo daba pequeños paseos a pie con Jolí. Porque nos llevamos a Jolí. En mala hora, ya que en el hotel no soportaban a los perros.

Daba unos paseos muy cortos, nunca me alejaba demasiado del hotel. Temía que I. me llamase por teléfono y no me encontrara. Y además tengo una tripa muy grande y me daba miedo resbalarme en la nieve.

Pasaba mucho tiempo haciendo punto en la terraza del hotel. Hacer punto es muy bueno para los nervios, creo que lo decía la señora Mortimer.

De un tiempo a esta parte no hago más que esperar. Espero que I. me llame por teléfono. Espero un hijo. Espero que mi vida se vuelva menos confusa. Esperar es malo para los nervios. Cuando esperas un hijo no deberías esperar nada más.

Qué feo es el Terminillo. Hacía mucho viento y estaba lleno de gente estúpida. Quiso venir Serena. A ella le gusta. Estaba contenta, igual que los niños. Comían como jabatos, y yo también. Por las noches jugábamos a dubito, un juego de cartas que les gusta mucho a los niños. Pero después, cuando nos

quedábamos a solas en la habitación, Serena empezaba a decirme cosas desagradables. Me decía que me he equivocado en todo, en separarme, en querer tener una casa en Roma, en todo. Según Serena, a I. no le importo nada. El hijo que voy a traer al mundo no tendrá padre. Llevará el apellido de Piero, por supuesto, porque Piero no impugnará la paternidad. Pero después será un niño sin padre. I. ni siquiera lo mirará. Dirá que no es suyo. Según Serena, hará lo mismo que tú con Graziano. Con la diferencia de que Piero aceptó a Graziano como hijo suyo porque yo entonces no rompí mi matrimonio, pero ahora sí y estoy jorobada. Según Serena, los hombres son unos canallas, salvo Piero, que es un ángel, y yo he cometido la idiotez de dejarlo. Lo he dejado para irme con I., el más canalla de todos. Me desvestía, me metía debajo de las sábanas y me ponía de cara a la pared mientras ella iba y venía por la habitación. Luego encontraba encima de mí su rostro todo untado de crema y nos echábamos a llorar las dos.

Ahora hemos vuelto a Roma. Piero ha venido a pasar un día con nosotros. Ha traído muchos regalos para los niños y un chal para mí.

Un saludo,

LUCREZIA

De Roberta a Giuseppe

Roma, 9 de enero

Querido Giuseppe:

He ido a hablar con Ignazio Fegiz, o con I., como lo llama Lucrezia. He ido sin decirle nada a ella. Como él no me cae bien a mí, y seguro que yo no le caigo bien a él, he pensado que no había ningún peligro de que nuestra relación pudiera estropearse, pues ha sido mala desde un principio. Lo he llamado por teléfono, me he puesto el abrigo de piel y he cogido mi Fiat Cinquecento. Nevaba. Por desgracia, el coche se me se ha parado en largo Argentina. He tenido que hacer un buen trecho a pie, caminando por la nieve y el barro.

Hemos tenido una conversación fría, tranquila e infructuosa. No comprendo a ese hombre. Parece abierto y, sin embargo, es cerrado como una ostra. Creo que ya se ha cansado de Lucrezia y que ahora no sabe cómo quitársela de encima. Le he dicho que debería ser más claro con ella. Cuando una mujer echa a perder su vida por amor, se merece al menos un poco de sinceridad. Él ha respondido haciendo grandes gestos de asentimiento con la cabeza. Le he preguntado si pensaba dar su apellido al niño que va a nacer. Me ha contestado que eso estaba fuera de toda duda. Después me ha empezado a contar que se encuentra en una situación muy delicada. Tiene una relación desde hace mucho tiempo con una mujer enferma, muy enferma. Es una relación estrecha y profunda. En cierto sentido, no es diferente a una relación matrimonial. Debe actuar, pues, con muchísima cautela. Le he dicho que parece que utiliza a esa persona para defenderse de otras responsabilidades más grandes. Se ha puesto coloradísimo y

me ha dicho que quizá yo tenga razón. «Pero qué incauta y qué impulsiva es Lucrezia —ha dicho—. Es un caballo salvaje. Nunca piensa en los demás, solo piensa en sí misma. Mueve y traslada a los niños como si fueran maletas.» Le dan pena los niños. Y también le da pena Piero. Le he dicho que todo el mundo le da pena menos Lucrezia. Me ha contestado que no, que también Lucrezia le da pena, que le gustaría verla feliz. Le he dicho que cómo va a serlo si solo es feliz con él, y él está con ella pero no está. Por último le he preguntado si la ama. Era la pregunta clave, pero la he dejado para el final. Me ha contestado que la quiere mucho. Después ha mirado la hora y he comprendido que tenía que irme. Se ha puesto la gabardina y su gorra de visera y ha salido conmigo. La verdad que no me parece tan desagradable cuando camina por la calle. Tiene el paso largo y el aire feliz. Me ha acompañado a largo Argentina y me ha ayudado a empujar el coche hasta que ha arrancado. Después lo he visto marcharse en busca de su coche, el Renault verde oliva, que estaba aparcado en corso Vittorio.

Tu hijo está bien. Sigue viniendo al piso de arriba a psicoanalizarse. Pero ha empezado a decir que Lanzara le parece un poco estúpido. Le he preguntado si le ha dicho a él que le parece estúpido. Sé que en el psicoanálisis hay que decirlo todo. Me ha contestado que no hace otra cosa que decírselo. Lanzara no se ofende. Los psicoanalistas nunca se ofenden.

Alberico me ha contado que dentro de poco, quizá esta primavera, echen su película en Roma, *Desviación*. ¿Por qué no vienes con Anne Marie a Italia esta primavera a ver la película y a visitar a Alberico, a todos tus amigos y a nuestra querida y desafortunada Lucrezia?

Un abrazo,

ROBERTA

De Egisto a Albina

Roma, 15 de enero

Querida Albina:

Ayer se marchó Anaïs. Debo confesarte que me sabe mal. La echaré de menos. Le había cogido cariño. Al final, vivía conmigo. Decía que abajo había demasiado jaleo. Ayer la acompañamos al aeropuerto Alberico y yo. Llevaba mucho tiempo diciendo que tenía que irse, pero siempre lo dejaba para más adelante.

Nuestra relación ha durado exactamente cinco meses. Yo a ella no le importaba nada, no se quedaba en Roma por mí. Iba también con otros hombres y me lo contaba con toda tranquilidad. Iba con un constructor sin escrúpulos de Parioli y con un pintor chileno. Algunas noches no volvía a casa. No tengo problemas de sueño, pero si no la veía volver, me preocupaba y no conseguía dormir. Regresaba por la mañana, cuando yo ya me estaba vistiendo para ir al periódico. Una vez se peleó con el constructor y volvió llorando. Le había robado dinero y él le había pegado. Robaba. Era millonaria, pero robaba. Robaba por el gusto de robar. No podía entrar con ella en los supermercados, porque siempre se metía algo en el bolso, un perfume, una caja de galletas. Era ágil como una lagartija. Pero a mí nunca me robó nada. Se drogaba. Según ella, en el piso de abajo se drogan todos. Yo no lo sé. También contaba unas bolas enormes. Yo nunca he tratado de darle lecciones de moral, ni sobre los hombres, ni sobre robar ni sobre la droga. Me parecía que no serviría de nada. No era muy

guapa, tú la viste en el restaurante aquel día. Pero me había acostumbrado a ella. Le había cogido cariño. Ahora estoy otra vez solo.

Ayer, cuando volvíamos del aeropuerto, Alberico me vio un poco triste y me invitó a cenar con ellos. No me encuentro incómodo entre todo ese jaleo. Me siento y todos hacen como si yo no estuviera. Pongo un disco, juego un poco con la niña. La niña está en su corralito, e igual que camina un poco apoyándose en la barandilla, también se cae y llora. Nadia o duerme o come o llora o lee revistas. Lloro mucho, porque le duele algo, porque le da miedo algo, por un pensamiento triste que le viene a la cabeza o por un sueño que ha tenido. Salvatore o duerme o trajina en la cocina. Se ha hartado un poco de cocinar y encargan con frecuencia la comida en el restaurante de abajo, II Fagiolaro. Siempre hay gente entrando y saliendo, amigos de Alberico que van a verlo por algo relacionado con la película. Le hacen recados, le buscan objetos que necesita: soperas antiguas, pedazos de tela. Él está sentado a la máquina de escribir y da órdenes. Es como un general. Siempre van a comer a dos o tres personas de esas. Después de almorzar, se quedan alrededor de la mesa de la cocina. Hablan muy poco. Fuman porros. Yo también los fumo con ellos para no parecer anticuado.

Ahora siento mucho tu ausencia. Antes, cuando estaba Anaïs, no la sentía tanto, pero ahora que Anaïs se ha ido me gustaría charlar y comer alguna vez contigo. De vez en cuando voy a casa de Lucrezia, aunque nunca sé si le gusta verme, no sé si está o no está su I. Normalmente la llamo por teléfono antes de ir. Una vez fui con Anaïs. Se cayeron bastante bien. Lucrezia me dijo después que Anaïs tenía cierto estilo, pero que era fría y seca. Anaïs me dijo que Lucrezia le parecía una elefanta embarazada.

A veces me encuentro con Serena. Tu estudio lo tiene hecho un desastre. Hay que caminar sobre platos, periódicos y jerséis. Serena está muy contenta, porque ha conocido a un director de cine que se llama Umberto. Los dos se han hecho amigos y han decidido representar la *Mirra* de Alfieri.

Intenta venir a visitarme, si puedes. O puedo ir yo a Luco. No importa que no

puedas alojarme. Puedo dormir en un hotel.

EGISTO

De Albina a Egisto

Luco dei Marsi, 22 de enero

Egisto, me caso.

Me caso con Nino Mazzetta. Fabrica muebles antiguos. La fábrica, la tienda y la casa en la que vive se encuentran en un patio que hay detrás de mi casa. Los muebles están bien hechos, pero no parecen antiguos, son brillantes y tienen aspecto de nuevos. Nino Mazzetta es viudo y tiene un hijo de nueve años. El niño no va bien en los estudios y viene a mi casa a que le ayude a hacer los deberes. Nino Mazzetta trabaja mucho, pero no es rico, el negocio lo está pagando con letras de cambio.

Me caso con él por las siguientes razones, porque las he examinado atentamente una por una. Porque quiero tener hijos. Porque ya tengo treinta y tres años. Para darle una alegría a mi padre. Porque podré seguir ocupándome de mi casa hasta que mis hermanas crezcan, ya que mi casa y la de los Mazzetta solo están separadas por un patio. Porque a nadie se le ha ocurrido nunca casarse conmigo y a Mazzetta sí. Porque es una buena persona. Siempre que mi padre le ha pedido dinero prestado se lo ha dado y nunca se ha enfadado porque no se lo devolviera, y ha seguido viniendo de vez en cuando a casa después de cenar a jugar a la escoba y a charlar con mi padre, y eso que charlar con él no es nada fácil, ya que hay que repetirle las cosas un montón de veces. Porque soy pobre. Cuando me case no seré rica, pero seré menos pobre. Porque aquí, en Luco, llevo

una vida muy dura y pienso, no sé si me equivoco, que cuando esté casada será más liviana.

Nino Mazzetta se casa conmigo por las siguientes razones, que me ha enumerado una por una. Porque no le parezco fea. Porque soy de costumbres sencillas. Porque no le intimido, aunque yo sea licenciada en filología y él solo haya estudiado hasta quinto de primaria. Su difunta mujer lo intimidaba, aunque ella solo había estudiado hasta tercero de primaria. Era de carácter pendenciero y no fueron nada felices. Porque toco la flauta. Porque cocino mal y a él le gusta comer bien, pero piensa que con un libro de cocina aprenderé enseguida. Porque me conoce desde que era pequeña. Porque conoce bien a mi familia.

También yo la conozco desde que era pequeña, pero a mí eso no me gusta demasiado. Siento que tengo el futuro pegado a las suelas de los zapatos.

El pasado mes de septiembre fui a la fiesta del periódico *L'Unità*. Él también fue y me invitó a cenar. Comimos salchichas a la parrilla sentados a una mesa, bajo los árboles. Después volvimos a casa. Creo que la idea de casarse conmigo se le ocurrió aquella noche.

Le gusta mucho hablar. Cuenta su vida y sus ideas. Yo me quedo callada. Nunca me pregunta nada, así que no sabe casi nada de mí. No sabe que he convivido con otros chicos en Roma, cuando tenía mi estudio. No sabe que soy de cama difícil. He estado con tres chicos en total: un estudiante inglés amigo de Serena, otro con el que me encontraba siempre en el autobús, y otro que vendía enciclopedias. No conservo un buen recuerdo de ninguno de ellos. No eran ninguna maravilla. El mejor quizá fuera el del autobús, pero era de Palermo, y al cabo de una semana se volvió allí. A veces me escribe postales. Me sentía feliz en mi estudio, eso sí. Qué pena haberlo perdido. Pero me era imposible quedármelo. No podía abandonar a mi padre. Me gustaba vivir en Roma e ir a Las Margaritas los sábados, y hablar con Serena del Centro de la Mujer. Ahora Las Margaritas ya no existe. He oído decir que la han comprado unos curas y que van a convertirla en una parroquia. El Centro de la Mujer ya no existe. A veces llamo a Lucrezia, pero me responde muy seca y muy deprisa. Serena ha

venido un par de veces a visitarme. Ha visto a Nino Mazzetta desde mi ventana. Le ha parecido bajo y zafio. Tú nunca has venido a verme, de lo contrario te lo hubiera presentado y me habrías aconsejado. Aunque también es verdad que no te habría escuchado.

Nos casamos dentro de un mes. Nos casamos por la Iglesia, aunque ni él ni yo seamos religiosos. Mi padre tampoco lo es, pero quiere que lo hagamos así.

Llevaré un traje tipo sastre de gabardina azul bastante bonito que me ha hecho la modista que vive en el patio.

No hemos tenido relaciones sexuales. Nunca estamos solos, porque mi padre piensa que es mejor que nos comportemos a la vieja usanza, y cuando salimos por la noche siempre nos acompañan mi hermano, Maura y Gina. Por eso no he conseguido contarle nada de mí a Nino Mazzetta; por otra parte, él habla sin parar, con mi hermano y conmigo.

Mi hermano me dice que soy interesada y astuta, y que no se esperaba todo esto de mí. Dice que, con esos mueblachos, Nino Mazzetta ganará un montón de dinero, aunque ahora esté lleno de letras de cambio.

Nino Mazzetta tiene el pelo muy blanco y los bigotes muy negros. Es bajo y fuma puros continuamente. A veces, con la preocupación de las letras de cambio, no puede dormir por la noche, y entonces se levanta y se prepara una taza de café con leche hirviendo. Esto es lo que nos ha contado a mi hermano y a mí.

Todo sería muy fácil si yo no fuera de cama difícil.

ALBINA

De Egisto a Albina

Roma, 28 de enero

Estás a punto de cometer una gran idiotez, Albina.

Déjalo. Déjalo todo, el traje de gabardina azul, el negocio, el café con leche, el patio. O por lo menos espera. Deja pasar un año. En un año algo sucederá. Puedes encontrar un buen trabajo en Roma, pagar a alguien para que viva con tu padre, salir de ese triste lugar para siempre. Existen muchas soluciones, y la que tú has elegido es la peor.

Iré a visitarte en cuanto pueda y te disuadiré de esa estúpida boda, porque tienes el futuro pegado a los zapatos.

EGISTO

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 2 de febrero

Querida Lucrezia:

He acabado mi novela. Una alumna me la ha pasado a máquina. Le he preguntado si le ha gustado y me ha dicho que le ha parecido interesante. Es la única persona que la ha leído y, por desgracia, es una estúpida. Anne Marie y Chantal no saben italiano.

Hace unos días estuve en Nueva York. Fui a ver a Danny, pero pensé que podía aprovechar el viaje para buscar un traductor y un agente literario. Tenía la dirección de un primo de la señora Mortimer que conoce a mucha gente y que quizá pudiera darme algún consejo, así que metí una copia de la novela en la cartera. Pero sobre todo debía ver a Danny para hablar con él lo del divorcio. No sé si te acuerdas de Danny, el marido de Chantal. Te he hablado de él. Anne Marie quería que fuera a visitarlo a Filadelfia, pero cuando lo llamé por teléfono me dijo que tenía que ir a Nueva York por unos asuntos personales y que podríamos vernos allí.

Me cité con él en el hotel donde estuve alojado con mi hermano y con Anne Marie al llegar a Estados Unidos. Se llama hotel Continental y está en la Quinta Avenida. Cogí una habitación. Era muy parecida a la que tuve entonces, cuando me quedaba metido en la cama porque estaba enfermo y mi hermano se sentaba frente a mí. Mientras esperaba a Danny me entró una gran tristeza. Danny se retrasaba. Intenté llamar al primo de la señora Mortimer, pero saltaba un

contestador. Me puse a releer mi novela. No me pareció mal. Se titula *El nudo*. No te hablo de ella. Te he enviado una copia.

Al final llegó Danny. Abrí de inmediato el minibar y le serví un gran vaso de whisky. Danny bebe mucho. Yo pensaba que tenía que convencerle de que el divorcio era la única solución posible. Pero él ya estaba convencido. Cuando Chantal se fue de casa con la niña, pensó que no volvería nunca más. Lo pensó con una sensación de alivio, porque los últimos tiempos de su vida en común habían sido horribles. Danny es bajito y pelirrojo, tiene las orejas de soplillo y unos dientes pequeños y afilados como de ratón. Estuvimos mucho tiempo en aquella habitación. Bebió muchos vasos de whisky y me habló de su infancia. Ya me había hablado de ella en Princeton, pero volvió a hablarme en Nueva York. No tiene padres. Nació en un hospicio. Cambió de familia cinco veces. Está muy unido a una de esas familias, la penúltima. Se apellidan Pippolo y son de origen italiano. Viven en Baltimore. Son pobres y tienen muchos hijos. Él los ayuda. De esto también discutía con Chantal. Según ella, los Pippolo son unos vampiros. Cada vez que salía el tema de los Pippolo se ponía hecha una furia. Chantal es dura de corazón. Yo le dije que a mí me parecía una chica muy dulce. Me contestó que me equivocaba por completo. En su apartamento de Filadelfia está todavía la ropa de Chantal y de la niña. Se la enviará a Princeton lo antes posible. A la niña irá a verla alguna vez, y en vacaciones la llevará a Baltimore, a casa de los Pippolo, es decir, a casa de su única familia de verdad. Él no le pegó nunca a Chantal. Solo que aquella noche le apretó el brazo demasiado fuerte. Ella llamó inmediatamente a una vecina y le pidió que la acompañara a urgencias, donde le encontraron una pequeña contusión. Después regresó y metió en una bolsa sus cremas de noche y un pijama para la niña. Se acordó de sus cremas de noche, pero no de las vitaminas para la niña, que se dejó allí. A la mañana siguiente lo llamó desde Princeton y le dijo que le enviara de inmediato todas sus cosas. Todavía no lo había hecho, porque recoger y enviar toda esa ropa le resultaba pesado y doloroso.

Le propuse ir a cenar. Me acordé de un restaurante chino en el que había

estado con mi hermano y fuimos allí. Durante la cena se fue tranquilizando poco a poco. Me preguntó qué tal estaba yo. Le respondí que había acabado una novela y que tenía que buscar un traductor y una agencia literaria. Más adelante intentaría publicarla en Italia, pero que ya que me encontraba en Estados Unidos me gustaría mucho que saliera aquí. Me dijo que en Filadelfia tiene un amigo que domina el italiano y ha traducido libros, y que podría hacer ambas cosas: traducir la novela y dársela a una agencia literaria. Sintió no saber italiano para poder leerla. La anciana señora Pippolo trató de enseñarle, pero solo aprendió algunas palabras. Eso sí, cree que el título de la novela no es acertado. Ya existen diez novelas que se llaman *El nudo*. Después se puso a hablar de nuevo sobre Chantal y de su relación con ella. Chantal es fría. A Anne Marie nunca la ha entendido y nunca le ha caído bien, debe de ser tan seria, fría y seca como Chantal. Entonces le dije que ya era muy tarde y que tenía sueño, y que por otra parte no servía de nada recrearse como él hacía en las aversiones, los rencores y las melancolías. Me contestó que tenía razón y que me tenía mucha simpatía. En cierto modo me parecía al mayor de los Pippolo, su gran amigo. Pensaba venir pronto a Princeton para ver a la niña, así que tendríamos ocasión de volver a pasar algunas horas juntos. Si mientras tanto le daba la novela, se la llevaría a Filadelfia a ese traductor. Volvimos a mi hotel, le di la novela y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Nos despedimos. Estaba alojado en casa de un conocido de los Pippolo.

Al día siguiente estaba de nuevo en Princeton. Le conté a Anne Marie mi conversación con Danny y ella se enfadó. Dijo que me había comportado como un estúpido. Debería haber hablado con él del divorcio y nada más. Debería haber estado seco con él, conciso, distante. Había cometido una estupidez dándole mi novela, aceptando que me hiciera un favor. Cuando Anne Marie se enfada no deja de sonreír, pero le tiembla la boca y le salen manchas rojas en la cara y el cuello. En cambio, Chantal no se enfadó. Dijo que lo más urgente era que le llegara la ropa, porque ella y la niña no tenían nada que ponerse. Y después, de repente, se echó a reír. Dijo que le divertía imaginarnos a Danny y a

mí juntos y conversando como dos cómplices. Chantal no sonríe casi nunca, pero de vez en cuando se ríe, suelta una carcajada aguda y estridente que acaba en un pequeño hipo. Sin embargo, cuando le dije que Danny pretendía llevar a la niña a casa de los Pippolo durante las vacaciones, dejó de reír y dijo que no se lo permitiría, porque los Pippolo eran groseros y sucios. Entonces su madre le dijo que daba igual que se lo permitiera o no, pues en vacaciones Danny haría lo que le pareciera con la niña.

En cuanto recibas la novela, dímelo. Me gustaría que la leyeras enseguida. Espero tu opinión con impaciencia.

GIUSEPPE

De Roberta a Giuseppe

Roma, 5 de abril

Querido Giuseppe:

El niño de Lucrezia nació el viernes pasado, pero solo ha vivido dos días. Era un niño muy guapo. Ha sido todo muy triste.

No me he separado de ella. En cuanto empezó a tener los primeros dolores, se fue a la clínica y me llamó desde allí. La pobre estaba sola. I. había tenido la feliz idea de irse a París justo durante esos días y fue imposible localizarlo.

Lucrezia sufrió mucho, tuvo un parto muy difícil. Llamé a Piero a Perugia, estaba preocupada y quería que hubiera alguien. Vino enseguida.

El niño nació y parecía que estaba todo resuelto. Llegó I. Yo pensaba que era un granuja por haberse ido, pero, si te digo la verdad, dejé de pensarlo en cuanto lo vi. Es un hombre que, cuando lo ves, no consigues que te resulte odioso, con ese pelo cortado al cepillo y ese aire enérgico y decidido, pero al mismo tiempo turbado. El niño le gustó muchísimo y parecía feliz.

Después nos enteramos de que el niño tenía algún problema. Fue una tarde tristísima, nunca olvidaré esa tarde de domingo. Estábamos todos: Piero, I., Serena y yo. Estaba incluso Cecilia. Serena tuvo la descabellada idea de llevar a Cecilia. A mí no me parecía bien que la chiquilla estuviera allí en unos momentos tan tristes. Habíamos perdido la esperanza, pero Lucrezia se empeñaba en creer que nada de lo que le decíamos era verdad. El niño murió a las diez de la noche. Me quedé a dormir con Lucrezia. Un médico del servicio me dijo que podía quedarme.

Lucrezia sigue en la clínica, y tendrán que pasar todavía algunos días antes de que pueda volver a casa.

Si quieres hablar con ella, puedes llamarla a su casa el lunes o el martes.

Un abrazo,

ROBERTA

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 10 de abril

Querido Giuseppe:

Roberta me ha dicho que te ha escrito y que tú la has llamado, de modo que estás al corriente de lo que me ha pasado.

Recibí tu novela hace mucho tiempo, pero ahora no tengo ganas de leerla. Ni siquiera me apetece tocarla. Está encima de mi mesa, en su funda azul.

Si me escribes, no lo hagas para compadecerme. No tengo ganas de que me compadezcan. Es más, prefiero que durante un tiempo no me escribas en absoluto. Roberta dice que le has dicho que me llamarás. No lo hagas. No quiero oír tu voz. No quiero oír ninguna voz.

Un saludo,

LUCREZIA

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 25 de abril

Querido Giuseppe:

Me gustó que me llamaras el otro día. Ya no recuerdo qué me dijiste ni qué te respondí. Nada, o casi nada. Podría haberme ido con el teléfono a mi habitación, pero me quedé en la sala de estar, con Daniele y Cecilia. En cualquier caso, me gustó que me llamaras. Pensaba que no me gustaría, pero me gustó. No me compadeciste, y te lo agradezco.

Dijiste que habías pensado venir a verme a Italia, y que quizá lo hicieras, pero no enseguida. No sé por qué. De hecho, estoy segura de que tardarás en venir. Has plantado tus largos y delgados pies allí.

Todavía no he leído tu novela. No leo nada, ni siquiera los periódicos. Me levanto tarde y voy en bata todo el día. Ni siquiera salgo a hacer la compra. Ahora tengo a esa mujer de Cabo Verde de la que seguramente ya te he hablado. Me la ha procurado Egisto. Por las mañanas va a casa de tu hijo, a cuidar a la niña de esa chica. Y al mediodía viene a la mía a hacerme la compra y la comida. Es una mujer gruesa y negra, con un pañuelo en la cabeza. Se llama Zezé.

Un saludo,

LUCREZIA

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 5 de mayo

Mi hijo nació el viernes 25 de marzo, a las seis de la tarde. A los dos días murió. El domingo por la tarde murió.

El viernes por la mañana me fui sola a la clínica en el Volkswagen, con la maleta que tenía preparada desde hacía varios días. Serena se quedó en casa para esperar a los niños y prepararles la comida. I. estaba en París. Me había dicho que debía reunirse en París con ciertas personas para algo de unos cuadros, pero que volvería enseguida. El viernes por la mañana lo llamé a París, y no estaba en el hotel. Mientras iba en el Volkswagen lo maldecía. Estaba furiosa con él, pero tranquila con respecto a mí. Pensaba que había dado a luz muchas veces y que siempre había sido muy sencillo y muy rápido. Desde la clínica telefoneé a Roberta, más que nada para tener a alguien cerca de mí. Vino de inmediato.

Al mediodía me encontré muy mal. Comprendí que se trataba de un parto difícil. Aunque Roberta estaba preocupada, trataba de disimularlo. Yo maldecía. Después dejé de maldecir y llamé a mi madre. No me acordaba de que había muerto hacía muchos años. Me hubiera gustado que Piero estuviera conmigo. Siempre que yo había dado a luz él había estado, y me habría gustado que también esa vez estuviera. No sé si pronuncié su nombre. Ya no recuerdo qué dije y qué no dije. Me parecía que estaba a punto de morirme.

A mi alrededor había una gran confusión. Ya no veía a Roberta y tampoco

estaba en la habitación de antes. Después me pusieron unas inyecciones y ya no sentí nada.

Cuando me desperté, la primera cara que vi fue la de Piero. Alguien lo había llamado, no sé si Roberta o Serena, y había venido rápidamente. Me enseñaron al niño. Tenía el pelo largo y negro. Piero dijo que se parecía a Cecilia.

Después Piero se marchó y al cabo de un rato llegó I. Lo había llamado Roberta y había cogido un avión. Estaba pálido. Lo acompañaron a ver al niño. Le encantó. Se encontraba en una habitación al final del pasillo con otros nueve recién nacidos. I. dijo que era el más guapo de todos con una gran diferencia, que parecía un magistrado chino. Se parecía a su padre. Quería que se llamara Giovanni, como su padre. De pronto empezó a hablar de sus padres, algo que no hace nunca. Murieron hace muchos años. Tenían una farmacia en Ancona, la famosa farmacia Fegiz. En la habitación estaban también Roberta y Serena. Cuando I. salió un momento al pasillo, Serena le dijo en voz baja a Roberta que no lo aguantaba. Yo lo oí y le dije que si no lo aguantaba que se marchara, que fuera a mi casa a ver qué hacía Zezé. Era el primer día de Zezé y había que explicárselo todo.

Después volvió Piero y me trajo unas rosas. Él e I. se estrecharon la mano con mucha cordialidad. Roberta me dijo que había que ir al registro civil a inscribir al niño, y que Piero tenía que ir a declarar que el niño no era suyo, que de lo contrario el niño no se llamaría Giovanni Fegiz, sino Giovanni Mantelli. I. empezó a hablar otra vez de Giovanni Fegiz, su padre. Dijo que para ir al registro civil ya habría tiempo.

Supimos por una enfermera que habían sacado al bebé de la habitación en la que estaba con los otros nueve y lo habían puesto solo en otra habitación, porque no respiraba demasiado bien. Se lo podía ver a través de un cristal. I. fue a verlo y dijo que respiraba perfectamente. La enfermera me sacó leche con un sacaleches para dársela al niño con un cuentagotas. No debía cansarse. Estaba sano, pero se encontraba un poco débil.

A la mañana siguiente vino Serena y me dijo que el niño no estaba bien. Se lo

habían dicho los médicos. Le costaba respirar, tenía un defecto en el corazón. No sé por qué, pero a Serena siempre le produce cierto placer darme malas noticias. Sé que me quiere muchísimo, pero le gusta darme malas noticias. Se le iluminan los ojos con una luz extraña. Me entró una angustia enorme. Le dije que se marchara y llamara a Roberta, pero Roberta se había ido a su casa a dormir, Piero se había ido con los niños a Villa Borghese e I. había desaparecido. Una enfermera riñó a Serena por haberme contado cosas que no debía.

Después llegaron Roberta y Piero. Roberta me dijo que I. estaba en la sala de espera y que, en cuanto veía pasar a un médico, lo abordaba con miles de preguntas. En efecto, el niño no estaba bien: tenía un pequeño defecto en el corazón. Sin embargo, Roberta conocía a una persona, el hijo de una amiga suya, que tenía lo mismo y vivía perfectamente. Era grande y fuerte. Pasaban las horas y yo esperaba que me dijeran que el niño estaba mejor. En lugar de eso vino un médico y me dijo que había muy pocas esperanzas. I. seguía en aquella salita. De vez en cuando aparecía en mi habitación, se sentaba y volvía a levantarse enseguida. De pronto empezó a gritar que aquella era una clínica de mierda en la que nadie hablaba claro. Piero se lo llevó al bar de abajo a tomar un café. A las diez de la noche nos dijeron que el niño había muerto.

Estuve en aquella clínica muchos días más. I. me hacía compañía. Casi siempre estaba callado. No volvió a hablar del niño ni una sola vez. Me dijo que nunca se había dado cuenta de que deseaba tener un hijo, pero que, al ver al niño, había comprendido que para él era lo más importante del mundo. Me dijo que aquella noche, cuando se había ido con Piero a tomar un café, habían hablado mucho y lo había sentido muy cercano. Me dijo que Piero era una persona extraordinaria y que no entendía por qué lo había dejado. «Las mujeres sois realmente idiotas», dijo. Estas palabras me parecieron horrendas, tanto es así que le dije que se marchara y que no quería volver a verlo nunca más. Sin embargo, se quedó allí sentado atusándose el pelo hasta que vino la enfermera a traerme la pastilla como todas las noches y a decirle que debía irse porque ya eran más de las nueve.

Al día siguiente le dije algo que había estado pensando todos esos días. Le dije que había odiado tanto su forma de dejarme siempre sola y había odiado tanto a Ippo que todo ese odio había acabado en la sangre del niño y lo había intoxicado. También podía ser que, al haber pensado tanto en Ippo, se me hubiera metido dentro y hubiera contagiado al niño su enfermedad del corazón. Se levantó y se acercó a mi cama apretando los dientes. Me dijo que no podía perdonarme esas palabras, que cuando me conoció pensó que yo era fuerte y generosa, pero que no lo era, que tenía el alma completamente llena de miseria y veneno. Lo dijo con una voz baja y ronca, y después se puso la gabardina y se fue. Me pasé toda la noche llorando. Después, a la mañana siguiente, me telefoneó y volvió.

El niño está registrado y enterrado con el nombre de Giovanni Mantelli. Piero no impugnó la paternidad. Ahora a todos les da igual que se apellide de una forma o de otra.

He vuelto a casa. La que iba a ser la habitación del niño la he convertido en una habitación para invitados. Cecilia no ha querido dormir allí. Dice que algunas noches Vito tiene miedo y ella tiene que meterlo en su cama. Además vio al niño no solo a través del cristal, cuando estaba con los otros nueve, sino también la noche del domingo, cuando murió. Dice que no lo puede olvidar. Si durmiera en esa habitación no haría más que soñar con niños muertos. En esa habitación duerme Piero cuando viene a Roma. Antes se quedaba en un hotel, pero me parece una tontería que se quede en un hotel cuando aquí hay sitio. Viene a Roma con bastante frecuencia, porque ahora tiene negocios aquí. En la habitación he puesto una cama, la alfombra gris y la cómoda de las tortugas.

Paso los días sin hacer nada. Me quedo tumbada en el sofá, miro por la ventana. No tengo ganas de nada y a veces tengo miedo de que me suceda lo mismo que a mi madre.

Todos me dicen: «Anímate. Ya tienes muchos hijos». Sí, pero también quería tener a ese.

Roberta viene a verme todos los días. Arregla un poco la casa y no pierde de

vista a Zezé. Egisto viene con frecuencia. Serena, en cambio, viene muy pocas veces, porque tiene que ensayar en el teatro. Representará *Mirra* de Alfieri en un pequeño teatro que han construido hace poco. Representar *Mirra* era el sueño de su vida. Se acuesta con ese director que se llama Umberto. Está muy contenta con todo.

Un saludo,

LUCREZIA

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 27 de abril

Querida Lucrezia:

Me has dicho y repetido varias veces que no quieres que te compadezca. Así que solo te diré que me acuerdo de ti con mucho cariño. Iré pronto a Italia. Pero no enseguida. Además de dar clases, tengo muchas cosas que hacer, como ir a ver a mi traductor y pedirle que me recomiende alguna agencia. Pero antes o después iré, ya lo verás.

Me acuerdo mucho de ti. Hablo mucho de ti con Chantal. Le he hablado mucho también de ti a Danny, que ha venido a Princeton varias veces a ver a su niña. No hablo nunca de ti con Anne Marie, porque cuando empecé a hacerlo me dijo que a ella le interesa muy poco la gente que no conoce.

Chantal ha encontrado trabajo en una agencia de viajes. Ha metido a la niña en una guardería y va a recogerla a las cinco. Pero a veces, cuando no tengo clase, voy yo. La llevo al parque y Chantal viene a reunirse con nosotros. Pasamos unas horas muy tranquilas en esos parques, donde hay grandes árboles, ardillas y pájaros. Después volvemos a casa y preparamos la cena. Cuando llega Anne Marie ya está todo preparado, pero siempre encuentra algo que criticar. Y casi de inmediato empiezan a pelearse las dos, Anne Marie y Chantal. Siempre por motivos insignificantes, por una taza sucia que Chantal ha dejado encima de la mesa de la entrada, por una manzana mordisqueada que ha olvidado encima de un sillón, por una camisa que ha utilizado para secar el suelo. Es bastante desordenada y muy distraída. Anne Marie se pone furiosa y madre e hija

intercambian frases airadas en voz baja. Trato de poner paz, pero entonces Anne Marie se enfada conmigo, y nuestras cenas transcurren a menudo en silencio. A la niña la acuestan, aunque se baja continuamente de la cama y viene a la cocina. Anne Marie no dice nada, pero mueve de sitio el tenedor y el vaso, y el cuello se le llena de manchas rojas. Después de cenar suelen venir Schultz y Kramer. Entonces Anne Marie se tranquiliza y se sienta a conversar con ellos en la sala de estar. Mientras tanto, Chantal y yo recogemos la cocina y volvemos a llevar a la cama a la niña, que, indefectiblemente, se levanta otra vez. Al final, cuando se ha dormido, nos sentamos también en la sala de estar, con una copa de whisky, pero Chantal se aburre y bosteza, como yo, hasta que al final Schultz y Kramer se van y Anne Marie nos riñe por haberlos recibido con tan poca calidez, llegará un día en que no vuelvan a venir nunca más. Si algún día quieres leer mi novela, me gustará, pero no tengas prisa, hay mucho tiempo por delante. La última vez que Danny estuvo aquí, hace muy pocos días, me dijo que su amigo ya ha traducido sesenta páginas y se las ha dado a leer. Tiene mucha curiosidad e impaciencia por saber cómo continúa. La próxima vez que venga quizá traiga a su amigo, que está deseando conocerme y preguntarme por ciertos puntos de la novela que no ha entendido. Danny no quiere ver a Chantal cuando viene, así que le llevo la niña a la pensión, que es un sitio bastante desangelado, porque Danny no tiene mucho dinero y además se ha quedado sin trabajo hace poco. Le dejo la niña y después vuelvo a recogerla. Más tarde, por la noche, quedamos y conversamos durante horas. A Anne Marie le hace muy poca gracia; no dice nada, pero estira hacia abajo los labios y emite un pequeño soplido de fastidio. Aunque seguramente a Chantal tampoco le hace gracia, se encoge de hombros, suelta una de sus carcajadas agudas y dice que cada uno es libre de pasar el tiempo con quien le parezca. La última vez, Danny me pidió prestado dinero y se lo di, pero no se lo dije ni a Anne Marie ni a Chantal.

Danny y Chantal están en trámites de divorcio. Según Danny, Chantal no soportará durante mucho tiempo la convivencia con su madre, de hecho ya está pensando en irse a vivir sola, quizá a Nueva York. Le he preguntado a Chantal si

era verdad, y me ha contestado que no, que por ahora se quedará con nosotros. Si se fuera, yo la echaría mucho de menos. Con la niña y Chantal la casa está mucho más alegre, y yo con Chantal hablo mucho y muy a gusto, y cuando ella está en su trabajo y yo en la escuela se me ocurren un montón de cosas que quiero decirle y que de hecho le digo en cuanto estamos de nuevo juntos. Chantal es una chica muy dulce. Algunas veces es despiadada, porque su madre siempre ha sido demasiado severa con ella. Anne Marie no tiene un temperamento maternal. Se lo he dicho y me ha dado la razón. Madre e hija no se soportan. En realidad, Anne Marie tampoco soporta a la niña. Dice que se siente demasiado mayor para tener a una niña en casa.

Dame noticias tuyas,

GIUSEPPE

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 20 de mayo

He estado diez días con I. en Vallombrosa. Hemos vuelto hace cuatro días. Roberta y Piero me dijeron que necesitaba cambiar de aires e I. me acompañó. Al principio no quería, porque decía que tenía muchos compromisos en Roma. Pero después, de pronto, decidió venir y él mismo se encargó de reservar el hotel. Un buen hotel. Dijo que tenía mucho dinero en ese momento y que yo necesitaba todo tipo de comodidades, igual que él.

Fuimos en el Renault verde oliva, en el que hacía un montón de tiempo que no me montaba. Roberta se quedó en mi casa para organizarla.

Metí tu novela en la maleta. Finalmente la he leído y me ha gustado.

Con I. me ha sucedido en Vallombrosa lo mismo que contigo en Viterbo. Nos hemos dicho adiós y hemos roto. Con la diferencia de que en Viterbo fui yo la que dijo que debíamos romper, y en Vallombrosa ha sido I. quien lo ha hecho. Y con otra diferencia más: que en Viterbo tú y yo estábamos muy tristes, pero en el fondo tranquilos, y ninguno de los dos pensaba que no nos volveríamos a ver. En Vallombrosa, en cambio, los dos hemos pensado que nos estábamos haciendo demasiado daño, yo a él y él a mí, y que no debíamos volver a vernos nunca más, por nada del mundo. Quizá a él no le haya parecido terrible, pero a mí sí, porque creo que lo sigo amando.

Egisto dice que cuando I. está con Ippo, ella es la única que habla y él se queda callado. Pero yo creo que su silencio con Ippo es hermoso. En los últimos

tiempos, conmigo estaba callado y era un silencio feo. Yo tampoco hablaba. Los dos nos sentíamos hartos y cansados, viejos de repente. Él miraba al vacío y se atusaba el pelo, su cepillo gris. Yo también me atusaba el pelo y me lo recogía en lo alto de la cabeza.

En Vallombrosa no paraba de llover. Yo leía tu novela, e I. unos libros que se había llevado. Cuando la acabé, quise que se la leyera, pero me dijo que era incapaz de leer novelas contemporáneas. Estaba leyendo las tragedias de Esquilo. Cuando dejaba de llover, paseábamos por el bosque. Yo recordaba los paseos que dábamos cuando nos conocimos. Los largos pasos. Los largos silencios, maravillosos, llenos de palabras secretas. Las carcajadas repentinas e insulsas. Las frases cortas e incongruentes. Los pensamientos divergentes y convergentes. El pelo encima de los ojos. Aquella continua sensación de victoriosa complicidad. Ahora caminábamos separados, él delante y yo detrás. De vez en cuando se paraba a esperarme y soltaba un suspiro. Después echaba otra vez a andar sin volverse, con una mano en el bolsillo y la otra detrás de la espalda. Acuérdate de que él siempre lleva una mano detrás de la espalda. Yo lo seguía y me preguntaba a cada momento qué estaría pasando en mi casa, si se acordarían de sacar a Jolí, si Cecilia estaría de mal humor y si Vito tendría alguna rabieta. Estaba deseando volver y al mismo tiempo no me apetecía nada. Regresábamos al hotel y me cambiaba de zapatos. En la habitación había unos cuadros muy oscuros, con frutas y faisanes muertos. Después bajábamos a cenar al comedor, que estaba en un sótano. Yo me sentaba mirando a la gente de las demás mesas y él a la pared. En cierto momento de la cena desaparecía, y yo sabía que estaba en la cabina de teléfono. Volvía y me dirigía una sonrisa torcida, alzando solo una comisura.

Me dijo que debíamos romper. Entonces recuperamos de pronto cierta intimidad y complicidad. Pero era una complicidad pesada como una piedra y solo nos servía para darnos cuenta de que no había ninguna salida. Así pasamos los últimos días.

Llegó al hotel una pareja de franceses que él conocía y se puso muy contento

de verlos. Conocían a Ippo, la nombraron. Una vez él salió a dar un paseo con ellos, se tropezó y se torció un tobillo. Yo me había quedado en el hotel. El tobillo se lo vendaron los franceses. No podía conducir, de modo que a la vuelta llevé yo el Renault.

Ahora estoy en casa. Me he encontrado a los niños con sarampión. Le he pedido a Roberta que se quede algunos días más. Duerme en la habitación pequeña. El sábado se irá porque viene Piero. Me cansa estar con personas, pero me cansa todavía más estar sola. Los niños me pesan. Me han preguntado por qué I. ya no viene a comer. Les he contestado que no viene porque le duele el pie.

Egisto y Serena vienen a verme. Vienen por compasión, porque yo no les divierto; no hablo y a veces los trato mal. No le he contado a nadie que I. me ha dejado, pero creo que todos se lo imaginan.

Tenía un amante y me ha dejado. Me siento fea y vieja. Se me cae el pelo, me han salido arrugas y ya no tengo la cara pálida, sino amarilla. Mi «maravillosa palidez» ha desaparecido.

A veces, cuando pienso que no volveré a verte nunca más, me alegro, porque no quiero que me veas así. Sin embargo, al mismo tiempo me parece que eres la única persona en el mundo con quien tal vez podría estar sin demasiado esfuerzo.

Tu novela me ha gustado, como te he dicho. Me parece que está bien escrita. Aunque no la he leído bien, porque mientras la leía pensaba en mí misma. No me he saltado nada, ni siquiera las descripciones, pero debo confesarte que la leía solo con los ojos, porque tenía la cabeza en otra parte. Hay demasiadas descripciones, y yo no soporto las descripciones en las novelas. Creo que a veces te enrollas demasiado sin decir nada sustancioso. El protagonista siente el sabor de una cosa, el olor de otra, va de aquí para allá, pero no conoce a nadie y no le sucede nada hasta el final, cuando se monta todo ese lío, pero a esas alturas ya se ha acabado y te quedas con una gran confusión en la cabeza. Llega demasiado

tarde todo ese lío. No obstante, en estos momentos no me siento capaz de juzgar, y creo que aunque fueras Thomas Mann, no me daría cuenta.

Un saludo,

LUCREZIA

De Giuseppe a Albina

Princeton, 30 de mayo

Querida Albina:

He sabido por Roberta que te has casado y quería felicitarte y decirte que me alegro mucho. Roberta me llama a menudo y me da noticias de todos vosotros, de Lucrezia, de Egisto, de Serena y de ti, así que os sigo a todos desde lejos. Espero que seas feliz. Pienso que eres una persona nacida para tener una casa e hijos, aunque tengas ese aspecto de chico y aunque, como siempre repetías, seas de cama difícil.

No te he escrito desde que me fui de Italia, pero tú tampoco me has escrito, aunque nos lo prometimos el uno al otro. Pero me acuerdo siempre de ti, te veo sentada a la mesa delante de mí en el restaurante Mariuccia, cuando cenábamos juntos, y también en Monte Fermo cuando tocabas la flauta, veo tus manos largas y delgadas, de lagartija, decía Lucrezia, tus ojos marrones y tus ricitos cayéndote sobre la frente. No sé cómo es tu marido, si es joven o viejo, Roberta no lo sabía y, además, en las llamadas internacionales se va enseguida el dinero y se dicen muy pocas cosas. Como sabes, yo también me casé hace un año con la viuda de mi hermano, y doy clases de literatura italiana en un colegio. He escrito una novela, que he enviado a Lucrezia, pero ella está atravesando un mal momento y la ha leído un poco distraída, dice que no se siente capaz de juzgarla. Yo la entiendo y no me ofendo. Ve a visitarla si alguna vez vas a Roma, creo que tiene necesidad de ver a amigos, sobre todo amigos antiguos y fieles que la ayuden a recuperar su aspecto de antaño. Ha destruido su matrimonio, ha tenido

un niño que ha muerto al poco de nacer, está sola y yo leo sus cartas y me gustaría estar allí con ella, pero no puedo ir enseguida por varias razones. La hija de mi mujer dejó a su marido hace unos meses y vive con nosotros con su niña, de modo que tenemos un poco de desbarajuste en casa. Mi presencia aquí es beneficiosa, porque mi mujer tiene una relación bastante difícil con su hija y así no se pelean entre ellas. Además, yo soy quien se encarga de la niña y la saca de paseo. Si yo no estuviera, ni mi mujer ni mi hijastra tendrían la paciencia de ocuparse de ella. La niña, que ahora tiene dos años, se llama Maggie y es una criatura encantadora.

Un abrazo,

GIUSEPPE

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 5 de junio

Zeze es negra, barrigona, ancha de caderas, delgada de hombros y de piernas, y con unos pies huesudos, anchos y planos. Es casi tan alta como yo y dice que de todas las señoras que ha tenido yo soy la más alta. Llega a mediodía con las bolsas de la compra. Cuando llueve se pone una gabardina que imita la piel de tigre. Para hacer las tareas de la casa se lía un pañuelo a la cabeza a modo de turbante. Nació en Cabo Verde, pero creció en Torpignattara, en casa de una tía suya.

No le gustan las mujeres altas. Ella es alta, pero muy proporcionada, y tiene la suerte de tener las piernas delgadas. No como yo, que por desgracia las tengo gordas. Yo tengo el pecho pequeño, y ella, grande. Si una mujer es alta debe tener el pecho grande, porque de lo contrario parece un tronco de árbol con dos protuberancias. Le parece que me peino mal. Dice que, al peinarme así, con todo el pelo recogido en lo alto de la cabeza, se me ve demasiado la cara delgada, ojerosa y con arrugas. Ella tiene la cara gorda y no necesita cubrísela con el pelo. Su pelo es rizado, crespo y abultado, lo lleva muy corto y le basta con aireárselo un poco sobre la frente para que le quede bien. Tiene la suerte de que sea completamente negro. Yo, en cambio, tengo muchas canas y nunca encuentro el momento de teñírmelas.

Por el momento soy su única señora. Antes de venir a mi casa va a piazza San Cosimato. Está una hora en casa de Egisto, donde no tiene nada que hacer,

porque Egisto es limpio y ordenado, y dos horas en el piso de abajo, en casa de Alberico, donde se encuentra con un auténtico follón. No hay señoras en la casa de Egisto ni en la de Alberico. En casa de Alberico está Nadia, pero no es en absoluto una señora. Es rica de familia, pero es una puta. Y además no da órdenes y todo le importa un bledo. Las órdenes las da Alberico. Después de estar en mi casa va a planchar a casa de un arquitecto, donde tampoco hay señoras. A ella le gusta trabajar en las casas que hay al menos una señora.

Viene a mi casa a mediodía y se marcha a las cuatro y media. A las cuatro debería ir a buscar a Vito a la guardería, pero nunca le apetece ir. Vito es demasiado vivaz y ella no tiene ganas de correr detrás de él por la calle. No le gusta pasear niños. Sin embargo, a Giorgina, la niña de Alberico, a veces se la lleva a hacer la compra para apartarla un poco de todo ese follón. Es una niña muy inteligente, mucho más inteligente que Vito, que es tres años mayor que ella. Es un amor de niña, un día me la traerá. Alberico quiere mucho a esa niña. Pero él no es su padre, al padre de verdad no lo conoce nadie. Alberico le ha dado su apellido porque se compadece de ella. La niña también quiere mucho a Alberico, le llama Tico. Si Tico sale de casa, se pone a llorar. Solo quiere comer con él. Pero esa niña nunca tiene ganas de comer. Además le dan cosas que no deben, como tallarines con ragú por la mañana temprano, o mejillones en escabeche. Nunca le dan una taza de leche. Una vez, Zezé intentó darle una taza de leche con pan, pero no está acostumbrada y quiso que le diera tallarines. Pero después no le apeteían y los pegó a la pared uno por uno. Con su madre no quiere comer. Por otra parte, a la madre le importa un bledo su hija y todo lo demás. Es una putita. Suele pasar las noches fuera y, cuando llega por la mañana, muerta de sueño, se echa a dormir y nadie consigue que reaccione durante bastante tiempo. Cuando Zezé está a punto de irse, la putita suele despertarse y pedir café. Salvatore le grita que se levante a hacérselo ella misma. «Maricón», le grita ella, y él, que está harto, va a arrancarla de la cama y se pegan. Salvatore da miedo cuando se enfada. Una vez por poco la estrangula, Alberico se la arrebató de las manos a tiempo. En esa casa son todos maricas, así

que se entiende que ella pase las noches fuera, con hombres que no son maricas, pero Zezé piensa que les cobra mucho dinero y lo esconde en alguna parte, y que cuando ella y Salvatore se pelean el verdadero motivo es el dinero, que ella no quiere sacar, porque Zezé está segura de que allí se drogan todos, ha visto jeringuillas. También Salvatore pasa a veces la noche fuera, y en casa, con la niña, solo se queda Alberico. Es un follón de casa, siempre entrando y saliendo chicos, todos ellos maricas: Adelmo, Luciano, Gianni. Zezé los conoce a todos. Son amables con ella y simpáticos con la niña, no son mala gente. Salvatore tampoco lo es, pero tiene muy mal carácter. Discute con todos y, cuando discute, se pone hecho una fiera. Discute incluso con Alberico, si bien nunca llegan a las manos, Zezé jamás ha visto que se pegaran. Nada más llegar, Zezé debe ponerse a lavar los platos. Siempre hay un montón, a menos que hayan encargado la comida en el restaurante. En ese caso, basta con meter los platos sucios en una cesta y devolverlos. Zezé les ha sugerido que utilicen platos de papel cuando se cocinen ellos mismos, pero Alberico no quiere saber nada de platos de papel, le deprimen. Antes los platos los lavaba Salvatore, pero ahora se ha hartado porque siempre hay muchos invitados: Adelmo, Luca, Gianni y Giuliano se quedan muy a menudo a comer. Alberico es quien decide si encargan la comida en el restaurante o si la hacen en casa. Él es quien manda y, además, es el que tiene dinero. Él es quien ha decidido que Zezé vaya todos los días y quien le paga al final de la semana. Es muy rico y lo será todavía más, porque dentro de unos días estrenarán su película. Siempre está escribiendo a máquina en la cocina, medio desnudo, con unos calzoncillos rojos, tapones en los oídos y, a veces, con la niña sentada en las rodillas. De vez en cuando organizan cenas de quince personas, y entonces llaman a Zezé para que cocine. Zezé les prepara grandes barreños de pasta y de ensalada mixta, de lechuga, pepinos y pimientos, pero nunca carne, porque no la compran. Según Alberico, es un cadáver. Zezé les ha dicho que las sardinas, los mejillones y las sepias que comen tan a menudo también son cadáveres. Sin embargo, a Alberico le parece que sobre todo la carne le da la sensación de cadáver, porque cuando la compra y la come piensa

en el pelo y en la sangre, pero no con el pescado, porque los peces no tienen pelo y su sangre es diferente, más fría y más clara. En esas cenas participa también Egisto, e I. Zezé le llamaba el doctor cuando lo veía por aquí, pero ahora lo llama Fegisse, el doctor Fegisse, y él, el doctor Fegisse, normalmente asiste acompañado de la flaca con la nariz. Es una mujer que no come nada. Solo toma un poco de apio y una taza de agua caliente. Una vez pidió una zanahoria, pero no tenían en casa. Se llama Ippo. A pesar de que es feúcha, Fegisse la prefiere a mí, porque viste bien y tiene un pelo precioso, abultado, crespo, rizado, a lo Angela Davis, y además es bastante bajita, y las mujeres bajitas siempre tienen mucha suerte. A las cuatro y media, Zezé se quita el pañuelo de la cabeza y deja al descubierto su pelo negro, crespo y abultado, a lo Angela Davis, todavía más bonito que el de Ippo, porque es negro. Se marcha a casa del arquitecto. Ha ahorrado bastante dinero y pronto se comprará un apartamento. Lo quiere en la vieja Roma. La zona en la que yo vivo también forma parte de la vieja Roma, pero ella prefiere la zona del Panteón.

Un saludo,

LUCREZIA

De Giuseppe a Alberico

Princeton, 25 de junio

Querido Alberico:

Me ha llamado Roberta y me ha dicho que dentro de unos días estrenan tu película. Te doy mi enhorabuena y espero que sea un éxito.

También sé de ti por otras personas. Sé que estás muy ocupado y que siempre tienes la casa llena de gente. Sé que coméis a menudo sepias y mejillones en escabeche. Sé que escribes a máquina medio desnudo, con unos calzoncillos rojos, tapones en los oídos y la niña sentada en las rodillas. Me tranquiliza esa imagen tuya. Me alegro mucho de que trabajes. Tú utilizas la máquina de escribir y yo, en cambio, escribo a mano, como muy bien sabes. He escrito una novela que se titula *El nudo*. Me gustaría que la leyeras. Se la he mandado a Lucrezia y quizá pueda pedirle que te la pase. No sé si te apetecerá. La han rechazado ya en dos agencias literarias. Pero no he renunciado a la idea de publicarla. Un amigo mío, un tal Danny, piensa enviarla a una tercera agencia.

El tal Danny es el ex marido de Chantal. Chantal es la hija de mi mujer, mi hijastra. Qué extraña palabra, hijastra, la verdad es que no consigo asociarla a la figura de Chantal ni a mi relación con ella.

Como nos escribimos y nos llamamos tan poco, me parece que cada vez tengo que explicarte quiénes son las personas de las que te hablo. Además, tú tienes muy mala memoria, o al menos tienes mala memoria para las cosas que te cuento de mí.

Tú y yo vivimos de una forma muy diferente. Tú estás rodeado de gente, hasta

el punto de que en casa tienes que ponerte tapones en los oídos. Comes siempre con mucha gente y organizas cenas. Yo no veo nunca a nadie, salvo a mis estudiantes y a Danny, cuando viene a Princeton para ver a su hija, a nuestra vecina la señora Mortimer y, por las noches, a Schultz y a Kramer, que eran amigos de mi hermano. No veo a nadie más. Anne Marie, Chantal y yo estamos muy solos. A veces temo que Chantal se aburra y la animo a salir. En las últimas semanas ha conocido a un grupo de estudiantes y sale con ellos por las noches. A mí me parece bien que lo haga. Yo me encargo de bañar a la niña, de darle la cena y de acostarla. Anne Marie no tiene paciencia con los niños. Yo de joven tampoco la tenía, pero al envejecer he cambiado.

Sé por Roberta que sigues yendo a psicoanalizarte con el doctor Lanzara, y me alegro. Te diré que me alegro sobre todo porque Lanzara vive en mi casa. Esa sigue siendo mi casa y lo será siempre. Uno puede vender o ceder las casas a otras personas, pero sigue conservándolas para siempre en su interior. Me tranquiliza que pases algunas horas del día entre esas cuatro paredes. Si he de decirte la verdad, no creo demasiado en el psicoanálisis. Cuando pasaba momentos difíciles sentía la tentación de ir a un psicoanalista, pero poco después cambiaba de idea. Puede ser que a ti en cambio te ayude muchísimo conversar con Lanzara. Saluda de mi parte a los dos, al marido y la mujer, y saluda también a las paredes de mi casa.

También tengo otras noticias sobre ti menos tranquilizadoras. No las he oído por Roberta, sino por otras vías, y espero que no sean ciertas. Roberta dice que no lo son. Dice que tú tienes una naturaleza sana en su fundamento y un profundo equilibrio interior. Quiero creer que es así.

Quizá viaje a Italia el próximo otoño. Iré con Anne Marie y con Chantal. Así conocerás a las personas que amo y con las que paso la vida. Pensaba que vendrías a verme a Estados Unidos, pero ya veo que tienes muchas cosas que hacer en Italia.

Un abrazo,

TU PADRE

De Alberico a Giuseppe

Roma, 4 de julio

Estimado padre:

El estreno de mi película fue ayer por la noche. Yo no fui. Me han dicho que a la gente le gustó. A mí no me gusta en absoluto. Me he divertido haciéndola, pero no me gusta. Aunque, si le gusta a los demás, tanto mejor.

Una mujer que viene a servir a mi casa me ha traído tu novela. Llamé a esa amiga tuya, Lucrezia, para que me la hiciera llegar. La mujer que viene a mi casa también va a la suya. Esta mañana me la ha dejado encima de la mesa, la leeré.

Las noticias que te dan de mí son casi siempre falsas. No acostumbro a ponerme tapones en los oídos y mis calzoncillos no son rojos, sino negros.

Un abrazo,

ALBERICO

Acabo de darme cuenta de que la última frase de esta carta puede prestarse a una interpretación errónea. En realidad, el color de mis calzoncillos no tiene ningún significado especial. No me gusta el negro. Los calzoncillos me los compro negros para no tener que lavarlos tan a menudo.

De Roberta a Giuseppe

Roma, 4 de julio

Querido Giuseppe:

Ayer por la noche estrenaron la película de Alberico, *Desviación*. La pusieron en una sala privada, en el lungotevere Flaminio. Tuvo mucho éxito. Había mucha gente. Alberico no estaba. Lo había llamado antes y me había dicho que no iría porque le dolía la cabeza. Estaban Nadia, Salvatore, Adelmo y todos esos amigos suyos con los que me encuentro cuando voy a visitarlo. Nadia se había plantado en la cabeza un sombrero redondo de paja negra.

La película es bonita. Está bien rodada. Todo transcurre en una casa de campo rehabilitada. Las habitaciones son grandes y están medio vacías, con cortinas blancas que revolotean y el suelo de terracota. Siempre hay una intensa luz blanca. No te cuento el argumento, porque no lo he entendido del todo, el sonido era defectuoso y yo estaba sentada en una de las últimas filas. En la casa hay un chico, una chica y un viejo. Después llegan unos huéspedes. En algún lugar hay droga escondida, pero nadie sabe dónde. Es una película que produce angustia porque siempre hay esa luz blanca, y también porque poco a poco mueren todos. Pero lo que produce más angustia es esa luz, las paredes blancas, el suelo de terracota y las cortinas que revolotean. Alberico me dijo que costó poquísimo, porque la casa de campo donde la rodaron es del padre de Adelmo, que se la dejó por muy poco dinero. Los actores eran gente de la calle.

Yo estaba con Lucrezia y con los Lanzara. Sin embargo, Lucrezia se marchó a la mitad de la segunda parte. Dijo que no soportaba esa clase de películas. Estaba

aburridísima y tenía sueño. Pero en realidad se marchó porque al entrar vimos a Ignazio Fegiz con esa amiga suya, Ippo. Estaban sentados en primera fila, junto a Salvatore. Como te he dicho, Lucrezia e Ignazio Fegiz han roto.

Lucrezia no se encuentra bien. Está muy deteriorada y sigue muy pálida. No se ha recuperado del parto ni de la pérdida del niño, y además su I. la ha dejado. Seguramente pensará que ha tirado por la borda su matrimonio para nada, para unirse a una persona que tenía otros vínculos sin duda más fuertes. Yo voy a menudo a su casa, pero no sé hasta qué punto le gusta verme. Siempre dice que ella se encuentra muy bien sola. Y cuando has cruzado la ciudad para verla y hacerle un poco de compañía, te sienta un poco mal. Dice que Roma es una ciudad odiosa en la que vive gente odiosa. Desearía vivir en otra ciudad, no sabe cuál. Pero al mismo tiempo dice que necesita comprar una casa en Roma. La casa en la que vive ahora deberá dejarla dentro de unos meses. Cuando le digo que tal vez le vendría bien psicoanalizarse, se enfada. No cree en el psicoanálisis. No le gustan los psicoanalistas. No le gusta Lanzara. La idea de encontrárselo delante con la calva y tener que hablarle de sí misma le parece absurda. Le digo que podría ir a otro. Pero ese otro tiene otras particularidades insoportables. Y, además, los psicoanalistas cuestan dinero y ella tiene poco. Intento explicarle que no es tan poco. Tiene mucha confianza conmigo y sé cuánto tiene. No tan poco. No obstante, cuando a alguien se le mete en la cabeza que tiene poco dinero es difícil convencerle de lo contrario. Cuando te fuiste a Estados Unidos también a ti se te había metido en la cabeza que no sabías cómo saldrías adelante aquí. Acuérdate de que yo trataba de explicarte que tenías dinero y que te las podrías arreglar muy bien. Te fuiste. Si hiciste bien o mal en trasladarte a Estados Unidos, no lo sé. Quizá hiciste bien, dado que te has casado y estás tranquilo.

Hace unas noches fue el estreno de *Mirra* en un teatro muy pequeño e incómodo que queda muy a trasmano, en la via Olimpica. Actuaba Serena. Ya sabes que siempre ha sido el sueño de su vida representar *Mirra*. Fui con Lucrezia. Vimos al padre de Serena, que había venido desde Génova y estaba

sentado en primera fila con sus grandes bigotes blancos. Estaba Albina, que había venido a propósito de Luco dei Marsi, y también Egisto. Era una *Mirra* vestida con ropa moderna. Serena llevaba unos pantalones negros y un jersey. El escenario se encontraba vacío, solo había una escalerilla de hierro. No se puede decir que fuera un éxito. La gente aplaudió sin ganas, y al día siguiente los periódicos la pusieron fatal. Lucrezia me ha dicho que, pese a todo, Serena está muy feliz. También la noche del estreno parecía feliz, cuando fuimos a saludarla al camerino y no se había dado cuenta de que los aplausos habían sido muy flojos. Se iba a cenar con el director y con los demás actores a una pizzería que hay cerca del teatro y nos preguntó si queríamos ir con ellos, pero se le notaba mucho que prefería que no fuéramos. Su padre estaba cansado, cogió un taxi y se fue al hotel. Nosotros, Lucrezia, Albina, Egisto y yo, nos fuimos a una pizzería un poco más alejada, pero después vimos llegar a Serena con su grupo, quizá porque la otra pizzería estaba cerrada. Serena nos saludó con muchos aspavientos, pero no se acercó; se sentó con su grupo a una mesa del fondo. Egisto dijo que era una maleducada, que debería habernos pedido que nos sentáramos a su mesa, pero Albina dijo que la entendía, que estaba en un nuevo ambiente y no tendría ganas de ver nuestras viejas caras. Así que tratamos de conversar entre nosotros y de no mirar hacia aquella mesa. Egisto y Albina se pusieron a hablar del Centro de la Mujer de Pianura, de cuando Serena interpretó a Gemma Donati, pero, de pronto, Lucrezia dijo que estaba cansada y que tenía sueño. Se levantó y se fue, caminando muy tiesa por entre las mesas, sin volverse. Pensamos que se había ofendido con Serena, que también debió de pensarlo, porque vi que miraba hacia la puerta. Lucrezia me dijo después que a ella le resbalan las groserías de Serena, pero que de pronto le entró una gran tristeza al recordar Pianura, el Centro de la Mujer, Monte Fermo, aquellos lugares, aquella gente, aquellos años. Albina se fue a dormir a casa de Egisto, porque en su estudio ahora vive Serena, quizá con ese director que se llama Umberto y con el que es muy feliz.

Como sabes, Albina se ha casado, pero lleva la misma vida que antes, solo

que ahora debe cocinar también para su marido y planchar las camisas de él, además de las de su hermano y su padre.

La película de Alberico ha tenido muy buenas críticas. Te mandaré los recortes de prensa. Lo he llamado para felicitarlo, pero me ha dicho que eran todo idioteces. Ya está trabajando en otra película.

Un abrazo,

ROBERTA

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 10 de julio

Fui a ver la película de tu hijo. Me pareció pésima. Pero fui la única a la que le ha parecido malísima. Todos la elogiaron.

I. estaba con Ippo. Por fin la vi. Vi sus famosos cabellos.

También fui a ver *Mirra*. No sé si te he dicho que Serena por fin pudo decir «Ahora muero impía» en un teatro. Algo que ahora dice todas las noches. Está con un hombre y es muy feliz. Me llama muy raras veces.

Vi a Albina. Vino a Roma para ver *Mirra*. Llegó sola, en su furgoneta. Se sacó el carnet de conducir y se compró una furgoneta de segunda mano. La utiliza para recorrer los pueblos en busca de madera. Su marido tiene una fábrica de muebles. A primera vista sigue siendo la misma, con esas patas secas de lagartija y el bolsito siempre abierto del que asoman unos kleenex y unas galletas. Pero por dentro ha cambiado. Es como si se hubiera vuelto seca también en su interior, seria, endurecida. Ella y yo ya no tenemos nada que decirnos. Le pregunté si seguía siendo de cama difícil. No le hizo ninguna gracia y se puso muy seria. Dijo que no y cambió enseguida de tema. Yo creo que debe de ser difícilísima.

Un saludo,

LUCREZIA

De Egisto a Giuseppe

Roma, 20 de julio

Querido Giuseppe:

Roberta me ha dicho que iba a llamarte por teléfono, pero no sé si lo habrá hecho. Ha ocurrido una desgracia: Nadia ha muerto.

Fue hace cinco días. Nadia, Salvatore y Adelmo fueron al cine y Alberico se quedó en casa con dos amigos suyos de esos que van a verlo siempre, Giuliano y Gianni. Sobre medianoche lo telefoneó Adelmo. Llamaba desde el Policlínico. Nadia estaba en urgencias y se estaba muriendo.

Lo que sabemos es a través de Adelmo. Pero él lo recuerda todo muy confuso. Acababan de salir del cine. Se habían comprado un helado en el quiosco y caminaban hacia la piazza Tuscolo, donde habían aparcado el coche. De pronto aparecieron dos tipos en una Vespa. Según Adelmo, eran dos chicos que tendrían unos diecisiete o dieciocho años. Se acercaron a Salvatore y le dijeron que querían hablar con él. Después, de un Fiat Cinquecento que había parado en una esquina se bajaron otros cuatro chicos. Uno de ellos tenía una larga coleta rubia. Se abalanzaron todos a la vez sobre Salvatore y le dieron una paliza. Nadia se metió en medio y empezó a gritarles que lo dejaran en paz. Salvatore tenía el jersey roto y le sangraba una mano. Nadia se puso delante de él. Alguien disparó. Adelmo cree que fue el de la coleta, pero no está seguro. Querían disparar a Salvatore, pero le dieron a Nadia. Llegó gente. Alguien llamó a la policía. Adelmo no volvió a ver ni a Salvatore ni a los de la Vespa ni a los otros.

Cree que volvió a ver al de la coleta por un instante. Nadia estaba tirada en el suelo. Llegó una ambulancia e inmediatamente después dos coches de policía.

Alberico me llamó. Cogimos mi coche y fuimos a urgencias del Policlínico. Gianni se quedó en casa con la niña.

Nadia ya había muerto. En el suelo, en un rincón, estaba su ropa, los vaqueros, la camiseta y el jersey manchado de sangre. En la camiseta ponía Pepsicola, justo donde estaba el agujero de la bala. En sus camisetas siempre ponía algo.

Alberico quiso recoger aquella ropa. Pero una monja le dijo que no debía tocarla, porque era para la policía, que fuera a casa y llevara otra. Le preguntó si era el hermano, el marido o el compañero de Nadia. «El compañero», respondió él.

Me encargué yo de ir a por ropa a la casa. Gianni me ayudó a buscar algo que pudiera servir. Sin embargo, no había mucho donde elegir, solo harapos. Al final encontré una blusa y una falda larga.

La policía interrogó a Alberico. También interrogó a Adelmo durante mucho tiempo y luego lo detuvo. Pero el guardacoche dijo que Adelmo no estaba entre los que le habían dado la paliza a Salvatore. Lo soltaron ayer.

La policía ha venido esta mañana a inspeccionar el apartamento. Lo han puesto todo patas arriba y no han encontrado nada. Después, Alberico, Zezé, la mujer que viene a hacer las tareas de la casa, y yo, hemos tenido que volver a ordenarlo.

Estos días he estado mucho con Alberico. Le he preguntado si sabía quiénes eran los de la Vespa y los del Fiat Cinquecento. Me ha dicho que no sabía nada, y yo le creo. Salvatore era muy cerrado y nunca hablaba de sí mismo. A veces pasaba la noche fuera o desaparecía durante semanas y nadie sabía de él. Cuando volvía no decía dónde había estado, pero llegaba con un saco lleno de huevos y salchichas, así que nos imaginábamos que había estado en Frosinone, en casa de su madre. Nos hemos dado cuenta de que estábamos hablando de Salvatore en pasado, como si él también hubiera muerto o desaparecido para siempre.

Roberta ha llamado a los padres de Nadia. Ha venido el padre con un primo

suyo. La madre no, porque está enferma del corazón.

Nadia se llamaba Nadia Alba Desiderata Astarita. El padre se llama Altiero Astarita. Es un señor anciano y bajito, con una perilla gris. Se ha celebrado una misa en la capilla del Policlínico. Estaban todos los amigos de Alberico, Zezé e Ignazio Fegiz con Ippo. A Nadia se la han llevado a Catania, donde está el panteón familiar.

Altiero Astarita le ha dicho a Roberta que se personará en el sumario como acusación particular.

Y también que vendrá a buscar a la niña. Alberico ya le ha dicho a Roberta que no piensa dejar que se la lleve. Legalmente, la niña es suya.

Alberico no puede dormir por las noches, y yo me quedo haciéndole compañía hasta tarde. Está obsesionado con la idea de que si hubiera ido al cine aquella noche, si hubiera estado en la piazza Tuscolo, Nadia no habría muerto, porque la habría mantenido alejada de la pelea. A la niña podrían haberla dejado en casa con Gianni o haberla llevado con ellos, como otras veces cuando iban todos juntos al cine.

Alberico dice que ahora, sin Nadia y sin Salvatore, la casa está vacía. Pero no es verdad, porque sigue habiendo el mismo lío de gente. Alberico ha metido en dos bolsas toda la ropa de Nadia para enviarla a Sicilia. Pero no son más que harapos. La niña ha encontrado en el suelo un sombrero negro de su madre. Se lo ha puesto en la cabeza y se pasea por las habitaciones con ese sombrero de paja duro y redondo calado hasta la boca. Nadia tenía un montón de revistas y tebeos, y se los están rifando Zezé y Gianni.

Giuseppe, me han dicho que estás pensando en venir. Ahora es el momento. Ven pronto. Alberico está atravesando unos días muy difíciles, porque existe el peligro de que intenten quitarle a la niña, quizá tú puedas ayudarlo, no sé.

EGISTO

De Egisto a Giuseppe

Roma, 2 de agosto

Querido Giuseppe:

Hace unos diez días te escribí una carta de la que no he recibido respuesta. Sé que has llamado a Roberta para que te informara con más detalle.

El padre de Nadia, Altiero Astarita, volvió a Roma y, después hablar con Alberico toda una tarde, cogió a la niña y se la llevó a Sicilia. Por deseo de Alberico, estuve presente en la conversación.

Altiero Astarita dijo que volvería inmediatamente a Sicilia con la niña y le rogó a Alberico que no se opusiera, pues de lo contrario acudiría al juez tutelar de menores y comenzaría un largo proceso, triste y humillante para todos. Dijo que la niña estaría muy bien en Sicilia. Vive con su mujer en el campo, en un pueblo llamado Acquedolci, cerca de Catania, donde tienen una casa y muchas hectáreas de tierra en las que cultivan árboles frutales. Allí la niña respiraría aire puro, comería fruta y huevos frescos, y crecería sana. Cuando Alberico quisiera verla, podría pasar una temporada con ellos en Acquedolci, donde sería muy bien recibido. Él y su mujer sabían que no era el verdadero padre de la niña, que le había dado su apellido por un impulso generoso y noble que apreciaban mucho. Estaban dispuestos incluso a darle dinero para resarcirlo de todos los gastos. Alberico se quedó callado. Estaba sentado a la mesa y hacía dibujitos en una hoja de papel.

Altiero Astarita continuó dirigiéndose a mí. La niña, dijo, no estaba bien en Roma. Ese apartamento no era el lugar adecuado para ella. Había mucho

desorden. Es más, para ser claro, era una auténtica casa de tócame Roque. El juez tutelar nunca consentiría que la niña se quedara allí, en esa casa de tócame Roque. Entonces Alberico hizo una bola con el papel en el que estaba garabateando, se puso de pie y le dijo que no aguantaba más. Estaba cansado. No quería ningún dinero, no le hacía falta, y si volvía a sacar el tema del dinero lo cogería por las solapas de la chaqueta y lo pondría de patitas en la calle. Altiero Astarita dijo que no podía permitir que le hablara de esa forma. Alberico dijo que él no soportaba su cara. Que se fuera enseguida, por favor. Por favor. Altiero Astarita se fue.

A la mañana siguiente volvió con un primo suyo, dos maletas y una chicarrona de unos catorce años, alelada y torva, hija de un jornalero de Acquedolci, que se encargaría de cuidar a la niña durante el viaje. Yo estaba allí, porque Zezé me había llamado al verlos llegar. Altiero Astarita me dijo que su tren salía a las doce del mediodía, que prefería los trenes a los aviones y que estaba encantado de saludarme, porque en aquel desgobierno yo era el único que parecía tener la cabeza en su sitio.

Alberico se encontraba en su cuarto escribiendo a máquina. Estaba con Renato y Gianni. Me dijo que si el mierda de la perilla quería llevarse a la niña que se la llevara, que él no tenía ganas de pelear. Y que quizá fuera verdad que la niña estaría mejor y más contenta en Sicilia que con él. No quería volver a ver a la niña nunca más, jamás iría a visitarla a Sicilia, jamás. No quería ver cómo se la llevaban. No quería decirle adiós. Siempre ha odiado y odia las despedidas.

Altiero Astarita ordenó a su primo y a la hija del jornalero que metieran en la maleta la ropa y los juguetes de la niña. La niña tenía muy poca ropa y ningún juguete, o, mejor dicho, solo tenía uno, un pingüino de goma de un metro de alto que había ganado Salvatore en un tiro al blanco y que cuando le apretaban la barriga emitía un gemido. La niña normalmente ni siquiera lo miraba, pero esa mañana no hacía otra cosa que apretarle la barriga y todo el tiempo se oía aquel gemido. La hija del jornalero quería deshincharlo y meterlo en la maleta, pero la niña no le dejaba tocarlo. Aunque Altiero Astarita tenía prisa, tuvo que hacer

frente a varios contratiempos: jerseicos lavados y sin secar, el pingüino, la niña que no quería dejarse bañar, la hija del jornalero que buscaba una tirita porque tenía una ampolla en el pie. Zezé sollozaba y la niña gritaba. Alberico no salió en ningún momento de su habitación. Al final llamaron un taxi y se fueron: la niña llorando en brazos del primo, la hija del jornalero con las dos maletas medio vacías y Altiero Astarita muy nervioso. El pingüino se quedó en la entrada medio deshinchado y después se lo llevó Gianni.

A Salvatore lo encontraron en Frosinone, en casa de su madre. Pasó dos días en la cárcel y después lo dejaron en libertad. Adelmo fue a verlo a su casa. Dice que estaba sentado al lado de la ventana de la cocina, que tenía una mano vendada y que no hablaba. Le habían herido en la mano con una navaja aquella noche, y no se le curaba porque se le había infectado. Adelmo se quedó allí un buen rato, pero no consiguió sacarle ni una sílaba. La madre dijo que ahora está siempre así, mudo, quieto, con los ojos fijos. Su madre es maestra de primaria.

Un saludo,

EGISTO

De Giuseppe a Alberico

Princeton, 15 de agosto

Querido Alberico:

Me he enterado por Roberta y Egisto de lo que ha sucedido. En especial por Egisto, que me lo ha contado todo con mucho detalle. Roberta me llama a menudo; me cuenta que pasa a verte a tu casa con frecuencia y que ya no vas a ver a Lanzara. Me sabe mal, porque creo que deberías seguir yendo, sobre todo ahora que estás en una situación tan difícil y tan triste.

A Nadia solo la conozco de una vez, de aquel día que estuvimos juntos en Florencia. También estaban Roberta e Ignazio Fegiz, y un amigo tuyo de entonces, un alemán, creo que se llamaba Rainer. La recuerdo bajita y con aspecto de niña. Me acuerdo de que llevaba un mono azul con tirantes y de que tenía la cara pequeña y el pelo corto y encrespado, a lo Angela Davis. Por un momento pensé que era tu novia o que podría llegar a serlo. Me di cuenta de que era un pensamiento estúpido y lo rechacé, en mi interior te pedí perdón. Siempre me ha costado aceptar el hecho de que no te gusten las mujeres, porque uno querría que sus hijos fueran como él. Sin embargo, al final he acabado aceptándolo, de la misma forma que he aceptado otras cosas de ti y de tu vida que no me resultaban nada fáciles de comprender ni de aceptar.

De Nadia solías decirme que era una estúpida. Pero vivías con ella desde hacía mucho tiempo, y de alguna manera debías de sentirte muy unido a ella. Para ti debe de ser muy doloroso haberla perdido, sobre todo en unas circunstancias tan

atroces. Sin embargo, ha tenido una hermosa muerte, honrosa, valiente y noble. Ha muerto defendiendo la vida de otra persona.

Debe de ser terriblemente doloroso para ti que ahora te hayan quitado a la niña. Pero pienso que no te hubiera sido fácil criar a una niña sin madre.

Ten por seguro que iré a Roma, pero no pronto. También a mí me ha sucedido algo, quizá no sea una desgracia, pero estoy disgustado. Mi hijastra Chantal se ha ido de casa repentinamente y, después de haber estado varios días sin saber nada de ella, nos ha escrito desde Nueva York. Ahora vive en una comuna de Nueva York. Ha dejado aquí a su hija Maggie y yo me ocupo de ella, porque Anne Marie no tiene tiempo ni paciencia para hacerlo. Por eso ahora no puedo irme de aquí. Anne Marie está angustiada y trastornada. Chantal se fue por la noche sin decir una palabra, llevándose una maletita con sus cremas y un pijama. Pensamos que se iba al cine, pero después encontramos una nota suya en la cocina, debajo de la báscula. No dejaba ninguna dirección. Solo decía que le habían hablado de un trabajo en Nueva York y que se iba allí. Volvería a recoger a la niña.

Al cabo de varios días, nos hemos enterado a través de una amiga de Chantal que vive en una comuna y trabaja de camarera en un restaurante. Aquí tenía un buen puesto en una agencia de viajes. Finalmente nos llamó anteayer. Yo fui quien atendió el teléfono. No me dijo casi nada. Dijo que no quería vernos ni a mí ni a su madre y que la dejáramos en paz. De vez en cuando soltaba largas carcajadas agudas y nerviosas. Chantal suelta unas carcajadas agudas, repentinas y nada alegres, que se quedan durante mucho tiempo resonándote en los oídos.

Al final he acabado hablando de mí, o mejor dicho, de Chantal, y de las cosas que han sucedido aquí, cuando solo quería hablar de ti. Sé por Roberta que te está yendo bien con la película, que va mucha gente a verla. Me alegro de que tengas tanto éxito.

Un abrazo,

TU PADRE

De Alberico a Giuseppe

Roma, 3 de septiembre

Querido padre:

Gracias por tu carta.

Efectivamente, tal y como te ha dicho Roberta he interrumpido el psicoanálisis. Pero sigo conservando la amistad con los Lanzara y de vez en cuando los veo. Son unas personas muy amables. Algunas veces me tomo un helado con ellos, por la noche, en el café Esperia, que tú conoces bien, creo. Es el café que hay en la esquina de via Nazario Sauro con via Maroncelli. No sé si te acuerdas de ese lugar. No sé de qué te acuerdas y de qué no, hace mucho que faltas de aquí.

Lanzara me insiste en que continúe con el psicoanálisis, pero en este momento no tengo ningunas ganas. Sin embargo, no me importa sentarme con él en el café Esperia. Me gusta tener frente a mí su cabeza calva, pelada, lisa como un huevo, y tomar un helado, mirar a la gente y respirar el aire fresco de la noche. Me siento mejor, mucho mejor que en su gabinete. Su cara me resulta familiar y simpática. En su gabinete me sentiría obligado a hablar, mientras que en el café puedo estar callado.

Los Lanzara venden su casa. Piensan volver a Inglaterra, donde vivieron durante muchos años. Se me ha ocurrido la idea de comprarla y se lo he propuesto, pero parece ser que no es adecuado que un psicoanalista venda su casa a un ex paciente. No comprendo por qué no. En todo caso, es un obstáculo que se puede sortear. Por ejemplo, podrías comprarla tú y luego pasármela a mí.

El dinero lo pondría yo. En este momento tengo mucho, porque he ganado bastante con la película. Roberta dice que sería una buena inversión, que el ladrillo nunca se devalúa. Aunque es verdad que pagaría más del doble de lo que te pagaron a ti. En primer lugar, porque los precios de los pisos han subido muchísimo y, en segundo lugar, porque los Lanzara son unos negociantes. Y, según Roberta, en lo único que nos parecemos tú y yo es en la facilidad que tenemos para que nos timen. Antes decía que era muy astuto con las cosas del dinero, pero ahora ha cambiado de opinión. Dice que ahora que me conoce mejor se ha dado cuenta de que a mí el dinero en realidad no me importa nada. Y tiene razón.

Creo que viviría muy a gusto en esa casa. No lo sé. Sé que el apartamento en el que vivo ahora me resulta odioso. Odio cada rincón de él, cada pedazo de pared. No estoy solo, porque siempre hay algún amigo mío durmiendo aquí. Pero me gustaría mucho cambiar de zona. Estoy pensando seriamente en comprar tu vieja casa de la via Nazario Sauro.

Sí, se han llevado a la niña. Lo he permitido porque he pensado que era lo mejor para ella. Crecerá en el campo. Respirará aire sano y comerá pollos y huevos frescos. No es que yo crea que el campo y los huevos frescos lo son todo, pero sí son mucho. Y yo no estaba seguro de poder darle algo más esencial.

En realidad, la situación de esa niña no ha cambiado demasiado porque se haya quedado sin madre. Como madre, Nadia era deficiente, o casi ilusoria. De la niña siempre me he ocupado yo. Sin embargo, ese «casi» quizá tuviera una importancia enorme. No lo sé. En cualquier caso, esa gente, los padres de Nadia, han dicho que la niña vivirá mejor allí, con ellos. Es posible que tengan razón. No lo sé. El viejo que vino a recogerla no me pareció antipático. Yo lo odiaba y lo hubiera estrangulado, pero debo decir que no me cayó tan mal. En cualquier caso, se ha llevado a la niña, y ahora no quiero pensar más en eso.

No he leído todavía tu novela. Me han pasado demasiadas cosas últimamente. Sigue ahí, encima de la mesa, dentro de la carpeta azul claro. La leeré en cuanto

pueda. No soy un gran lector de novelas, nunca lo he sido. En los últimos tiempos no leo nada. No leo ni siquiera el periódico.

En tu carta mencionas a Ignazio Fegiz. Lo veo bastante a menudo con esa amiga suya, Ippo. A veces quedamos para cenar en un restaurante de la piazza Navona. Mi vecino Egisto y yo los esperamos sentados ya a la mesa. Los vemos llegar despacio, él alto y erguido, con su pelo cortado a cepillo, ella bajita, un poco encorvada, toda nariz. Egisto les llama el Gato y el Zorro. Él, Ignazio Fegiz, ha tenido una relación con esa otra amiga tuya, Lucrezia, pero ha sido una relación muy corta. No es capaz de separarse de Ippo. Si quieres que te diga la verdad, yo a Ippo no la soporto. Es una maniática. Solo come zanahorias. Pero con Ignazio Fegiz y con Egisto me encuentro muy a gusto. Tal vez sea porque siempre estoy con jóvenes y de vez en cuando me apetece ver a gente mayor. Será porque yo mismo me estoy haciendo mayor. Vivimos en una época en la que se envejece muy deprisa. Vivimos en una época en la que todo sucede muy rápido.

Sé que Egisto, mi vecino, te ha dicho que vengas aquí. No le hagas caso, no hace falta. Él también piensa que necesito compañía. En realidad no necesito nada. Tengo incluso demasiada compañía. Nunca estoy solo.

Ese amigo mío, Salvatore Ostuni, ha intentado ahorcarse en Frosinone, en casa de su madre. Su madre estaba fuera y llegó justo a tiempo, si hubiera llegado un minuto después no habría habido nada que hacer. Ahora él está en una clínica psiquiátrica.

Nadie sabe qué sucedió aquella noche en la piazza Tuscolo. Salvatore no habla y, cuando lo hace, miente. Dice que los dos chicos de la Vespa querían que les devolviera un reloj de oro, pero él no quería devolvérselo porque ellos a su vez no le devolvían los tres millones de liras que les había prestado. Los del Fiat Cinquecento eran amigos de los de la Vespa. No vio bien quién disparó, no se acuerda, no lo sabe.

ALBERICO

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 5 de octubre

Querido Giuseppe:

Hace mucho que no te escribo, pero tú tampoco me has vuelto a decir nada.

Me he enterado de lo de Nadia. No hago nada más que pensar en ella. Solo la vi en dos ocasiones: en Monte Fermo y en el estreno de esa película tan mala de tu hijo. Nunca me fijé demasiado en ella, así que no la recuerdo muy bien. No sé por qué nos fijamos tan poco en las personas. Después, cuando se mueren, nos gustaría poder recordarlas.

He pasado los meses de agosto y septiembre en Sabaudia, en una casa que Serena ha alquilado para todo el año. Fui solo con Daniele y Vito, porque los demás se habían ido de campamento y después se marcharon a Holanda con Piero. En Sabaudia me sentía muy sola, Serena nunca estaba. Ha sido un verano tranquilo.

Escríbeme,

LUCREZIA

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 15 de octubre

Querida Lucrezia:

Es verdad que no nos escribimos desde hace un montón de tiempo.

Yo también pienso mucho en Nadia. Solo la vi una vez, en Florencia. Parece haber transcurrido un siglo desde entonces.

Estoy pasando por un momento difícil. Por eso no he vuelto a escribirte.

Te he hablado a menudo de Chantal en mis cartas. No sé si notaste lo que me sucedía. No sé si notaste que me había enamorado de ella.

Yo tardé en darme cuenta. O quizá lo fingí. Me lo oculté a mí mismo. Ella, en cambio, se dio cuenta enseguida, igual que Anne Marie.

Las relaciones entre madre e hija, que ya eran malas, poco a poco se volvieron imposibles.

Ahora Chantal vive en Nueva York. Trabaja en un restaurante. La niña se ha quedado con nosotros. Anne Marie no se ocupa de ella, dice que no tiene tiempo. Yo soy quien la cuida.

Hace unos días fui a Nueva York y dejé a la niña al cuidado de la señora Mortimer.

Me alojé en el hotel Continental, en la Quinta Avenida. Las pocas veces que he ido a Nueva York me he alojado siempre en ese hotel.

Fui al restaurante donde trabaja Chantal. Pasó a mi lado con una bandeja. Tenía prisa y me dijo que me llamaría por la noche al hotel. Estuve esperando

toda la noche, pero no llamó. Pasé una noche infernal. Bebí mucho whisky mientras esperaba. La verdad es que ahora bebo mucho.

Al día siguiente volví al restaurante. Me senté a una mesa y pedí una hamburguesa y una cerveza. Al cabo de un rato Chantal vino a sentarse frente a mí. Dijo que me agradecía que me ocupara de la niña, que pronto vendría a Princeton a recogerla. En cuanto tuviera una casa, porque ahora vivía en una comuna. Soltaba esas risitas largas, agudas, que parecen gritos de pájaro. Chantal se ríe mucho y sin motivo. Yo también me reía con ella, sin alegría, roto y desesperado. No podía tocar la hamburguesa que tenía en el plato. De pronto se puso muy seria y me dijo que me fuera de allí enseguida. La obedecí.

Ella y yo hemos hecho el amor una sola vez, en la habitación de los ositos.

Anne Marie había ido a una *party* en casa de unos colegas suyos del instituto. La niña estaba en casa de la señora Mortimer.

Sonó el teléfono y lo cogí yo. Era Anne Marie, dijo que tardaría un poco en volver. Chantal fue a ducharse y yo fui a recoger a la niña. Tuve que quedarme mucho tiempo en casa de la señora Mortimer, porque quiso enseñarme unas fotografías. Cuando volví a casa, Anne Marie ya había regresado. Estaba sentada en la sala de estar observando un chal blanco con lentejuelas que se pone siempre que va a alguna *party* y que se le había manchado con una gotita de café. Ella y Chantal discutían sobre cómo hacer desaparecer la mancha.

No sé si Anne Marie notó algo raro en mi voz cuando le respondí al teléfono, o si vio algo raro en mi rostro o en el rostro de su hija al volver a casa. Lo único que sé es que durante la cena habló largo y tendido de la *party*, de quién había ido y de quién no había ido. Yo miraba a Chantal; estaba tranquila. A los pocos días, Chantal se marchó. Ella y yo no habíamos vuelto a cruzar una sola palabra.

Durante los primeros días Anne Marie estaba angustiada, y esperaba por las noches, sentada junto al teléfono, a que Chantal llamara. Después, cuando supo dónde estaba, recuperó su aspecto tranquilo. Solo de vez en cuando, mientras ella y yo conversamos de cosas cotidianas y banales, de pronto le aparecen en el cuello unas manchas rojas, y su boca se pliega hacia abajo y tiembla. Yo

entonces trato de que se fije en la niña. Anne Marie y la niña no se quieren nada, pero ella siente vergüenza y remordimiento de no quererla y por un instante se siente en el deber de dirigirle una sonrisa y una mirada. La presencia de la niña hace que nuestra situación sea un poco más sostenible y ligera.

Anne Marie ha dicho que la niña no puede estar sola, que es necesario que uno de nosotros duerma cerca de ella. Me he trasladado al piso de abajo, a una habitación alargada y estrecha donde guardamos las maletas. Al lado está la habitación de los ositos, donde duerme la niña. Así, si se despierta por la noche, la oigo enseguida.

Ayer vino Danny. Me gustó verlo, porque en realidad es el único amigo que tengo aquí. Es cierto que ahora no le cuento nada sobre mí, pero al verlo experimento una gran sensación de bienestar. Como siempre, fui a visitarlo con la niña a esa pensión de mala muerte. Y, como siempre, estuvimos conversando durante mucho tiempo. Tomamos whisky. Después nos fuimos a pasear con la niña por los parques. Hablamos de ella, de Anne Marie, de los Pippolo, del carácter de Chantal. No sé si se dio cuenta de lo que había pasado. Danny es un chico muy cariñoso, pero no es nada perspicaz y sobre todo está muy dominado por sus problemas personales. Me ha vuelto a pedir dinero prestado y se lo he dado. Se ha visto obligado a enviar dinero a los Pippolo, pues tenían gran necesidad de él. Me ha dado las gracias por ocuparme de la niña. En este momento le es imposible llevársela con él. Me ha devuelto una copia de mi novela traducida al inglés que todavía conservaba. La ha leído y le ha parecido interesante, aunque muy al modo antiguo. Ese amigo suyo le ha dicho que la han rechazado en tres agencias. Ahora ya no me importa nada esa novela. Al llegar a casa, he guardado la copia en el fondo del armario, donde están todas las demás.

GIUSEPPE

De Egisto a Giuseppe

Roma, 10 de noviembre

Querido Giuseppe:

He empezado a leer tu novela. Me la ha dado Alberico. Él ahora no tiene tiempo de leerla. Está con una nueva película en la cabeza y no lee nada, ni siquiera los periódicos.

Espero que no te moleste que me la haya dejado. Por ahora he leído unas veinte páginas. Es bonita. Un poco lenta, pero bonita.

Ayer por la noche estuve con Alberico y le propuse ir a ver a Lucrezia. No le apetecía, pero al final aceptó. Cuando llegamos, Lucrezia estaba sola. Está muy sola. ¿Recuerdas que antes siempre estaba rodeada de gente? Las Margaritas eran como un puerto de mar. Ahora, aquí en Roma, no ve a casi nadie. Serena solo piensa en el teatro, solo se relaciona con actores. Ya no representa *Mirra*, ahora recita ese monólogo suyo, *Gemma y las llamas*, en un pequeño teatro del Prenestino. Los periódicos han hablado muy mal de ese monólogo. Pero a ella le da lo mismo, sigue recitándolo igual de contenta, envuelta en su sábana. Aquí, lo mismo que en Pianura, no le dejan encender el gran fuego que ella quisiera. Sigue habiendo solo un brasero con un poco de ceniza. Algunas noches no hay más de tres espectadores. No le importa. Dice que no viene gente porque en Italia el teatro está en crisis.

Nos encontramos a Lucrezia aprendiendo inglés con unos discos. Se le ha metido entre ceja y ceja aprender bien el inglés para después poder traducir. Dice que necesita dinero. Los niños estaban acostados ya, menos Cecilia, que apareció

un momento. Aunque en realidad ya han dejado de ser todos unos niños, salvo el más pequeño, Vito, ¿te acuerdas de él? Era el que se paseaba de noche por la casa con un plato de sopa. Ahora está en primero de primaria. Los demás ya han dejado de ser unos niños. Cecilia tiene dieciséis años, se pinta los ojos y sale con un chico con el que se pasa horas hablando por teléfono.

Ayer por la noche Alberico y Lucrezia hicieron muy buenas migas. Ella no tardó en decirle que había visto su película, *Desviación*, y que le había parecido malísima. Pensé que él se iba a molestar, pero en lugar de eso se alegró. Dijo que a él también le parecía malísima. Entre los dos pusieron de vuelta y media la película. Se hicieron amigos enseguida. Solo se habían visto una vez, en Monte Fermo, hace algunos años, cuando Nadia estaba embarazada. Alberico, Nadia, y Salvatore habían ido a Las Margaritas. Alberico se acordaba de Las Margaritas, del jardín, del bosque, de los niños. Lucrezia dijo que aquel día apenas se había fijado en Nadia, y que cuando se enteró de que había muerto recordó aquella jornada. Alberico cambió enseguida de tema, no le gusta hablar de Nadia. Dijo que los dos se habían visto otra vez, en el edificio de via Nazario Sauro, en el descansillo de la escalera. Ella iba a casa de Roberta y él al piso de arriba. Después volvió a decir que *Desviación* era una película peor que mala. Se pusieron a hablar muy rápido de películas, entonces yo me aburrí y me puse a leer un libro. Luego hablaron de casas. No sé cómo pasaron de las películas a las casas, pero Lucrezia ahora piensa mucho en las casas y habla mucho de ellas, porque dentro de poco deberá dejar el apartamento en el que vive. La persona que se lo ha prestado regresará a Roma en unos meses. Lucrezia quiere comprar una casa, pero no le alcanza el dinero. Lee siempre los anuncios en *Il Messaggero*, llama, pero los precios son tremendos. Sabía lo de tu antigua casa de via Nazario Sauro. Sabía que está en venta porque se lo ha dicho Roberta, sabía que los Lanzara se van de Roma. Pero dijo que no le apetecía demasiado comprar esa casa. La conoce demasiado bien. Ha estado muchas veces. Una vez que estuvo allí rompió incluso unos ceniceros. Preferiría comprar una casa desconocida y completamente virgen de recuerdos. Alberico dijo que él también

conocía muy bien esa casa, que había dormido en ella varias veces, en la época en que tú vivías en ella, y que luego había ido allí a psicoanalizarse. Él también preferiría una casa desconocida, virgen de recuerdos, añadió, pero, al mismo tiempo, las casas en las que ya hemos vivido antes pueden ser de algún modo reconfortantes. Le ha cogido manía al apartamento donde vive ahora. Odia cada uno de sus rincones, cada pedazo de pared. Le propuso que, en el caso de que él dejara ese apartamento, se lo quedara ella. Pero ella le contestó que no quería ese apartamento porque era pequeño. No lo había visto, pero se lo había descrito Zezé. En cualquier caso, los dos estuvieron de acuerdo en que la casa de la via Nazario Sauro es terriblemente cara.

Alberico habló de otro apartamento que quizá estuviera en venta, en Porta Cavalleggeri. Es minúsculo, pero tiene una bonita terraza. Es el apartamento de Ippo. Le preguntó a Lucrezia si conocía a Ippo. Lucrezia le contestó que no. Sin embargo, después dijo que tal vez la hubiera visto una vez. Ippo es insoportable, dijo Alberico, pero el apartamento es mono. Tal vez lo venda y se vaya a vivir a Fregene. Pero no se sabe si es verdad. Fregene está muy lejos del centro de Roma, donde ella e Ignazio Fegiz suelen caminar por las noches muy juntos, como el Gato y el Zorro. Yo miraba a Lucrezia y me parecía que estaba contenta, aliviada, que se le habían aclarado los ojos. Está acostumbrada a pensar sola en Ippo e Ignazio Fegiz, y el hecho de oír hablar de ellos en voz alta y tan a la ligera para ella era un consuelo.

Cuando estábamos a punto de marcharnos llamó Piero. Estaba en Roma y preguntaba si podía quedarse allí a dormir. Al cabo de un rato llegó. Tiene llaves de la casa. Entró con su chaquetón y su bufanda de lana roja. Venía de Perugia y había tenido problemas con el coche, había tenido que pararse en la carretera y se desató una gran tormenta. Estaba tiritando de frío y preguntó si podía darse una ducha caliente. Volvió al cabo de un momento, envuelto en un albornoz de Daniele que le estaba corto y estrecho. Dijo que el agua estaba muy tibia, casi fría. Lucrezia dijo que encendía el termo solo unas horas al día para ahorrar. Él le dijo que los termos tenían que estar encendidos siempre, porque solo de

encenderlos y apagarlos se gastaba el triple. No había cenado y preguntó si había alguna sobra. Fue a mirar a la cocina y volvió con una chuleta fría. Nos quedamos haciéndole compañía mientras comía. Tenía aspecto de cansado. Yo hacía mucho que no lo veía y lo encontré envejecido. Sigue teniendo esos ricitos rubios de niño pequeño y esa cara ancha y llena, pero los ojos se le han hundido y tiene las órbitas oscuras. La chuleta, dijo, estaba buena, pero no demasiado tierna. Seguramente no era de ternera, sino de añojo. Lucrezia dijo que no era de ternera ni de añojo, sino de vaca, ella compra siempre vaca porque alimenta más y es más barata. Él dijo que la vaca es perfecta para todo, pero no para las chuletas. Ella dijo que no quería que le criticaran las comidas, que era algo que no toleraba. Nos fuimos y por la calle iba pensando que los matrimonios son muy difíciles de destruir, siempre quedan pedacitos dispersos que de vez en cuando se estremecen y echan sangre.

Hoy Alberico ha vuelto a casa de Lucrezia para llevarle unos discos. Me alegra mucho que se hayan hecho amigos. Me alegro por él y por ella.

Un saludo,

EGISTO

De Giuseppe a Egisto

Princeton, 22 de noviembre

Querido Egisto:

Muchas gracias por haberme escrito. Muchas gracias por darme siempre noticias de Alberico. Sé de él por Roberta, cuando me llama, pero gracias a tus cartas tengo unas noticias mucho menos sucintas. Él y yo nos escribimos poco.

Me alegro de que lo hayas llevado a casa de Lucrezia y de que se hayan hecho amigos. Me gusta la idea de que esas dos personas a las que quiero conversen juntas, me gusta imaginarlas juntas, y te agradezco que hayas hecho que se conozcan.

Pero hay algo que me parece extraño. No me dices si hablasteis de mí aquella noche en casa de Lucrezia. Me cuentas que hablasteis de películas y apartamentos, de termos y de chuletas. Pero no parece que pronunciarais mi nombre en ningún momento, como si yo no existiera, o estuviera muerto.

Sin embargo, sí que mencionasteis mi casa de via Nazario Sauro. Yo la sigo considerando mi casa, aunque la haya vendido. La casa en la que vivo ahora, aquí en Princeton, no sé por qué no la considero tan mía. Siempre me parece que es la casa de mi hermano y de su mujer. Mi hermano ha muerto y su mujer se ha vuelto a casar conmigo. Pero mi primera impresión fue esa, la de que era un forastero en esta casa, y las primeras impresiones a veces son imborrables. Sigo moviéndome como un forastero entre estas paredes. Cuando rompo alguna taza me siento culpable.

Me agrada que leas mi novela. Pero a mí esa novela ya no me importa nada,

solo el hecho de pensar en ella me produce repugnancia. Deseaba que la publicaran aquí, y también en Italia, pero ahora creo que me da igual. Por otra parte, aquí la han rechazado tres agencias.

Doy clases. Monto en bicicleta. Me ocupo de una niña, Maggie, la hija de la hija de mi mujer. Me ocupo yo porque su madre se ha ido y Anne Marie está todo el día en el instituto, y además no le gustan los niños.

Un saludo,

GIUSEPPE

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 26 de noviembre

Macilenta y gafuda. Así me describías a Chantal en una carta de hace tiempo. La acababas de conocer. Macilenta, gafuda. Con un vestido de cuatro botones a un lado y cuatro en el otro. Hablabas de ella en medio de otras cosas y no parecía que te hubiera impresionado demasiado. Después, sin embargo, te enamoraste de ella. Son cosas que pasan. Sí, claro que me lo había imaginado, cuando me contabas que salíais juntos y hacíais juntos las tareas de la casa. La vida que me describías me parecía enormemente tediosa, pero hablabas de ella con mucho entusiasmo y fervor. No creas que no releo tus cartas. Las releo a menudo.

En la habitación de los ositos. Anne Marie con las manchas rojas en el cuello. La hamburguesa abandonada en el plato. La pequeña Maggie. Te mandaron a dormir al cuarto de los trastos. Te pusieron en los brazos a la niña. Te obligan a hacer de *baby sitter*. Así es tu vida en América. Pobre Giuseppe, has salido muy malparado.

Vuelve aquí. Coge tus maletas y vuelve aquí. Deja ahí a Anne Marie, a Maggie, a Danny y a la señora Mortimer. Vuelve aquí, donde estoy yo, tu vieja y fiel amiga. No sé qué más puedo decirte.

Piero está saliendo con una chica. Me lo dijo ayer. Se llama Diana y tiene veintidós años. Es muy guapa, tiene el pelo negro y los ojos muy grandes. La he visto en una fotografía. Es de Todi. Trabaja de asistente social. Pertenece a una familia modesta, su padre es empleado de correos. Piero la conoció el invierno

pasado en Todi, durante un concierto. La primera vez que intercambiaron dos palabras y una sonrisa fue oyendo el *Bolero* de Ravel. Ella dice que lo quiere, pero tiene una relación con un estudiante. Piero sufre. Los sábados ella queda con el estudiante y por eso los sábados Piero casi siempre viene a Roma. No se siente con fuerzas de quedarse solo en Perugia, donde vive con su madre, doña Annina. En este momento no soporta la compañía de su madre. Además, le parece que debe estar un poco con los niños. Sale de paseo con ellos y con Jolí. Van a Villa Borghese. En realidad, los niños ya no son tan niños, excepto Vito, que es todavía pequeño, y en Villa Borghese al cabo de un rato se aburren. Menos Vito, los demás viven su vida. Me dicen que ven extraño a Piero. Me preguntan qué le ha pasado. Unas veces habla y otras veces fuma un cigarrillo tras otro sin decir ni media palabra.

Yo no sospechaba nada. Te diré la verdad: en los últimos meses pensaba que quería proponerme que volviera a vivir con él. Me parecía que se comportaba como alguien que tiene el propósito de reconstruir un matrimonio roto. Había pensado incluso cómo le diría que no, de una forma afectuosa, tranquila, firme, muy firme. Estaba resuelta a pedirle que por favor dejara de pensar en ello. Idiota de mí. No lo había entendido. Ayer me lo contó todo. Está saliendo con una chica. Se trata de una relación seria, de un sentimiento serio. Le gustaría casarse con ella. Me ha preguntado si estoy de acuerdo en que nos divorciemos, pero en cualquier caso habrá que esperar todavía cinco años, y además existe el riesgo de que mientras tanto ella se vaya con otro. Es una chica joven, confusa, no siempre sincera. Yo estaba aturdida. Creía que seguía siendo el centro de su vida, de sus pensamientos. Cuando me enteré de que no lo era, tuve la sensación de caer rodando desde lo alto de una montaña. Estaba aturdida y de pronto, no sé por qué, me puse muy triste también. Me empecé a acordar de las cosas más tristes que me habían pasado en la vida, de la enfermedad de mi madre, de cuando I. me dejó, del hijo muerto. Casi me eché a llorar. Piero no le dio importancia. Ya no ve a los demás, solo se ve a sí mismo y a esa chica. Siguió hablando, me tuvo en vela hasta las dos de la mañana.

Zezé me ha dicho esta mañana que tenía aspecto de enferma. Me ha preguntado si tenía problemas de dinero. Ha ido a buscar a Piero, que estaba en la cocina haciéndose un café, y le ha dicho que yo tenía aspecto de enferma y problemas de dinero. Piero ha venido a preguntarme qué problemas de dinero tenía. Le he dicho que tenía que comprar una casa y que las casas son muy caras. He salido a la calle. Mientras caminaba me despreciaba a mí misma, me odiaba. Pensaba que no tenía derecho a derramar ni media lágrima por lo de la chica de Piero. No me había sucedido nada del otro mundo.

Piero se ha vuelto a marchar hoy. Ha venido a verme Alberico y se ha quedado a cenar. Te parecerá extraño, pero ahora Alberico viene a menudo a mi casa. Es la única persona con la que me siento bien.

Le he hablado de Piero. Y también he llorado. No me ha consolado, porque no había nada de lo que consolarme.

LUCREZIA

De Albina a Giuseppe

Luco dei Marsi, 3 de diciembre

Querido Giuseppe:

Me escribiste cuando me casé y no te respondí. Es más, la verdad es que desde que estás en Estados Unidos no te he escrito ni una sola vez.

Egisto ha venido a verme a Luco y hemos estado hablando de ti. Me imagino que te habrán silbado los oídos. Hemos hablado de los buenos tiempos, de cuando todos éramos más jóvenes y nos veíamos siempre. En realidad esos tiempos no están tan lejanos, pero parecen lejanísimos, quién sabe por qué. Lo cierto es que ni entonces éramos tan jóvenes ni ahora somos tan viejos.

Quisiera pedirte un favor. Tal vez sepas que mi marido y yo tenemos aquí, en Luco, una pequeña fábrica de muebles. Hacemos muebles antiguos de imitación. Ahora nos gustaría intentar hacer también muebles modernos. Te agradecería que me enviaras algunas revistas norteamericanas de decoración. Así podría coger ideas.

Hace tiempo fui a Roma para ver a Serena representar *Mirra*. Estuvimos todos, Egisto, Lucrezia, tu prima Roberta y yo. Solo faltó Piero.

Me divertí. Fue bonito.

Estuve una tarde con Lucrezia. Pero no sé por qué la cosa no funcionó, las dos nos sentimos incómodas. Luego ella le dijo a Egisto que yo me he endurecido por dentro. Y él me lo repitió. Hizo mal, porque nunca hay que contarle a nadie las cosas desagradables que la gente dice a sus espaldas.

No me he endurecido. Hablo mucho de muebles, de maderas y de decoración.

Y también de letras de cambio. Mi marido y yo nos despertamos por las noches para hablar de letras de cambio, del IVA y de todas esas cosas tremendas que hay que hacer. Él se levanta y se prepara un café con leche hirviendo.

Nuestros negocios no van bien. Si no mejoran, nos veremos obligados a cerrar. Envíame esas revistas, por favor.

Qué cambiados están los hijos de Lucrezia. Cecilia lleva zapatos de tacón. A Vito le han dado las llaves de la casa y sale a comprar la leche.

A Graziano me lo encontré leyendo *Muerte en Venecia*. Daniele y Augusto ni siquiera me miraron a la cara. Con la de partidos de fútbol que hemos jugado en el jardín de Las Margaritas. Pero ahora no hacen caso a nadie porque están en la edad del pavo.

Muchas veces echo de menos mi estudio, las conversaciones con Egisto y nuestras cenas en el restaurante Mariuccia, que ya no existe.

ALBINA

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 12 de diciembre

Querida Lucrezia:

Hace tres días vino Chantal con una amiga y se llevó a la niña. Eran las cuatro de la tarde y estaba nevando. Yo no había llevado a la niña a la guardería porque estaba un poco resfriada. Los dos, la niña y yo, estábamos en la sala de estar. La niña estaba sentada encima de la alfombra jugando con sus muñecas. Tiene muchísimas. Yo leía *Orlando furioso*. Debo leérselo a mis estudiantes y después comentarlo con ellos.

Chantal llegó en un Opel rojo. Me había asomado un momento a la ventana para ver cómo nevaba. Ella y su amiga, una chica alta, delgada y con mucha mandíbula, se bajaron del coche. Salí a su encuentro. Chantal llevaba un anorak rojo con capucha. Ni siquiera se quitó la capucha. Me dijo que había venido a recoger a la niña y que pensaba irse enseguida. El Opel era de su amiga. Lo habían decidido todo muy deprisa y no había tenido tiempo de llamar. Pero sabíamos que antes o después vendría. Había dejado la comuna y vivía con esa amiga suya en un apartamento de dos habitaciones. Hablaba deprisa y soltaba esas risitas agudas, secas y nerviosas. La niña se puso muy contenta de verla y quiso que la levantara en brazos. Le dije que la niña estaba resfriada, pero ella dijo que no importaba, que la abrigarían bien, que en el Opel tenían mantas. Le dije que había que llamar a Anne Marie al instituto para que viniera enseguida. Dijo que no tenía tiempo y que además no quería ver a su madre. Traía una maleta. Fue a la habitación de los ositos, sacó la ropa de la niña de los cajones y

la metió en la maleta. Quedaban todavía los juguetes, la niña tiene muchísimos. Chantal le pidió a la amiga que los recogiera y los metiera en el maletero envueltos en una manta. La amiga fue a buscar una manta e hizo un hatillo con los juguetes. Cuando estaban a punto de subirse en el coche, la señora Mortimer se asomó a la ventana de su casa. Bajó enseguida a la calle, pero Chantal ya se había montado en el coche con la niña y la saludó haciéndole un gesto con la mano. La amiga se sentó al volante. El Opel arrancó y la señora Mortimer y yo nos quedamos de pie en la calle rodeados de la nieve que caía.

La señora Mortimer me invitó a tomar una taza de té en su casa. No tenía ningunas ganas, pero me pareció descortés negarme. La señora Mortimer no hizo ningún comentario sobre Chantal. Solo dijo que era una pena que hubiera elegido un día tan frío para viajar. Seguramente me vio pálido, porque me ofreció whisky en lugar de té. Después me mostró un dulce que estaba cociendo en el horno. Todavía estaba crudo, de lo contrario me lo habría dejado probar. Dijo que seguramente yo echaría mucho de menos a la niña, porque siempre estaba conmigo. A veces me había oído contarle pequeñas historias. Eran muy graciosas, quizá podría escribirlas y hacer un libro con ellas. Quizá tuviera más suerte que con el otro, rechazado en cuatro agencias, como le había contado Anne Marie. Le dije que no me lo habían rechazado en cuatro, sino en tres. En cualquier caso, dijo, no había tenido suerte. Al final conseguí regresar a casa. En la habitación de los ositos, los armarios estaban abiertos y vacíos. Sin embargo, vi que Chantal se había olvidado de coger las vitaminas de la niña, estaban encima de la cómoda. Cuando se marchó de su casa en Filadelfia también se le habían olvidado.

Anne Marie volvió a las seis, como de costumbre. Le dije que había venido Chantal y se había llevado a Maggie. Anne Marie se sentó en el recibidor, todavía con el abrigo puesto, se quitó la boina y se atusó el moño. Trataba de no perder su sonrisa. Me dijo que no se encontraba bien y me pidió que le diera unas pastillas que toma cuando le entra vértigo. Me dijo que quería echarse. La acompañé arriba y quise ayudarla a desnudarse, pero dijo que podía hacerlo sola.

Al día siguiente, Chantal llamó por teléfono desde Nueva York. Lo cogí yo. Dijo que habían llegado bien, que habían tenido un viaje tranquilo. Le pregunté si quería que llamara a su madre, pero me contestó que no, que no hacía falta, que tenía que irse a trabajar. A la niña la dejaba por ahora con la amiga, después le buscaría una guardería.

Como ves, he dejado de hacer de *baby sitter*. Chantal me ha despedido. Sigo durmiendo en el que tú llamas el cuarto de los trastos, pero que en realidad es una habitación magnífica, aunque haya maletas amontonadas. En la habitación de los ositos no quiero dormir. Me recuerda a la niña y a Chantal a la vez.

Ahora Anne Marie y yo estamos solos durante las horas de las comidas, el uno frente al otro. Son terribles, las horas de las comidas. Durante el resto del tiempo cada uno de nosotros está por su cuenta. Ayer por la noche, sin embargo, me llamó, la oí desde el piso de abajo y subí. Se encontraba mal. Me pidió que le diera las pastillas. No tenía fuerzas para levantarse. Me quedé con ella alrededor de una hora, hasta que se quedó dormida. Le había cogido la mano y le acariciaba los dedos. A la mañana siguiente, le pedí hora en el médico. Irá la semana próxima.

No sé qué más contarte. He recibido la carta en la que me hablas de Piero. No puedo consolarte porque, como tú misma dices, no hay nada de lo que consolarte.

GIUSEPPE

De Roberta a Giuseppe

Roma, 20 de diciembre

Querido Giuseppe:

Como te dije por teléfono, Alberico va a comprar tu casa a los Lanzara. A mí me parece una magnífica idea, solo que él lo ha hecho todo deprisa y corriendo, y si hubiera esperado un poco tal vez habría conseguido que le rebajaran el precio. No se cansaba de repetir que le parecía cara. Pero, de pronto, ha decidido comprarla de un día para otro. Pero bueno, él no tiene problemas de dinero. Y el ladrillo no se devalúa. Ha habido algunos problemas, porque a Lanzara no le parecía bien vender su casa a un antiguo paciente suyo. Pero después ha reflexionado y ha dicho que no le parecía que la cosa fuera tan grave.

Ayer, Alberico y los Lanzara fueron a firmar el precontrato al notario. Los Lanzara se marchan el mes que viene. Se trasladan a Inglaterra. Ya han empezado a desmontar las estanterías.

Como puedes suponer, me encanta la idea de tener a Alberico en el piso de arriba. Lo único que espero es que no hagan demasiado ruido, porque, como sabes, Alberico nunca está solo. Ahora ese tal Salvatore ha vuelto a vivir con él. Alberico no quería que estuviera en su casa, porque piensa, me ha contado Egisto, que está metido en negocios turbios. La verdad que lo que pasó en la piazza Tuscolo induce a pensarlo. No se ha llegado a saber por qué le agredieron aquellos tipos, pero tal vez hubiera de por medio algún negocio ilícito. Alberico dice que él no es una persona débil, que tiene un carácter fuerte, pero que en algunas cosas es débil, y con Salvatore lo ha sido. No quería tenerlo en su casa,

pero al final lo ha vuelto a acoger. Salvatore estuvo durante una temporada en un hospital psiquiátrico, después le dieron de alta y volvió a Frosinone, a casa de su madre, pero no quería quedarse en Frosinone y se ha buscado un trabajo de chófer en Roma, en una empresa de productos farmacéuticos. Sin embargo, no tenía dónde dormir y le pidió a Alberico que le dejara dormir en su casa de la piazza San Cosimato, al menos durante algunos días, hasta que encuentre otro sitio. Así pues, ha vuelto a instalarse con sus trastos en su antigua habitación.

No importa, si hacen ruido arriba me pondré tapones en los oídos. Nunca me los he puesto, pero todo el mundo cuenta maravillas de ellos.

También Lucrezia ha encontrado por fin una casa y está a punto de comprarla. Es una casa bastante bonita y grande, y ella está muy contenta. No le llega el dinero, pero Piero le ha dicho que puede pedir un préstamo al banco. La casa está en via delle Medaglie d'Oro, no muy lejos de aquí. La ha encontrado leyendo los anuncios de *Il Messaggero*. Estaba con Alberico y fueron a verla enseguida. Ahora Alberico y Lucrezia tienen una amistad muy sólida, siempre están juntos. Me imagino que te gustará que dos personas a las que quieres se hayan conocido y se hayan hecho amigos. A mí no me ha llamado Lucrezia para que vaya a ver su casa, así que todavía no la conozco. Antes Lucrezia me telefoneaba siempre, me buscaba, decía que la consolaba, que le recordaba un poco a su madre. Pero en un determinado momento dejó de buscarme, no sé por qué. Se ve que ha aprendido a ser huérfana.

La película de Alberico, *Desviación*, ha tenido mucho éxito en Francia. Tiene otra casi terminada. El título no me lo ha dicho.

Ignazio Fegiz e Ippo, esa amiga suya, discutieron y estuvieron a punto de romper. Estuvieron un tiempo sin verse, y ella quería vender su apartamento e irse a vivir a Fregene. Tiene una bonita terraza y pensó que tal vez yo querría comprarlo como inversión. Ignazio se había enamorado de una chica de dieciocho años, guapísima. Quería casarse con ella. Pero al final se quedó con Ippo. Han vuelto a ser inseparables. El Gato y el Zorro. Acaban de irse juntos a

Viena, donde estarán quince días visitando galerías y museos. Me lo ha contado Egisto, que siempre está al tanto de la vida de todo el mundo. Parece ser que el apartamento ya no lo vende.

En Nochevieja, Lucrezia se irá a París con Serena, Vito y Cecilia. Los demás niños se irán a Perugia. Pero en realidad ya han dejado de ser unos niños.

Cuéntame algo sobre la salud de Anne Marie. Cuando he hablado contigo por teléfono me ha parecido que estabas preocupado por ella.

Un abrazo,

ROBERTA

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 22 de diciembre

Fui a Monte Fermo con Alberico, Vito, Cecilia y Jolí. Le pedí a Alberico que viniera con nosotros. Sola con Cecilia y Vito no habría ido. Me habría dado mucha pena. De todas formas, a la vuelta me entró una enorme tristeza.

No fuimos en el Volkswagen, sino en el coche de Alberico. Tiene un coche nuevo, un Prisma azul, y le apetecía hacerle el rodaje.

Nos hizo un día magnífico. En Monte Fermo nos bajamos un momento a tomar un café. Me reconocieron y se alegraron de verme. Vi al hombre que vendía setas y a la vieja con el cesto de huevos. Monte Fermo sigue igual que siempre, no ha cambiado nada.

Después fuimos a Las Margaritas. A lo que antes era Las Margaritas. Ahora lo han convertido en un hotel. Se llama hotel Panorama.

Imposible reconocer nuestra casa en el hotel Panorama. Era amarilla y vieja, con los balcones de piedra, mientras que el hotel Panorama tiene aspecto de nuevo. Es de dos colores: cereza y azul claro. Los balcones, en los que hay geranios, son largos y estrechos y tienen la barandilla de hierro. El porche ya no existe. En el patio han puesto unas mesitas blancas de hierro y unas tumbonas de columpio con toldos de rayas. Detrás de donde estaba el avellanar hay una piscina de agua limpia y clara, y tumbonas alrededor. Dentro del hotel hay pavimentos blancos y marrones con arabescos, corredores y habitaciones. Había

una camarera con un cubo y un trapo. No parecía que hubiera ni un solo cliente. Nos fuimos.

En Monte Fermo compramos pan y jamón. Nos dijeron que el hotel Panorama tiene pérdidas y está a punto de quebrar. Está abierto todo el año, pero no se sabe para quién. Seguramente harán una escuela de aparejadores. Todavía no se sabe.

También nos paramos en Pianura. Donde antes estaba el Centro de la Mujer ahora hay un taller de coches.

Voy a comprar un piso. No me gusta vivir en Roma, pero no sé dónde me gustaría vivir. Quizá compre un piso que está en el paseo Medaglie d'Oro. Odio ese barrio, pero el piso no está mal. Es una última planta, con una terraza. Pediré un crédito al banco.

Ahora Piero me llama desde Perugia todas las mañanas. Antes estaba en contra de las llamadas interurbanas, pero ahora me tiene muchísimo tiempo al teléfono. Yo querría hablar con él de la casa, del dinero, del préstamo, pero él no hace otra cosa que hablar de sí mismo y de que si esa chica, Diana, le ha dicho esto y lo otro. Cuando viene a Roma hace lo mismo. Dice que viene a ver a los chicos, pero luego, en lugar de estar con ellos, se pone a hablar conmigo. No tiene a nadie con quien hablar, solo conmigo. Y a mí no me queda más remedio que escucharle. Creo que está mal de la cabeza.

Alberico está comprando tu antigua casa. Vista desde fuera, sigue siendo la misma, y también la calle. Pero el restaurante Mariuccia ya no está, y tampoco el café Esperia. Donde antes estaba el café Esperia hay una tienda que se llama La Casa del Tortellino. Y donde estaba el restaurante Mariuccia no hay nada, solo una alambrada. Y detrás de la alambrada, unos sacos de cemento. Dicen que van a construir una lavandería.

Alberico come a menudo con nosotros. Tal vez por eso me hayan vuelto las ganas de cocinar. Porque él come con bastante frecuencia aquí. Se me ocurren platos para preparar y los comento con Zezé. No hago pastel de carne, porque el pastel de carne se me rompe y, cuando un pastel se rompe, aunque esté bueno es siempre un fracaso.

Dentro de unos días me iré con Serena a pasar dos semanas en París. Nos han prestado un pequeño apartamento allí. Dejo a los chicos con Zezé, que ha aceptado quedarse a dormir.

No he estado en París en mi vida. Serena dice que es absurdo. Nunca he hecho grandes viajes. En el fondo, nunca he estado de vacaciones. Casi siempre tenía que cocinar, incluso en vacaciones, y hacer las camas. Pero no quiero quejarme. Sé que soy una privilegiada.

Roberta me ha dicho que tu mujer está mal. Cuéntame qué le pasa. Dame noticias tuyas. Espero que ya no te acuerdes de Chantal.

Te deseo que pases unas felices navidades,

LUCREZIA

De Alberico a Giuseppe

Roma, 27 de diciembre

Querido padre:

Me gustó que me llamaras el día de Navidad, te lo agradezco. Oirías mucho jaleo. Nos habíamos reunido un montón de gente. La señora que viene por las mañanas nos había preparado pavo asado. Ahora dejará de venir durante algún tiempo, porque Lucrezia se va y tendrá que ocuparse de sus hijos durante todo el día. Los platos de la comida de Navidad los fregamos Salvatore y yo. Había un montón.

Sí, estoy comprando tu famosa casa de via Nazario Sauro. Famosa porque, después de haberla vendido, empezaste a hablar de ella todo el tiempo y a echarla de menos y dijiste que había sido una estupidez venderla. Pues bien, ahora otra vez es tuya. O, mejor dicho, mía, pero si vuelves a Italia y quieres vivir en ella, podrás hacerlo. Te la cederé con gusto.

Mientras tanto yo la ocuparé, dentro de poco, en cuanto se vayan los Lanzara. Si, como dices, vienes pronto a Roma, te podré hospedar en via Nazario Sauro. Podremos convivir durante una breve temporada, pero no mucho más, porque a ninguno de los dos nos gustaría. He dicho que te podré alojar. Pero para mí no serás un invitado, porque eres mi padre. Me acuerdo que siempre decías que no te gustaba ser un invitado, y mucho menos tenerlos. No me acuerdo de muchas de las cosas que decías, solo de algunas. Si quieres que te diga la verdad, te recuerdo muy poco y de una forma muy confusa.

Sé que tu mujer no está bien. Lo siento. También sé que la niña ya no está

contigo porque su madre se la ha llevado. Me lo ha contado Lucrezia. También lo siento, pero es justo que, si la niña tiene una madre, esté con ella.

Saludos y abrazos,

ALBERICO

De Giuseppe a Alberico

Princeton, 7 de enero

Queridísimo hijo:

Anne Marie está muy enferma. Los médicos le han diagnosticado una leucemia muy grave y me han dicho que no vivirá mucho tiempo. Todos los días la acompaño a la clínica, donde le hacen transfusiones de sangre. Vamos y volvemos en taxi, porque, como sabes, yo no conduzco y Anne Marie ya no tiene fuerzas para hacerlo. Está muy débil. Se levanta de la cama, pero se mueve con mucho esfuerzo. Ha empeorado en muy pocos días, hace unas semanas no se sentía bien, aun así seguía yendo en su coche al instituto. Ahora nunca la puedo dejar sola. Cuando voy a dar clase llamo a la señora Mortimer, nuestra vecina, para que se quede con ella.

Chantal, la hija de Anne Marie, vive en Nueva York y viene muy poco por aquí. No puede porque perdería el trabajo. Trabaja de camarera en un restaurante. Y además tiene a la niña. Desde que se ha enterado de que su madre está enferma ha venido tres veces. Pero no ha traído a la niña. Ha dicho que está perfectamente y con mucho mejor aspecto que cuando vivía con nosotros. Sus palabras me han herido; Chantal es una persona que a veces puede decir cosas muy crueles sin darse cuenta. También me ha dicho que la niña jamás me nombra. Se quedó muy poco tiempo, se fue enseguida. Anne Marie solo nos tiene a la señora Mortimer y a mí.

Creo que Anne Marie sabe que se va a morir. Creo que piensa constantemente en ello, pero nunca lo expresa. Es una mujer que nunca dice lo que piensa. Me

doy cuenta de que, en dos años de matrimonio, jamás he tenido la sensación de que me dijera lo que pensaba de verdad.

Te agradezco tu carta y también que vuelvas a comprar mi famosa casa. No puedo menos que pensar que la compras porque antes fue mía. En el fondo nunca ha dejado de serlo. Después de ella no he vuelto a tener otra casa. La casa donde vivo ahora siempre me ha resultado profundamente ajena. Quizá porque nunca he pensado quedarme a vivir en Estados Unidos para siempre.

Me gusta mucho que veas tan a menudo a Lucrezia. Te agradezco también que hayas hecho amistad con ella y que paséis muchos ratos juntos. La verdad que podría haberos presentado cuando vivía en Italia. No sé por qué no lo hice.

Que ahora os hayáis hecho amigos es un regalo del destino. Pienso en vosotros juntos, en una habitación que no conozco pero que me imagino, porque probablemente estén los muebles que había en Las Margaritas y que recuerdo tan bien. Sé que tú y Lucrezia habéis estado en Las Margaritas. Me lo ha contado ella. Y también sé que tienes un Prisma azul.

Un abrazo,

TU PADRE

De Piero a Giuseppe

Perugia, 13 de enero

Queridísimo Giuseppe:

Estoy muy cerca de ti, con mi fiel afecto de siempre.

Aquel día no fui a Roma porque tenía un compromiso en Perugia al que no podía faltar. Lucrezia tampoco estaba en Roma, sino en París, donde sigue todavía. He llamado a Serena, que está allí con ella, y le he pedido que no le deje ver los periódicos italianos ni le diga nada. Ya sabes que últimamente ella y Alberico se habían hecho muy amigos. Siempre estaban juntos. Quiero ser yo quien se lo diga mañana, cuando vuelva. Serena le ha dicho que Alberico no responde al teléfono porque se ha ido de vacaciones a Viena sin dejar ninguna dirección.

Sé que solo te quedaste tres días en Roma, porque tu mujer está muy enferma y tuviste que regresar enseguida junto a ella.

Hacía mucho tiempo que no te escribía, pero tenía noticias tuyas a través de Lucrezia. Eran noticias buenas. Pero ahora tu mujer está muy enferma y te ha sucedido esta nueva y tremenda desgracia.

Un abrazo,

PIERO

De Egisto a Ignazio Fegiz

Roma, 15 de enero

Querido Ignazio:

A través de la portera de Ippo he conseguido vuestra dirección en Viena. No sé si habéis leído los periódicos italianos. Supongo que no. Alberico ha muerto. Lo mataron el 7 de enero en un callejón del Trastevere, detrás de casa.

Estaba solo en casa escribiendo a máquina. Eran las once de la noche. Salvatore, Adelmo y Gianni habían bajado a tomar un *cappuccino*. Gianni subió y le dijo que cerca de la piazza San Callisto, en un callejón, Salvatore había iniciado una pelea. Bajaron los dos, Alberico y Gianni. Por la calle se encontraron con Adelmo, que trató de retenerlos. No le hicieron caso y Adelmo los siguió. Lo que sabemos nos lo han contado Adelmo y Gianni. En el callejón había un grupo de personas peleándose. Vieron el jersey rojo de Salvatore. Alberico corrió junto a él y trató de llevárselo de allí. Había gente mirando, pero nadie se movía. A Adelmo le pareció ver a los dos de la Vespa y al de la coleta rubia que estaban en la piazza Tuscolo. Después, Adelmo se dio cuenta de que Salvatore tenía un cuchillo. Alguien se lo quitó. Alberico se cayó y se volvió a levantar. Le dispararon mientras se levantaba. Salvatore dio un grito y se lanzaron contra él. Salvatore murió al momento y Alberico a la media hora. Alguien llamó a la policía, y al cabo de un rato llegaron la ambulancia y los coches de policía.

Yo acababa de volver del periódico cuando me llamó Gianni. Él y Adelmo estaban en el Santo Spirito. Alberico murió sin recuperar el conocimiento.

Le ha sucedido lo mismo que a Nadia. Han tenido el mismo destino.

Adelmo y yo fuimos a casa a recoger la ropa. Llamamos a Roberta, pero no supimos cómo decírselo, pobrecilla. Le tenía mucho cariño a Alberico, era su sobrino. Al final, Adelmo fue a su casa a contárselo.

Telefoneamos a Giuseppe a Estados Unidos. Vino para asistir al funeral. Pero volvió a marcharse enseguida porque su mujer está muy grave y no había nadie con ella.

Lucrezia estaba en París. No le dijeron nada. Le escondieron los periódicos. Cuando volvió, se lo dijo Piero. El funeral ya se había celebrado y Giuseppe se había vuelto a ir. Por lo tanto, Giuseppe y Lucrezia no se vieron.

A mí me parecía mal que no se lo hubieran dicho a Lucrezia. Ella y Alberico eran amigos, últimamente siempre estaban juntos. Pero Piero quiso que fuera así.

En el barrio lloran a Alberico. Lo recuerdan amable y agradable, cuando iba por las tiendas y se paraba a conversar con este y aquel. Era generoso, daba dinero a quien lo necesitaba y, de alguna forma, lo regalaba, porque nunca pedía que se lo devolvieran. Lloran también a Salvatore y dicen que era muy poco agradable, que estaba peleado con todo el barrio y que era muy camorrista. Pero lo conocían desde hacía un montón de tiempo y ahora les impresiona pensar que ha muerto. Algunos dicen que Salvatore era un informador de la policía. Otros, que traficaba con estupefacientes. Otros, que prestaba dinero con intereses. Otros, que enviaba cartas anónimas. Todos piensan que en la piazza Tuscolo y en el callejón de Sant'Apollinare estaban las mismas personas, y Adelmo insiste en decir que en los dos sitios había un tipo con una coleta rubia. Pero ahora le dicen que, después de lo de la piazza Tuscolo, seguramente se la cortó para que no lo reconocieran. La policía cree que Adelmo se ha inventado al tipo de la coleta rubia las dos veces.

Giuseppe y la madre de Salvatore deberán personarse en el sumario como acusación particular.

Saluda de mi parte a Ippo,

EGISTO

De Egisto a Albina

Roma, 2 de febrero

Querida Albina:

Te vi aquel día en el funeral, pero te perdí de vista enseguida y, por mucho que te busqué, no te volví a encontrar. Adelmo me dijo que tenías que regresar enseguida a Luco dei Marsi.

Adelmo, Gianni y yo hemos estado ordenando los papeles de Alberico en su piso de abajo. Hemos metido en un baúl todos los papeles, los proyectos de películas y los guiones, y lo hemos llevado en mi coche a la via Nazario Sauro, a casa de Roberta. Alberico tenía muchos libros y muy poca ropa. Los cuatro trapos que tenía se los ha llevado Zezé, la mujer de la limpieza, para dárselos a unos viejos de su barrio. También se ha llevado los únicos muebles de Alberico: una mesa y dos o tres armarios desvencijados que había comprado en Porta Portese.

Hemos tardado dos o tres tardes en vaciar el apartamento. Después hemos devuelto las llaves a la dueña de la casa.

Tener debajo ese apartamento vacío me produce una gran tristeza. Quisiera irme de esta casa. Aquí hay demasiados recuerdos. Pero, como sabes, no es nada fácil encontrar un piso de alquiler en Roma. Los encuentras para comprar, pero yo no tengo bastante dinero.

Alberico no llegó a comprar el piso de via Nazario Sauro, el que está encima del de Roberta y que antes era de Giuseppe, solo firmó el precontrato. Los Lanzara han devuelto el dinero del precontrato a Roberta, que es la que se ocupa

de las cosas prácticas. Todo lo que tenía Alberico pertenece a Giorgina, la hija de Nadia, a la que él reconoció como hija suya. Giorgina vive en Sicilia con sus abuelos maternos, que son multimillonarios. Es una lástima que todo el dinero que tenía Alberico vaya a una persona que no lo necesita en absoluto, habiendo tanta gente que vive en la miseria. Ya sé que no es culpa de nadie, pero me da pena.

Vi a Giuseppe en el funeral y luego estuve con él unas horas. Lo encontré muy envejecido. Según Adelmo, tiene los ojos de los que beben demasiado alcohol. Pero puede ser que sea una fantasía de Adelmo. Pobre Giuseppe, estaba trastornado. Se había enterado de la noticia en Estados Unidos, mientras atendía a su mujer moribunda. No sé si ya habrá muerto. Él se volvió a marchar enseguida.

Yo pasaba mucho tiempo con Alberico, estaba muy unido a él. Siento su pérdida. Trato de quedarme solo lo menos posible. Voy al periódico, salgo por ahí, voy a ver actuar a Serena. Hago cualquier cosa con tal de no quedarme solo. A veces paso por ese callejón maldito. Es extraño cómo nos atraen los lugares que nos entristecen. Nos atraen y nos repelen. A mí, por ejemplo, me gustaría irme de esta casa, pero al mismo tiempo querría no irme nunca.

Un abrazo,

EGISTO

De Giuseppe a Lucrezia

Princeton, 20 de febrero

Querida Lucrezia:

El día que me telefoneaste no hablamos casi nada. Yo lloraba y tú también. Fue una llamada llena de lágrimas.

Me preguntaste si volvería a Italia. No sabía qué responderte. No era capaz de hacer proyectos. Tampoco ahora lo soy. Estoy confuso.

Anne Marie murió el 16 de febrero, hace cuatro días. Murió en la clínica. Con ella estábamos Chantal y yo.

Llamé a Danny para decírselo. Vino. Estuvo también en el funeral. Sus relaciones con Chantal son gélidas. Vino por mí. Nada más acabar el funeral, Chantal se volvió a ir. Danny se quedó conmigo hasta ayer.

Danny es el único amigo que tengo aquí. Nos sentimos muy a gusto juntos, pese a la diferencia de edad. Podría ser mi hijo. Alberico tenía más o menos su misma edad, veintisiete años.

Chantal me dijo que si me encuentro tan bien con Danny es porque los dos vivimos fuera de la realidad. Yo no sé si vivo fuera de la realidad, y tampoco lo sé de Danny. Sobre todo porque no sé qué es la realidad para Chantal.

Danny se ha quedado otra vez sin trabajo. Había encontrado un empleo en una biblioteca itinerante y estaba muy contento, pero al cabo de un mes lo han despedido. Se le olvidó catalogar unos libros. Seguro que en el trabajo era desordenado y distraído.

También Chantal es desordenada y distraída, pero no en el trabajo. En el

trabajo debe de ser puntillosa y precisa.

Cuando nos vemos, Danny me suele pedir dinero prestado. A veces me lo devuelve, pero la próxima vez que nos vemos me pide de nuevo. Si me lo pidiera otro, me molestaría. Pero dárselo a él no me cuesta nada, es más, casi me gusta.

Si Alberico no hubiera sido mi hijo quizá podría haber estado a gusto con él, de la misma forma que lo estoy con Danny. El hecho de que fuéramos padre e hijo lo estropeaba todo. Hacía que nos sintiéramos apurados, estúpidos, fríos, y a menudo falsos. Por otra parte, nunca traté de cambiar las cosas. Siempre me pareció que habría tiempo. Pensar en esto ahora hace que me sienta muy infeliz.

Ayer estuve un buen rato hablando de Alberico con Danny. Nos quedamos despiertos hasta las dos de la mañana.

Hablamos también de Chantal, de Anne Marie, de la niña. Hablamos de los muertos y de los vivos. Por último, le dije que yo había amado a Chantal. Me parecía una historia lejanísima, de hacía muchísimos años.

Los días que estuve en Roma no vi a nadie, salvo a Egisto y Roberta. Estaba alojado en un hotel de la piazza della Minerva. No fui a la via Nazario Sauro.

Si vuelvo a Italia, deberé buscar una casa. Seguramente sabrás que Alberico no había comprado todavía el piso de la via Nazario Sauro.

Quizá te suenen extrañas las palabras «si vuelvo». Quizá te suene extraño el condicional. Pero a mí ahora todo me parece incierto, y no sé cómo orientarme en la maraña de mis pensamientos. Deseo volver a Italia y, al mismo tiempo, no lo deseo en absoluto. Deseo con toda mi alma volver a verte, Lucrezia, y al mismo tiempo no lo deseo en absoluto. Me da miedo volver a verte, tener que encontrarme frente a frente contigo. Hemos estado alejados demasiado tiempo y a ti y a mí nos han sucedido demasiadas cosas.

GIUSEPPE

De Lucrezia a Giuseppe

Roma, 5 marzo

Siento mucho que tu mujer haya muerto.

Siento muchísimo que no nos viéramos cuando viniste a Roma.

No puedo perdonar a Piero que le dijera a Serena que no me dejara ver los periódicos. No me enteré de nada. Aquellos días fueron para mí bastante alegres. Paseé por París con Serena, compramos medias, comimos en restaurantes y vimos exposiciones de pintura.

Serena lo sabía y no me dijo nada. Piero la llamó la mañana del 8 de enero. En algunos momentos me parecía que estaba un poco rara, pero decía que era porque le dolía la cabeza.

Cuando volví a Roma, me lo dijo Piero.

Me alegro de haber ido a Monte Fermo aquella vez, en el Prisma azul. Me alegro de que viéramos el hotel Panorama.

Alberico no era alegre, pero se reía a menudo. Y yo me reía con él. Era precioso reírse juntos.

Cuando se reía, se le veían sus dientes blancos.

Me habría enamorado de él si no hubiera sido homosexual. Éramos amigos, teníamos esa clase de amistad que es de una forma y no cambia nunca, permanece igual y segura para siempre.

Tú y yo también hemos sido amigos. Pero no lo hemos sido siempre, antes de

eso éramos amantes. Luego tuvimos un hijo juntos, Graziano. Tú siempre has fingido que no era verdad.

Además, hace demasiado tiempo que vives lejos, y ya no sé muy bien cómo eres, ni tú tampoco sabes cómo soy yo.

Dices que deseas con toda tu alma volver a verme, y que al mismo tiempo no lo deseas en absoluto. Te comprendo. A mí me pasa lo mismo.

Antes te he dicho que siento que tu mujer haya muerto. No es verdad, no lo siento en absoluto. En primer lugar, porque no la conocía, y en segundo lugar, porque sé perfectamente que no eras feliz con ella, que te casaste con ella quién sabe por qué.

Un día, hace más o menos una semana, me llamó I. Me preguntó si podía venir a hablar conmigo. Vino con Ippo. Me parecía muy raro tenerlos a los dos delante. El Gato y el Zorro. Les preparé un té.

Ippo es una viejecita. La he visto de cerca, es una viejecita. La observaba con curiosidad, sin odio. Es difícil odiar a las viejecitas. Se les habla en voz muy alta, porque a veces están un poco sordas.

I. estaba sentado en el sillón donde antes se sentaba siempre, cuando venía a mi casa todos los días, cuando éramos amantes. Yo observaba su cara alargada y colorada, y su cepillo gris, y me preguntaba cómo había podido sufrir tanto por esa cara, por aquel cuerpo cubierto por el abrigo. Ni siquiera se quitó el abrigo. Es cierto que antes, cuando éramos amantes, siempre se quejaba del frío que hacía en mi casa.

Una cara, un cuerpo y un abrigo nada misteriosos, inofensivos y sin ningún secreto.

También tuvimos un hijo juntos. No hace mucho.

No te puedes imaginar lo que querían. Querían preguntarme si sabía algo de la casa de via Nazario Sauro. A Ippo le gustaría comprarla, porque, aparte de que la suya es pequeñísima, quiere invertir un dinero que tiene. Los Lanzara se han ido y no saben con quién tienen que hablar. Se han acordado de que Roberta vive allí, en el piso de abajo. Ippo no la conoce en persona. I. la conoce muy bien,

pero hace mucho que no la ve y no se atreve a llamarla por teléfono. Querían que yo hiciera de intermediaria. Telefoneé de inmediato a Roberta y le dije que I. quería hablar con ella. Estaba muy sorprendida. I. habló con ella y se citaron. Roberta tiene las llaves. Los Lanzara se las han dejado. Creo que Ippo e I. comprarán la casa y se irán a vivir juntos.

Tú decías de I. que siempre lleva la mano cerrada en un puño detrás de la espalda. Es cierto, se la vi cuando se dirigía hacia la puerta. Decías: «No se sabe qué esconde en esa mano». En esa mano no esconde absolutamente nada.

Es cierto que a ti y a mí nos han sucedido demasiadas cosas en estos años. Por eso, si nos volviéramos a ver, no conseguiríamos hablar hasta pasado un buen rato.

Yo también he utilizado el condicional. No sé por qué razón no tendríamos que volver a vernos, en esta vida o en la otra.

No es verdad que no sé cómo eres. Lo sé muy bien. Te recuerdo como si te tuviera delante.

Con tus pelo largo y escaso, tus gafas, tu larga nariz, tus piernas largas y delgadas, tus manos grandes y siempre frías, incluso cuando hacía calor. Así es como te recuerdo.

LUCREZIA

Publicada en 1984, *La ciudad y la casa* es una novela peculiar que se desgrana a través de las voces de amigos, amantes, hijos y padres, sin que nadie se atreva a mostrar sus emociones a flor de piel. La vida entera de estos hombres y mujeres queda filtrada por la escritura, por unas cartas que dicen tanto como esconden.

Los viejos apartamentos de Roma, los pequeños estudios de Princeton o unas fincas en el campo que ya nadie quiere cuidar son testigos vivos de un ir y venir de baúles, papeles viejos, libros queridos y palabras a medio decir que conforman una historia espléndida en su desolación y en la búsqueda terca de una verdad que no caduque. Podríamos hablar de una novela epistolar, de notas que van y vienen para describir lo obvio, pero *La ciudad y la casa* es mucho más que eso: la gran Natalia Ginzburg nos habla aquí del vacío que se instala en el ánimo y en las casas que habitamos cuando ya no hay razón para conservar lo que antes parecía importante.

Con su estilo sobrio y poético a la vez, la autora italiana consigue cabalgar el tiempo: aunque hayan pasado más de treinta años, esas ciudades y esas casas nos traen algo que permanece en cada uno de sus lectores.

“

Tú, una casa, la puedes vender o dejar a quien te dé la gana, pero siempre la llevas contigo.

NATALIA GINZBURG

Oriana Fallaci, en una entrevista a la autora, describió a **Natalia Ginzburg** con estas palabras: «Ni guapa ni elegante, con rebeca y falda de color azul ceniza, con ese aire un pelín apagado de tía soltera y sin edad definida ... Sorprende su voz, como de *femme fatale*. Es como si fuera la voz de otra, y te atrapa, te fascina».

Pues esa mujer ni guapa ni elegante fue una de las voces más importantes de la literatura italiana del siglo xx. Nacida en Palermo en 1916, pronto se trasladó a Turín y luego, ya casada con Leone Ginzburg, vivió en Roma hasta que su marido fue asesinado en una cárcel de la capital por las fuerzas fascistas.

Entre sus obras más conocidas, además de *Léxico familiar*, que en 1963 fue galardonado con el Premio Strega, destacan *Las pequeñas virtudes*, *Querido Miguel*, *Todos nuestros ayeres*, una selección de cuentos titulada *A propósito de las mujeres*, su colección de ensayos *Las tareas de casa y otros ensayos* y *La ciudad y la casa*, su última novela.

Ginzburg trabajó muchos años como editora en Roma, y allí murió en 1991. Lumen ha querido rendir homenaje a la gran autora rescatando alguna de sus obras más importantes, con nuevos prólogos a cargo de Elena Medel e ilustraciones de Oscar Tusquets Blanca.



Lumen recomienda

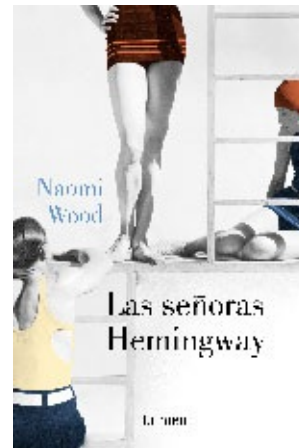
Natalia Ginzburg | A propósito de las mujeres

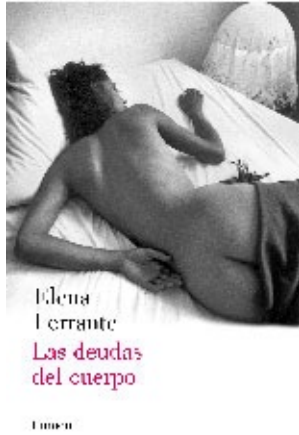
Ladydi

Jean for Clement

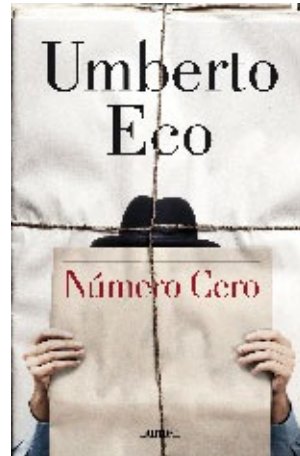
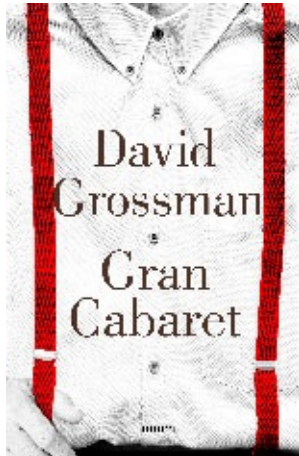


Kate Atkinson
Una y otra vez





Todos
nuestros
nombres
Dinaw Mengestu



Título original: *La città e la casa*

Edición en formato digital: enero de 2017

© 1984, 1997, Giulio Einaudi editore s. p. a, Turín

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2003, Mercedes Corral Corral, por la traducción

© 2017, Elena Medel, por el prólogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Ilustración de portada: © Oscar Tusquets Blanca

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0426-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial